

LA MALDICION DE DIOS

TOMO PRIMERO

POR M. FERNANDEZ Y GONZALEZ



—¿Tú lo quieres? ¡Seal—dijo don Juan.

35 CTS.



1000/11

LA MALDICIÓN DE DIOS

OBRAS PUBLICADAS POR LA NOVELA ILUSTRADA

- 1.—Renata Mauperin, por J. y E. Goncourt.
- 2.—Centinela alerta, por Matilde Serao.
- 3.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
- 4.—El hijo de la parroquia, por C. Dickens.
- 5.—Carmen, por Próspero Mérimée, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
- 6.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
- 7.—El doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
- 8.—Humo, por Iván Turguenev.
- 9.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
- 10.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
- 11.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
- 12.—Amor de española, por J. B. d'Aureville.
- 13.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant.
- 14.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
- 15.—Crimen y castigo, por F. Dostoyewsky.
- 16.—Miss Meñatófeles, por Fergus Hume.
- 17.—El sombrero del cura Cirilo, por E. Marehi.
- 18.—Tiempos difíciles, por Carlos Dickens.
- 19.—Las aguas del monte Oriol, por Gny de Maupassant.
- 20.—El hombre del antifaz negro, por E. W. Hornung.
- 21.—Venganza corsa, por Próspero Mérimée.
- 22.—Padre y fiscal, por Francisco Copé.
- 23.—El ilustre Cantastrens, por G. Rovetta.
- 24.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
- 25.—El ídolo de los ojos verdes, por P. Brehner.
- 26.—Los buscadores de oro, por E. Conscience.
- 27.—La bohemia, por Enrique Murger.
- 28.—La Peña del muerto, por Quiller Couck.
- 29.—Los caballeros del bosque, por Jorge Sand.
- 30.—El hijo de Artagnan, por Paul de Féval (3 tomos).
- 31.—La señorita de Montecristo, por Carlos Solo (3 tomos).
- 32.—El oro sangriento y
- 33.—Flor de alegría, por Daniel Leuseur.
- 34 y 35.—Novelas ejemplares, por Cervantes (dos tomos).
- 36.—Eugenia Grandet: Los avaros de provincias, por H. Balzac.

COLECCION CONAN-DOYLE

- 1.—El hombre en mano.
- 2.—El galope.
- 3.—La bandera verde.
- 4.—La tragedia del Korosko.
- 5.—El millón de la heredera.
- 6.—El vendedor de cadáveres.
- 7.—El robo del diamante azul.

COLECCION VICTOR HUGO

- 1.—Bug-Jargal.
- 2.—Han de Islandia.
- 3.—El noventa y tres.
- 4.—El hombre que ríe (2 tomos).
- 5.—Los trabajadores del mar.
- 6.—Nuestra Señora de París.
- 7 y 8.—Los miserables (2 tomos).

COLECCION TOLSTOI

- 1.—Resurrección.
- 2.—La guerra y la paz.
- 3.—La Sonata de Kreutzer.
- 4 y 5.—Ana Karenina (2 tomos).

COLECCION ROCAMBOLE POR PONSOU DU TERRAIL

- 1.—La herencia de los dos millones.
- 2.—El tonel del muerto.
- 3.—El Club de los Veinteaesro.
- 4.—El Rival de Baccarat.
- 5.—La estocada de los diez luises.
- 6.—El juramento de la gitana.

- 7.—Las dos Condesas.
- 8.—El triunfo del mal.
- 9.—Rocamboles tiene miedo.
- 10.—El espectro de la guillotina.
- 11.—Los Caballeros del Claro de Duse.
- 12.—La sombra de Diana.
- 13.—El pacto de las tres mujeres.
- 14.—El hombre de las gafas azules.
- 15.—El número ciento y diez y no.
- 16.—La cárcel de mujeres.
- 17.—Los lobos de la nieve.
- 18.—El telegrama falso.
- 19.—Las garras de color de rosa.
- 20.—La taberna de la muerte.
- 21.—El fantasma de las cadenas.
- 22.—Las canteras del crimen.
- 23.—El cadáver de cera.
- 24.—La vida de los tres maridos.
- 25.—Las fieras de la selva.
- 26.—El barril de pólvora.
- 27.—Los tres verdugos.
- 28.—El molino sin agua.
- 29.—El plan del hombre gris.
- 30.—El cementerio de los ajusticiados.
- 31.—Una cita de amor.
- 32.—Los dos detectives.
- 33.—El reo de muerte.
- 34.—La cuerda del ahorcado.
- 35.—La niña muda.
- 36.—El secreto de la cartería.
- 37.—La casa de las rosas.
- 38.—Los papeles del asesino.
- 39.—El rapto de una muerta.
- 40.—El hilo rojo.

COLECCION DUMAS

- 41 y 42.—Los tres mosqueteros (2 tomos).
- 43.—Veinte años después (3 tomos).
- 44.—El Visconde de Bragelonne (3 tomos).
- 45.—El Conde de Montecristo (4 tomos).
- 46 y 47.—Ascanio (2 tomos).
- 48.—Las dos Dianas (2 tomos).
- 49 y 50.—El paje del Duque de Saboya (2 tomos).
- 51.—El Horoscopo.
- 52 y 53.—La reina Margarita (2 tomos).
- 54.—La dama de Monsoreau (3 tomos).
- 55.—Los cuarenta y cinco (3 tomos).
- 56.—Memorias de un médico (6 tomos).
- 57.—El collar de la Reina (4 tomos).
- 58.—Angel Pitou (3 tomos).
- 59.—La Condesa de Charny (3 tomos).
- 60 y 61.—El Caballero de Casa Bota.
- 62.—Los compañeros de Jehú.
- 63.—Los Mohicanos de París (11 tomos).
- 64.—Las lobas de Machecul (3 tomos).

ORTEGA Y FRIAS

- 1.—El tribunal de la sangre (3 tomos).
- 2.—El siglo de las tinieblas (9 tomos).

MAYNE REID

- 1.—La venganza del Amarillo.
- 2.—El bosque sumergido.
- 3.—El barco negro.
- 4.—Los naufragos de la Península.
- 5.—Las dos hijas del bosque.
- 6.—Mano Roja.
- 7.—Los balleneros.
- 8.—El pabellón de socorro.
- 9.—La criolla de Jamaica (2 tomos).

FERNANDEZ Y GONZALEZ

- 1.—Don Juan Temorito.

N. 10-417

LA MALDICIÓN DE DIOS



POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO PRIMERO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibañez.
Oficinas: Mesoneros Romanos, 42.
MADRID

LA MALDICIÓN DE DIOS

POR

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

I

Era una tarde de primavera del año de 1530.

Una de esas tardes diáfnas, puras, frescas, en que el sol poniente inunda de una luz dulce, dorada, poética, las puntas de las montañas, mientras los valles parecen adormirse bajo un blanco y transparente vapor.

El convento de San Jerónimo de Yuste, reclinado en su vertiente, aparecía inundado por la luz, color de rosa, del postrer rayo de aquel sol de primavera.

El paisaje era muy bello; las huertas mostraban el lujo de su fresca vegetación, de las frondas de sus árboles frutales, floridos los unos, los otros mostrando ya sus frutos tempranos.

La fértil tierra de Extremadura se dejaba ver ostentando su lozanía.

A gran distancia del convento, entre los vallados de dos huertas, en un pequeño ensanchamiento, sentado sobre una piedra, al lado de una fuente, había un monje que, á juzgar por su cabeza intonsa, era novicio.

Es decir, un hombre que podía despojarse de su hábito, volver la espalda al claustro y marchar de frente hacia el mundo, porque ninguna orden sagrada se lo impedía.

Este novicio de todo tenía menos de aspecto monástico.

Sus hábitos parecían un disfraz.

Se comprendía que aquel hombre no había nacido para vestirlos.

Que su inteligencia y actividad no podían contenerse en el estrecho recinto de su celda.

En una palabra, aquel novicio era don Juan Tenorio.

O como mejor queramos: el hermano Juan de la Penitencia.

Los terribles sucesos de su vida, la terrible impresión de aquel sueño espantoso, en que las víctimas que había inmolado sin voluntad propia, arrastrado por la incontrastable fuerza de

su destino, se le habían presentado ensangrentadas ó lívidas, ofreciéndole sus lágrimas y sus corazones en la copa y el plato del festín de los muertos, habían arrojado á don Juan al claustro donde más tarde había de ir á sepultarse, arrojando á sus puertas su corona, el gran Carlos V.

Pero como Carlos V se arrepintió muy pronto de haber trocado el imperio por la soledad, por la humildad, por el alejamiento de todo, don Juan Tenorio, que era otra grandeza no tardó en conocer que en el claustro no había atmósfera para él; que le faltaba aire; que se ahogaba.

Le empujaba la inexorable mano de su destino.

Su jornada sobre el camino de la vida no había aún terminado.

Su tumba estaba aún muy lejos de él.

Y para hombres como don Juan Tenorio, el claustro, la soledad, la regla, la obediencia pasiva, el coro á unas mismas horas, la monotonía de la vida contemplativa, son la horrible sepultura de un cadáver que siente.

Don Juan tenía lleno el corazón de una amargura infinita.

Todo lo que había amado había sucumbido.

Su memoria era un panteón donde yacían inolvidables recuerdos, candentes historias de amor, sangrientos sucesos á que le había arrastrado su destino, y que habían dejado en su alma un sedimento horrible, si se nos permite la frase.

Don Juan había luchado contra un imposible contra el imposible de llenar las gigantescas aspiraciones de su alma.

Aquel imposible existía aún.

Don Juan, al entrar en el claustro, no había podido apagar el fuego de su corazón, ni desvanecer los encantados sueños de su cabeza, y el imposible que le veía sin convertirse, dentro del claustro, se ponía frente á frente de don Juan, y le excitaba, y le embravecía, y le apartaba cada vez más, del propósito que en un momento de espanto se había hecho,

de reducirse á la soledad, á la penitencia, al olvido.

La situación de su espíritu se reflejaba en el hermoso semblante de don Juan.

No era aquel el semblante de un cenobita apartado del mundo, desengañado por sus miserias, vuelto á Dios buscando en él sólo la verdad y la grandeza.

No; era el semblante de un cautivo, á quien su cautiverio irrita, y que espera un momento para romper sus cadenas.

¿Por qué don Juan no se despojaba de su hábito de novicio, cuando ningún voto le ligaba, cuando sólo su voluntad le retenía entre los monjes de San Jerónimo de Yuste?

Por un sentimiento de dignidad.

El había llamado espontáneamente á las puertas de aquel monasterio que se habían abierto para él, y un anciano prelado le había estrechado entre sus brazos lleno del amor de la caridad.

Don Juan necesitaba un pretexto, más que un pretexto, una causa que justificase su salida del claustro.

Un instinto misterioso le revelaba que aquella causa sobrevendría antes de que llegase el plazo en que debía pronunciar unos votos irrevocables.

El plazo, sin embargo, se extinguía rápidamente, se achicaba.

El día en que presentamos á don Juan Tenorio á nuestros lectores, era la víspera del en que debía recibir las órdenes sagradas.

Don Juan levantó la vista al cielo con la frente pálida y nublada por un pensamiento sombrío.

—Si he de ser sacerdote—dijo—, mi destino se ha cansado de perseguirme; tú, Señor, habrás perdonado los pecados de mi familia; los habrás apartado de sobre mi cabeza, porque si yo llego á las gradas de tu altar, convertido en sacerdote, cumpliré con mis deberes sacerdotales, como he cumplido con mis deberes de caballero; pero ¿por qué, Señor, si esto ha de ser así, mi corazón arde y mi cabeza alicenta pensamientos que están muy lejos de ser el pensamiento de un monje?

Don Juan inclinó la cabeza, salió del convento, se perdió meditando entre los vallados de las huertas, y se sentó maquinalmente en aquella piedra, junto á aquel limpio manantial, bajo el ramaje de un tilo.

Y allí permaneció inmóvil, pálido, con la mirada fija, en que se transparentaba su alma agitada por violentas pasiones.

El sol se había puesto completamente.

La luz de la tarde empezaba á hacerse vaga. El aura que precede á la noche agitaba los largos, sedosos y rizados cabellos de don Juan, que durante un año no habían sido tocados por la tijera.

El semblante de don Juan resplandecía con una especie de fulgor fantástico que parecía fluir de su mirada.

Temblaban sus labios, pálidos, con una convulsión casi imperceptible.

La mano en que tenía apoyada su mejilla se crispaba.

Había pasado ya la hora de volver al monasterio y don Juan permanecía inmóvil.

La luna llena se había levantado sobre el horizonte.

La tarde expiraba; empezaba á confundirse con la noche.

De repente se oyó el ruido del galope de un caballo, que fué creciendo, adelantando.

Al fin apareció un jinete.

El caballo al ver de improviso á don Juan, se asombró, dió un bote de carnero, y descompuso al jinete, á quien cogió desprevenido.

Inmediatamente se entabló una lucha entre el jinete y el caballo.

Don Juan se puso de pie.

—Vais á venir al suelo sino desmontáis, amigo—dijo don Juan—: vuestro caballo es muy duro de boca y os domina; echad pie á tierra; aquí no os ve nadie que pueda motejaros.

—¿Qué diablitos os importa á vos—dijo el jinete—, que mi caballo pueda más que yo, ó que yo pueda más que mi caballo.

Don Juan Tenorio, al escuchar aquella gósera contestación, tembló de cólera.

Sin embargo, se acordó que representaba un papel de monje, que había tomado por su voluntad, y que debía ser consecuente con su papel.

Que debía ser humilde, y á más de humilde, caritativo.

El caballo había descompuesto de tal manera al jinete, que éste estaba á punto de dar en tierra.

Don Juan adelantó rápidamente, se lanzó al caballo, asió el freno y le obligó á permanecer inmóvil.

En aquel momento el golpe de un pequeño látigo que el jinete auxiliado, tenía en la mano, cruzó el rostro de don Juan.

Este lanzó un rugido de león.

—¡Ah!—exclamó—; yo no he nacido para sacerdote; el infierno me envía á este insensato para que me arroje del claustro—. ¡A tierra miserable, á tierra! ¡tú has contado tus días, tocando el rostro de don Juan!

El jinete echó pie á tierra.

Era un hombre atlético, como de treinta años, de mirada dura y agresiva, altivo, buen mozo, hidalgo, al parecer, y vestía el uniforme, por decirlo así, de la guardia alemana de Carlos V.

Bajo su capotillo de terciopelo, y sobre su colete de ante, se veía una banda de seda roja; lo que demostraba que era capitán de un tercio de infantería.

—¿Quién eres tú?—dijo don Juan, con el acento imperativo de un rey—, ¿quién eres tú, que te atreves á cruzar el rostro á un hombre que te favorece?

—Quien me ayuda cuando no le pido socorro; cuando no lo necesito, me insulta.

—Quien como tú obra, merece ser muerto, y yo voy á matarte—dijo don Juan.

El desconocido lanzó una carcajada.

—No sé yo—dijo—, cuántos miles de frailes serían necesarios para matar, ni aun para tocar, al capitán Fernán Pérez.

—No sé yo dónde podría librarse, no digo yo el capitán Fernán Pérez, sino el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba que resucitase; de que le enviara al infierno don Juan Tenorio; si se atrevía á insultarle como tú le has insultado.

—¡Ah diablo!—dijo el capitán—, ¿vos sois don Juan Tenorio?

—¡Yo!—contestó don Juan pronunciando aquel ¡yo! de una manera indefinible.

—Pues señor don Juan—dijo Fernán Pérez—, siento que os hayáis entrometido á socorrerme, suponiendo que yo era tan mal jinete, que necesitaba socorro; pero después de haberos tomado esa licencia, no me pesa lo que he hecho. Estoy á vuestra disposición. Algo atrás vienen mis lacayos: yo os daré mi espada y tomaré una de las suyas. ¡Qué diablo! me alegro, tenéis tanta fama, que el que os mate faz á faz, debe cubrirse de gloria, y soy yo muy ambicioso de ella.

—¡Os mataré, os mataré, porque mi destino es matar!—dijo don Juan—; pero vuestros criados tardan mucho, señor Fernán Pérez, y lo necesitamos de ellos.

—No os comprendo: ¿acostumbran á llevar espada bajo los hábitos los monjes de San Jerónimo de Yuste?

—Me basta con vuestra daga; dádmela, y al morir comprenderéis que entre don Juan Tenorio y vos, hay la distancia que existe entre la longitud de la daga y la de una espada: una inmensidad cuando se trata de un duelo á muerte; alcanzar, cuando no podemos ser tocados; un abismo.

—Os habéis propuesto ofenderme; vuestra posición es un latigazo que daís á mi honra. Estamos igualmente ofendidos; esperad, ya siento á mis lacayos que se acercan; mientras llegan, puedo cumplir una comisión que traigo para vos.

—Para mí! ¿Veníais á buscarme?

—Sí; os traigo una carta del emperador mi amo, con encargo de entregárosla en mano propia:—Fernán Pérez—me dijo su majestad; toma esta carta para don Juan Tenorio; está en San Jerónimo de Yuste; es de todo punto indispensable que se la entregues antes del día 15 de Mayo.—Estamos á 14; he cumplido el mandato de su majestad; he aquí la carta, don Juan, y he aquí también mi espada; ya se acercan mis criados.

Don Juan tomó con la mano izquierda la carta y con la derecha la espada que Fernán Pérez le daba desenvainada.

Luego puso la carta del emperador sobre la piedra en que había estado sentado junto á la fuente.

En aquel momento llegaron dos lacayos montados, y se detuvieron y echaron pie á tierra, al ver pie á tierra á su amo.

—Tu espada, Gabriel—dijo Fernán Pérez á uno de ellos.

El lacayo desenvainó su espada y la entregó por el puño á su señor.

—Hacedos á un lado—dijo Fernán Pérez...

Los criados obedecieron.

Don Juan y Fernán Pérez se pusieron á distancia, y un momento después, Fernán Pérez acometió á don Juan.

Instantáneamente retrocedió.

Don Juan había parado, y contestando con una rapidez admirable, había cortado la mejilla derecha al capitán.

—Por cruce de látigo, cruce de espada—dijo don Juan—; os espero de nuevo, señor Fernán Pérez; pero ved lo que hacéis, no sea que tropecéis con mi hierro; porque yo os lo aseguro, no necesito atacaros; para mataros me basta con esperar.

Fernán Pérez contestó á las palabras de don Juan con una estocada.

Don Juan paró y se salió de distancia.

—Siento tener que castigaros de la única manera que es posible. Serenaos; la cólera os ciega, y mi honor me manda deciros que no os he muerto ya porque hubiera sido un asesinato.

En aquel momento, Fernán Pérez, pensando coger desprevenido á don Juan, se lanzó sobre él.

—¡Ah!—dijo don Juan parando admirablemente aquella alevosa estocada—; ¿tú lo quieres? ¡sea!

Un momento después, Fernán Pérez vaciló, pretendió en vano sostenerse de pie, y cayó al fin.

—Me habéis muerto—dijo—; dentro de poco, lo conozco, no podré hablar; acercaos por caridad, don Juan.

Tenorio arrojó con desdén y con despecho la espada, se acercó al herido y se inclinó sobre él.

—Tengo una hija, don Juan; sey viudo; no tengo parientes; mi hija queda huérfana; el emperador os ama; por vuestra mediación, la emperatriz servirá de madre á mi hija; se llama Estrella Fernán Pérez; es menina de la emperatriz; ¡amparad á mi hija!

—¡Es mi destino!—dijo don Juan, como hablando consigo mismo.

—¿Pero no me respondéis don Juan?—dijo Fernán Pérez—; ¿aún me guardáis rencor?

—No; siento que hayáis venido en hora menuada; haré por vuestra hija cuanto me sea posible hacer; morid tranquilo.

—Gracias, don Juan; ello había de suceder alguna vez, porque no somos eternos. Si yo no sintiese que sólo me quedan algunos momentos de vida, os pediría me procuráseis el auxilio de un monje; pero el monasterio está lejos aún. Hacedme la merced de decir á mis criados que se acerquen.

—Acercaos—dijo don Juan—; vuestro señor os llama.

Los criados se acercaron temerosos, porque les había impuesto miedo el terrible aspecto de don Juan.

—Gabriel—dijo Fernán Pérez—, y tú, Diego; guardad un profundo secreto acerca de lo que habéis visto; que nadie sepa que este caballero me ha muerto en duelo. Si él os quiere tomar á su servicio, servidle; yo os los recomiendo don Juan; son valientes y leales.

—Los tomo por míos, señor Fernán Pérez.

—En mi maleta encontraréis ropas que vestiros, sino queréis volver al convento. En ella, encontraréis también, en una bolsa, cien doblones: aceptad, porque no tendréis dinero para el viaje, este préstamo de un moribundo. Sólo me queda una gracia que pediros, y es que me perdonéis. Yo, provocándoos, obligándoos á matarme os he apartado de la vida religiosa; que era, tal vez, vuestra salvación.

—No, no habéis sido vos, ha sido mi destino—contestó sombríamente don Juan.

—Pues bien—dijo Fernán Pérez—, vuestra mano y vuestra palabra otra vez, de que eu vos tendrá mi hija un generoso protector.

—Os lo juro—dijo don Juan, estrechando la mano de Fernán Pérez que estaba ya rígida y fría.

—Gracias, don Juan, gracias y... adiós...

Una tos seca acometió á Fernán Pérez, y de su boca, en medio de una convulsión violenta, salió un vómito de sangre.

Poco después murió.

Don Juan permaneció un momento inmóvil y profundamente pensativo; pero en su semblante no había muestras de temor ni debilidad alguna.

Estaba viendo frente á frente su destino, que

le arrancaba del claustro poniendo en su camino una nueva víctima.

Se alzó terrible y severo, tomó la carta del emperador y dijo á los aterrados lacayos de Fernán Pérez.

—Esperadme aquí.

Luego tomó lentamente el camino del monasterio.

Llegó á él; llamó á la porteria que ya estaba cerrada; le abrieron; entró; atravesó el claustro; subió las anchas escaleras; adelantó por una larga crujía, y al fin de ella entró en su celda.

Una lámpara puesta sobre una mesa de nogal, á los pies de un crucifijo de marfil, junto á una calavera, alumbraba aquella reducida estancia.

Don Juan abrió el pliego que estaba sellado con las armas imperiales.

Don Juan al examinar la carta vió que estaba escrita de mano del emperador.

Decía lo siguiente:

«Carlos de Gante á su muy querido compañero de infancia don Juan Tenorio.—Si vuestra vocación no es tal que os haga apartaros del mundo, sin que podáis de ello arrepentiros; venid junto á mí; os necesito don Juan. Temo además que no habéis nacido para el claustro y un loco empeño os lleve á una perdición segura, haciendo de vos un mal sacerdote. Venid; si receláis que un día el claustro pueda pareceros estrecho, en mí encontraréis siempre amor y protección.—Dios os guarde.—De Colonia á treinta de Abril de mil quinientos treinta y un años.»

Don Juan leyó impásible esta carta, la dejó sobre la mesa, fué al arcón, le abrió, sacó de él un hermoso traje de camino, un traje completo, incluyendo el sombrero, las botas y las espuelas, una espada, una daga y un bolsillo lleno de oro.

Con aquel traje, con aquellas armas, con aquella bolsa, había llegado, solo, un año antes, sobre un magnífico caballo, á San Jerónimo de Yuste.

Quando expuso al prior su deseo de recibir el hábito de novicio le dijo:

—No estoy completamente seguro de que las eventualidades de mi destino me dejen abrazar la vida religiosa. Por si llega ese caso, padre, os ruego mandéis mantener en las cua-

dras del convento mi caballo, guardar su montura y que me permitáis conservar mi traje y mis armas. Yo entro aquí voluntariamente, y me reservo el derecho de salir, si así lo desearé, antes de mi profesión.

Y el caballo y sus monturas, existían en el convento; y como hemos visto, el traje y las armas de don Juan en una caja en su celda.

Don Juan se despojó del hábito y vistió sus ropas de caballero; se ciñó la espada y la daga, guardó el bolsillo en que había cien doblones de á ocho, se calzó las espuelas, se puso un capotillo de viaje, unos guantes de gamuza y un sencillo sombrero redondo de ala estrecha; tomó la carta del emperador, que estaba sobre la mesa, salió de la celda, atravesó la larga crujía, entró en el claustro alto, llegó á una mampara, la abrió, atravesó un recibimiento y dijo á un lego que al verle en aquel traje se levantó asombrado.

—Decid al padre prior que don Juan Tenorio quiere hablarle.

El lego se persignó como si hubiera visto al diablo, y andando para atrás, sin dejar de mirar á don Juan, abrió otra mampara y entró.

Al poco tiempo volvió á aparecer.

—Su paternidad le manda entrar, hermano Juan de la Penitencia—, dijo con una socarronería sarcástica, apartándose para que entrase don Juan, que poco después estaba delante de un anciano que escribía.

Aquel anciano era el prior (de San Jerónimo, de Yuste.

Al sentir las espuelas de don Juan, el prior levantó la cabeza de sobre su escrito y miró fijamente á Tenorio.

—Nos dejáis al fin—dijo con acento dulce—. En buen hora; vinisteis por vuestra voluntad y por vuestra voluntad os vais: Dios os acompañe y os asista: la nave corsaria se encuentra mal en el puerto tranquilo y se lanza á nuevo á las tempestades: nunca confié yo en vuestra vocación; pero sois libre; por mucho que yo me estremezca al veros abandonar este santo asilo, no os detendré, es decir, no procuraré deteneros ni con un solo consejo.

Don Juan mostró en silencio, la carta del emperador, al prelado.

—Su majestad os conoce tan bien como yo don Juan—dijo el prior doblando la carta y devolviéndola á Tenorio.

—Inútilmente, padre—dijo don Juan—, he querido apartarme de mi destino: él me persigue implacable. Este era el único día de libertad que me quedaba y me sentía ahogar dentro del monasterio; me faltaba aire y salí á respirarle fuera. En mi alma se daban un reñido combate mis recuerdos; mi pasado venía sobre mí y me impulsaba á un porvenir que estaba muy

lejos de ser el claustro. Me senté junto á la fuente de las Azucenas; permanecí allí abismado, dudando, temiendo. Yo sentía una desgracia que se acercaba; una desgracia que debía sacarme de esta santa casa.

—¡Una desgracia, hijo mío!—dijo el prior.

—¡Sí padre, sí!

—¿Y ha acontecido esa desgracia?—dijo el prior levantándose y con ansiedad.

—He muerto en duelo al capitán que me traía esta carta del emperador. Aún tengo en mi rostro la señal del látigo de ese desdichado. El que cruza el rostro de un caballero, debe morir, y ese hombre ha muerto.

—Yo no soy más que un religioso—dijo el prior, pálido como un cadáver—, y sólo sé que la mejor contestación á la más grave de las injurias, es perdonarla; vos pensáis de una manera mundana; yo os perdono. Estáis en un lugar de asilo y habéis muerto á un hombre. Permaneced aquí si queréis ampararos de nuestro derecho de asilo; yo no os entregaré á la justicia.

—Voy á partir, padre; don Juan Tenorio no ha huído jamás, no puede huir; por lo mismo os suplico mandéis que ensillen mi caballo.

El prior tocó una campanilla, á cuyo sonido apareció el lego que estaba en la antecelda.

—Que ensillen al momento el caballo de don Juan, y le traigan á la portería—dijo el prior.

El lego desapareció.

—¿Y á dónde vais, don Juan?—dijo el prelado.

—A Colonia, á casa del Emperador.

—Si alguna vez os arrepentís; si alguna vez comprendéis que todo cuanto el mundo ofrece es vanidad de vanidades, volved; aquí os recibiremos siempre con los brazos abiertos.

—No volveré, padre, á este convento, ni iré á llamar á las puertas de ninguno; pero siempre conservaré un grato recuerdo de vos y de los que, durante un año, han sido mis hermanos.

—Y lo son, todavía, don Juan. Ellos y yo os recordaremos siempre en nuestras oraciones al Altísimo.

—Gracias, padre, y hasta la eternidad. Don Juan no puede detenerse en su camino y le sigue con la frente alta y resignado á todo. Adiós, señor.

—Adiós, don Juan.

Tenorio salió, bajó á la portería, fuera de la cual un lego le tenía el caballo.

—Adiós, hermano Silvestre—le dijo don Juan montando.

Y puso espuelas al caballo, y se perdió á lo lejos, en dirección al lugar donde le esperaban los criados del difunto Fernán Pérez.

—A caballo—les dijo—, y sin descansar, á la frontera de Portugal.

—¿Y dejamos así á nuestro amo?—dijo Gabriel.

—Sí; los monjes cuidarán del cadáver.

—¿Y el caballo?—preguntó Diego.

—Atadle á un árbol, y en seguida tras mí. Y don Juan, como si le tardase alejarse de aquel sitio, lanzó su caballo al galope.

Diego ató el caballo á un árbol, y Gabriel se acercó al cadáver de Fernán Pérez, y recobró la espada que había dado á su señor.

La espada de Fernán Pérez que don Juan había arrojado, quedó abandonada junto á la fuente.

Gabriel y Diego, pálidos y aterrados aún por el suceso, permanecieron un momento indecisos.

—¿Y qué hacemos?—dijo Gabriel.

—Qué hemos de hacer—contestó Diego—, más que obedecer á nuestro amo. El nos ha mandado que sirvamos á don Juan Tenorio, y don Juan Tenorio es tan buen amo como otro cualquiera.

—Tiene algo de demonio—observó Diego; ¿no viste cómo le relucían los ojos cuando reñía con nuestro amo? Yo no he visto hombre semejante en toda mi vida. Yo tengo miedo de servirle.

—Yo, no; á mí me gustan los hombres así.

—Ea pues, si tú te atreves, yo también me atrevo—dijo Diego—, vamos á alcanzar á nuestro nuevo señor.

Y montaron y partieron á escape por el mismo camino por donde se había alejado don Juan.

Tres días después, don Juan había entrado en un mal camino que conducía á Portugal y marchaba detrás de un coche, al que acompañaban dos solos criados.

Aquel coche era enorme, y las anchas llantas de sus grandes ruedas se hundían en la tierra blanda del camino y marchaba con lentitud, á pesar de que iba tirado por ocho grandes mulas.

La zaga de este coche iba enormemente cargada con grandes baúles. Dos solos criados le escoltaban, armados con lanzas á la jineta.

Al pasar don Juan junto al costado del coche, apareció en la portezuela una cabeza de mujer, que hizo que don Juan refrenase un poco su caballo.

La luna inundaba de lleno el semblante de la dama, y del mismo modo el de don Juan.

—Caballero—dijo la dama con una voz tan sonora, tan simpática, tan insinuante, tan incitante como puede serlo la voz de una mujer, pero con un marcado acento portugués—¿queréis decirme si lleváis el mismo camino que yo?

—Señora mía—contestó don Juan, eñiendo su caballo al coche de manera que podía tocarle y descubriéndose—; después de besaros las manos, permitidme que para poder contestaros os pregunté adónde vais vos.

—Ante todo, caballero—se apresuró á decir

la dama—; cubríos; la noche se va haciendo bastante fresca.

—Con vuestra licencia, señora—dijo don Juan, cubriéndose.

—Pues bien—dijo la dama—; yo voy á Portugal, y en Portugal á Lisboa.

—Ese es mi camino, señora; pienso embarcarme en Lisboa, pasar por mar á Francia, y de Francia pasar á Alemania, á donde me llama el Emperador don Carlos.

—¿Sois de la casa del emperador, caballero?—preguntó la dama.

—Sí señora, el emperador y yo nacimos en un mismo día, y le he servido mucho tiempo como paje.

—¿Y qué sois ahora de la casa del emperador?

—Eso, señora, me lo dirá cuando llegue á Colonia, su majestad.

—Debéis tener un nombre muy conocido—dijo la dama.

—Y vos debéis ser mucha persona—dijo don Juan.

—En Portugal me conoce á mí todo el mundo.

—Y á mí me conoce todo el mundo entero—dijo don Juan—; donde no por la persona, por el nombre.

—¿Pues cómo os llamáis que todo el mundo conoce vuestro nombre?

—Vuestro humilde servidor, señora, se llama don Juan Tenorio.

—¡Ah!—dijo la dama, con un acento singular—; pues bien, vuestra humilde servidora, señor don Juan, se llama Estefanía de Silva, Carbalho y Meneses.

—Conozco vuestro nombre, mi señora doña Estefanía.

—¿Por qué me llamáis mi señora doña Estefanía?

—Porque cuando yo andaba por el mundo oí decir que había en Portugal una dama que, habiendo sido muchos años favorita del rey don Manuel, y habiéndola conocido el rey don Manuel, ya mayor de edad, y habiendo muerto dicho rey hace muchos años, su amiga se conservaba tan joven como cuando la conoció el rey, á pesar de que debía ya contar... sus cincuenta y... tantos...

—Sesenta he cumplido, señor mío, el día diez y nueve de Enero.

—En otro tiempo—dijo don Juan—, un encuentro con vos hubiera sido para mí un suceso muy importante; ahora no es más que un consuelo; porque me encuentro en una situación muy triste.

—Don Juan—dijo doña Estefanía—; al ver pasar junto á mi coche un jinete que, como erais vos no pudo menos de parecerme caballero y gentilhombre, os habé por necesidad.

—¡Por necesidad, señora!

—Sí, por miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—Hace una hora encontramos unos caminantes que nos dijeron:—Id con cuidado, porque más allá, donde empiezan los árboles, hay bandidos: nosotros nos hemos salvado por la velocidad de nuestros caballos.—Como podréis conocer, don Juan, esta noticia no era muy buena; el mayoral dice que no encontraremos población hasta las diez de la noche, hora en que llegaremos á Somorinos; por eso, al veros, os hablé para rogaros que si la lentitud de nuestra marcha no os impedía el acompañarme, me hicierais la merced de ello.

—De ningún modo señora; no tengo prisa: tanto me da llegar un año antes como un año después á Colonia, ó mejor dicho, al lugar donde se encuentre el emperador.

—Pues bien, don Juan; en ese caso, permitidme os convide á entrar en el carruaje; va haciendo bastante frío.

—Acepto, señora—contestó don Juan.

—Silverio, pára—dijo doña Estefanía, y que Pedro venga á tener el caballo á este caballero y abrir la portezuela.

Un momento después, don Juan se acomodaba en el carruaje, en su parte delantera frente á doña Estefanía.

Indudablemente el carruaje siguió su lenta marcha.

Don Juan notó que iba otra persona en el carruaje en el testero, junto á doña Estefanía y á su derecha, y que aquella persona era una mujer.

Pero la débil luz, si podía llamarse luz el reflejo de la luna que penetraba en el interior del coche, no permitía á don Juan juzgar de si aquella mujer era joven ó vieja, noble ó plebeya, dama ó sirvienta de doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses.

Aquella aventura había venido muy á punto para neutralizar en el ánimo de don Juan el terrible efecto de la situación en que se encontraba.

Al entrar don Juan por segunda vez en el mundo, al dar el primer paso, había tropezado con su eterno inconveniente: la mujer.

La mujer se le había presentado duplicada.

Una de ellas era una dama cuya historia galante había pasado las fronteras de Portugal y llegado á noticia de los contadores de historias: una mujer extraordinaria que á los cincuenta y tantos años conservaba la juventud de una mujer de veinticinco, y una fresca y magnífica hermosura.

La otra mujer estaba envuelta para don Juan, en el misterio de lo desconocido.

Doña Estefanía empezó muy pronto á aclarar aquel misterio.

—Don Juan—dijo—, á mi lado veis una dama; es una protegida mía; tiene diez y siete años y se llama Isabel.

—¿Isabel de qué? con vuestra licencia señora.

—Por ahora no más. ¿Duermes Isabel?

—No, no señora—dijo una de esas voces hechiceras en que se revelan á un tiempo la niña y la mujer.

—Quién nos acompaña y nos libra del miedo de los bandidos que nos han anunciado, es el famoso don Juan Tenorio.

—Vuestro humilde criado doña Isabel—dijo con su usual galantería don Juan.

—Dicen—contestó Isabel—, que vos no habéis nacido para servir, sino para mandar.

—¡Mandar!—dijo don Juan de una manera profunda.

—Me parece, señor mío, que habéis pronunciado la palabra mandar, de un modo tal, que pudiera creerse que sois ambicioso.

—Sí, muy ambicioso—contestó don Juan—; la ambición es un entretenimiento como otro cualquiera; por ella se goza ó se sufre, y gozando sufriendo se mata el hastío, la frialdad del alma, que es la muerte.

—¿Qué edad tenéis, don Juan?

—El día de San Matías cumpliré treinta y un años.

—¡Oh! pues entonces deben existir para vos, antes que la ambición, otras mil cosas que no os permitan fastidiaros.

—He pasado por la tumba—dijo don Juan—; he dormido el largo sueño de un año, y al despertar de él, me he hallado mudado completamente.

—¿Tendréis la bondad de decirme, don Juan, en qué consiste esa mudanza?—dijo doña Estefanía.

—En todo—contestó don Juan.

—¡En todo!—dijo con extrañeza doña Estefanía.

—Sí, si señora: hace un año tenía corazón, y ahora no le tengo; antes todo me conmovía... ahora... nada me conmueve; antes, cuando una provocación, una insensatez ajena me obligaba á un castigo, mi corazón se estremecía y mi sangre se helaba al sentir rasgarse la carne en la punta de mi espada.

—¡Ah!—exclamó Isabel con un acento semejante á un gemido.

—Ved don Juan que asustáis á esta pobre niña.

—¡Ah!... ¿qué importa?—dijo don Juan—; el hombre destruye ó es destruído; cuando dos objetos se encuentran en un mismo punto, con una fuerza dada, el más fuerte rompe al más débil; la culpa no es ni del fuerte ni del débil; es del destino que ha hecho que se choquen. Yo jamás he provocado el choque; el choque ha sucedido sin intervenir en ello mi voluntad; ¿por qué he de conmovirme yo de la destrucción de los seres que más débiles que yo, conmigo han chocado, si no era mía la culpa.

—¿Habéis sido estudiante, don Juan?

—Sí sí señora.

—Se conoce, porque usáis mucho del sofisma.

—Puede ser, pero le uso de buena fe.

—Continuad, continuad diciendo por completo cuanto habéis cambiado.

—Como os decía, señora, cuando yo destruía al insensato que se atrevía á provocarme, sufría, sufría de una manera horrible; ahora destruyo con la misma impasibilidad con que destruye una bala lanzada por un arcabuz.

—¡Ah! ¿seguís destruyendo?

—¡Es mi sino!

—Continuad.

—La mujer ha sido mi sueño; mi ambición entera, su amor, un amor inmenso, infinito, que no he encontrado en ninguna mujer, aunque aquella mujer haya muerto por mí.

—¡Ah!—exclamó Isabel, de una manera dolorosa.

—¿Lo veis don Juan?—continuáis asustando á esta pobre niña.

—¡Qué importa! el amor es un sueño del que se despierta con el corazón dolorido, con la cabeza loca; un fantasma embriagador, tras el cual corremos, sedientos de delicias desconocidas, que nos arrastra, que nos envuelve en un caos de ilusiones; un fantasma falaz, que se desvanece y se reduce á la nada; cuando creemos tocarle.

—¡Desdichado de vos don Juan, si no os engañáis respecto á vuestro corazón!—dijo doña Estefanía.

—¡Ah no, no señora! vos misma acabáis de darme la prueba de que la mujer nada puede ya conmigo; si hace algún tiempo, antes de que yo me transformase, os hubiera visto, pálida, hermosa, tentadora, vos hubierais sido para mí un nuevo amor, un nuevo fantasma; hubiera deseado ver la locura en vuestros ojos; sentir en vuestros labios el abrasador suspiro de la pasión; veros estremecida, anhelante, bajo mi mirada; haceros mía... Nada de eso he sentido; he admirado vuestra gran belleza, esa belleza que ha resistido al amor y á los años; pero como hubiera admirado la belleza de una estatua.

—Muchas gracias, don Juan—dijo doña Estefanía riendo, pero de una manera forzada.

—No os ofendáis, señora, porque digo lealmente lo que pienso—dijo de una galante manera don Juan.

—¡Ah! no, no—se apresuró á decir doña Estefanía—, yo no puedo ofenderme de que no os hayáis enamorado de mí, ni me hagáis creer que sois presuntoso.

—Es mi destino, señora, que las mujeres me amen y los hombres me provoquen.

—¿Sabéis don Juan que tenéis una franqueza que mete miedo?

—Siempre he dicho lo que he sentido; es lo único en que no he cambiado.

—¿Y estáis seguro, don Juan, de que no

podéis ya enamoraros, sólo porque no os habéis enamorado de mí?

—Tengo otra prueba más, señora.

—¿Cuál?

—Si en otro tiempo hubiera yo oído la dulce y pura voz de doña Isabel sin ver su semblante, me hubiera imaginado una hermosura sin igual, un alma de arcángel; hubiera sentido una impaciencia insostenible por verla; la hubiera amado como un loco antes de verla; ahora... esa voz de arcángel no ha hecho más violento el latido de mi corazón, no; la he escuchado como se escucha el leve y dulce susurro del aura de la mañana entre las flores de un jardín; el aura halaga la frente calenturienta, pero no puede inspirar ni un solo pensamiento de amor.

—¡Oh, Dios mío!—dijo de una manera involuntaria Isabel.

—¡Lo veis, don Juan! ó sois un loco ó un malvado; no parece sino que os habéis propuesto que la pobre Isabel se enamore de vos.

—¡Yo!—dijo don Juan—¿sabéis que me parece que estáis desempeñando el oficio de la tentación por mandato del diablo?

—¡Ah!... explicadme eso, don Juan—dijo doña Estefanía—: ¿habéis tropezado ya con una tentación?

—¿Y quién os ha dicho, señora mía, que yo esté á salvo de las tentaciones? ¿Acaso lo creéis porque he declarado formalmente que estoy á salvo del amor?

—Vamos á llevar muy buen viaje, don Juan.

—¡Dios quiera no os pese un día el que yo os haya encontrado!

—¡No! lo que yo deduzco de todo lo que me habéis dicho, es que en vez de haber perdido el corazón, habéis perdido la esperanza; que la desventura os ha maltratado de tal modo, que no creéis en la felicidad; y que, como la felicidad es el amor, no creéis en el amor.

—Sí, tengo un amor, que aunque no sea el amor de la mujer, es siempre el amor.

—Sí, jamás la ambición! es natural; el hombre á los treinta años empieza á vivir seriamente, ó lo que es lo mismo, empieza á ser ambicioso; pero ¿cómo llegaréis á realizar vuestra ambición si prescindís de la mujer? la mujer cruza todos los caminos que el hombre emprende; la mujer le ayuda ó le combate; sin la mujer... el hombre es un ser incompleto; porque el ser completo humano, se compone de un hombre y de una mujer.

—Pues bien; la mujer será el instrumento, el medio, la escala de mi ambición.

—¡Oh! ¡callad por Dios, caballero!—dijo Isabel—me estáis haciendo daño hablando como de cosas ciertas, de cosas en que no quiero creer.

—Perdonad, señora—dijo don Juan—; yo no quería lastimaros; pero, á propósito; empezamos á caminar entre los árboles; aquí es donde se suponen bandidos, y de-ko salir, montar á caballo

y despejaros el camino. ¿Son valientes vuestros criados, doña Estefanía?

—¡Oh, sí! soldados viejos de Portugal.

—Tiene Portugal muy buenos soldados—dijo don Juan.

Y asomándose á la portezuela, dijo al mayoral:

—Parad.

El coche se detuvo; el zagal abrió la portezuela y don Juan bajó.

El coche continuó su marcha.

Don Juan montó á caballo.

—Continuad vos junto al coche—dijo á los criados de doña Estefanía—; y vosotros dos—añadió dirigiéndose á sus nuevos sirvientes—, adelantaos conmigo.

Y amo y criados adelantaron y se pusieron á vanguardia del coche.

—¿Qué te parece, Isabel—dijo doña Estefanía—, de esta aventura? — apenas salió del carruaje don Juan.

—Me alegro de haber encontrado á este famoso saltador de corazones—dijo Isabel.

—Cuidado niña, ¿hablas con sinceridad?

—De todo corazón.

—¿Qué te parece don Juan?

—¡Oh! es un hombre que no puede imaginarse; que no puede comprenderse exista sino cuando se le ve.

—¿Te parece hermoso?

—Sí, me parece completamente hermoso, porque es hermoso sin fatuidad; parece que no sabe lo que es: sólo le he visto un momento, cuando al entrar en el coche le dió la luna en la cara, y confieso que me estremecí, pero después me he tranquilizado. No le puedo amar: es soberbio por naturaleza, y yo soy más soberbia que él.

—Juraría que te has conmovido de una manera profunda.

—¿Y no has pensado que puede ser muy bien que yo me haya fingido conmovida?

—¿Y con qué objeto?

—Me he propuesto vencer á don Juan, enamorarle, rendirle, y cuando le tenga á mis pies, lanzarle una carcajada á la cara y volverle lá espalda.

—¡Niña! ese empeño ha perdido á muchas mujeres.

—No me perderá á mí: ¿acaso no me llaman la niña de mármol?

—El mármol se calcina en el fuego. Isabel; don Juan es irresistible.

—¡Ah, no! te has equivocado en tu prueba: has querido hacerme creer en tus últimas palabras que le amas ó que has empezado á amarle por probar si siento celos.

—¡Oh, y qué diez y siete años tan maliciosos!

—¿Quieres dejarme que me recoja para pensar

de qué manera he de empeñar mi combate con don Juan?

—Sí, Isabel, sí; yo también necesito recogerme para pensar cómo he de hacer para enamorarme de don Juan.

—Pues buenas noches, Estefanía.

—Buenas noches, Isabel.

Apenas habían tomado la vanguardia don Juan y los dos lacayos, Gabriel dijo á Tenorio:

—¡Ah, señor! si me dierais licencia, yo quisiera hablar con vos.

—En buen hora—dijo don Juan—; ¿qué tienes que decirme?

—Yo, señor, era el ayuda de cámara, el cocinero, el lacayo, todo junto, para el capitán Fernán Pérez, mi pobre amo.

—Pues bien, serás mi ayuda de cámara, mi cocinero y mi lacayo.

—No lo digo por eso, aunque yo tenga un grande honor en servir al famoso don Juan Tenorio; dígolo porque yo gozaba de toda la confianza de mi amo.

—Criado que á mí no me inspira confianza—dijo don Juan—no le tengo.

—No lo digo tampoco por eso, señor.

—Pues acabemos: ¿por qué dices tú lo que dices?

—Porque dicen, señor, que las almas de los que mueren á hierro sin confesión, acompañan siempre invisibles á los que les han dado muerte, y ven todo lo que hacen, escuchan todo cuanto dicen y saben todo cuanto piensan.

—Como no te expliques más claro, no te entiendo—dijo don Juan.

—Yo me explicaré. Cuando mi pobre amo agonizaba, yo oí que os pedía que amparaseis á su hija, á doña Estrella. Yo sé cuánto amaba el buen capitán Fernán Pérez á su hija: por ella no se ha casado otra vez, por no darla la madrastra: por ella se ha hecho agujerear la piel en servicio del rey, y ha sido el primero en entrar al asalto, para ser el primero en el saqueo y aumentar su hacienda, para dejar, cuando muriese, rica á su hija, ó darla antes de morir, un gran dote que la procurase un buen marido. El capitán Fernán Pérez no vivía más que para su Estrella; no pensaba en otra cosa; no hablaba de otra cosa.

—¿Y bien, qué?

—¿Qué, señor? Que si vos no sois para doña Estrella un padre tan bueno como para ella lo fué mi amo, el pobre capitán, que irá siempre junto á vos, invisible, sufrirá mucho; ya que por vos ha muerto sin confesión, no hagáis, señor, que por su hija viva su alma en pena; esto os lo ruego por mi pobre amo. Hacedlo y tenedme por esclavo.

—¿Y crees tú de buena fe que las almas de los muertos sin confesión, van pegadas al cuerpo de quien las mató el suyo?

—Eso dicen, señor, y más vale creerlo que echarse á buscarlo; yo, por mi parte, si matase á un hombre sin confesión me moriría de miedo, de tener su alma junto á mí.

—¿Qué edad tiene doña Estrella?

—Los diez y ocho años más hermosos del mundo: no habéis visto una mujer más blanca, ni una mujer más rubia; es tan alta como vos, señor; y si os casarais con ella, los hijos que de ella tuvierais, destumbrarían de hermosos.

—Te advierto que no vuelvas á suponer que yo puedo casarme, porque te rajo de alto á bajo.

—¿Y entonces, señor, qué va á ser de doña Estrella? porque os vais á enamorar en cuanto la veáis, como un loco.

—Te advierto que no vuelvas á suponer que yo puedo enamorarme, porque te estrangulo.

—Pues entonces peor; porque es muy posible que doña Estrella se enamore de vos.

—¿Cómo ha de enamorarse del que ha muerto á su padre?

—Es que ella no lo sabrá; porque el capitán Fernán Pérez nos mandó que guardásemos secreto acerca de que vos erais su matador, y nosotros le guardaremos.

—¿Y si se lo digo yo?

—Vos, señor, sois incapaz de hacer eso. Vos no sois ni villano ni cruel.

—Tenéis razón; sería una crueldad horrible; será necesario callar. Cuando yo vea al emperador, se lo revelaré todo; le suplicaré por ella, y él emperador la protegerá de tal modo, que podrá escoger á su gusto marido.

Gabriel aguijó á su caballo y le puso á nivel del de don Juan.

—¿Por qué adelantas hasta mí?

—Perdonad, señor; pero quiero deciros en voz baja una cosa que no sabe Diego. Como el emperador es mozo y hace seis años que está casado con la emperatriz, se ha enamorado de doña Estrella que es mucho más hermosa que la emperatriz doña Isabel.

—¡Oh! pues entonces debe ser un prodigio—dijo fríamente don Juan.

—Más blanca, más matrona, más rubia, más gentil y más joven que la emperatriz, y más grave y más altiva que ella. Yo sé bien por qué el emperador envió mi amo á España para traer una carta suya, cuando tenía mil otros á quienes enviar. El emperador tenía la vigilancia del padre y se le quitó de encima.

—Entonces no hay necesidad que yo ampare á doña Estrella; probablemente su majestad la habrá amparado ya.

—No sabéis cuán virtuosa y cuán honesta es mi señora. Conquista es la suya que no conseguirá su majestad, aunque es muy conquistador.

—¡Imbécil! ¿qué fortaleza resiste si la pone cerco el gran Carlos V?

—Mi señora.

—Y entonces, si tanto confías en que tu señora escape á los deseos de un emperador tan poderoso, ¿por qué temes que se enamore de mí?

—Porque el emperador es un hombre, y vos sois más que un hombre. Yo no he visto jamás un hombre, ni creo que le haya, que riña como vos; que como vos mate; y que como vos quede tan sereno después de matar, y que al poco tiempo de haber matado hable de cualquier cosa como si nada hubiera sucedido, como vos habláis. Además de eso, basta miraros, señor: en los ojos, en la boca, en los ademanes, tenéis algo que parece del otro mundo: sois hermoso como una dama, y vuestra hermosura impone respeto, miedo; á otro hombre le hubiera pedido yo una agria cuenta de la muerte de mi amo, y le hubiera aborrecido el tiempo que hubiera tardado en matarle: vos me dais espanto y no os aborrezco: si esto no es tener algo del otro mundo, yo no sé lo que es.

—¡Tienes razón, Gabriel, tienes razón! ¡yo no soy un hombre, soy una fatalidad!

—Con vuestra licencia, señor: ¿qué quiera decir, una fatalidad?

—¡Estúpido! ¡quién sabe lo que es la fatalidad! un misterio, tal vez el misterio de la Creación.

—Perdonadme, señor, pero yo no entiendo una palabra de lo que decís.

—Ni hace falta que lo entiendas. Basta ya. Vete al lado del otro y déjame en paz.

Gabriel refrenó á su caballo, esperó á Diego que venía detrás y siguió marchando á su lado.

Don Juan sentía en su alma algo insoportable, algo fríamente pesado: su existencia era abrasadora.

Volvió á encontrarse rodeado de los inconvenientes del mundo, pero ya sin ilusiones, ya sin esperanzas; creía haber amado lo bastante, haber sufrido lo bastante para dominar al amor y al horror. Había creído por un momento que sólo podía gozar ya en las gigantescas y las terribles luchas de la ambición; había creído que muerta en el hombre la propensión al amor, la mujer debía serle completamente indiferente. Sin embargo, le irritaba la lucha que se había entablado entre él y las viajeras, y al mismo tiempo, sin poder evitarlo, veía al capitán Fernán Pérez, arrojando sangre del pecho á borbotones y presentándole á su hija Estrella, á quien ocultaba su herida. El corazón de don Juan se había secado, pero vivía fecunda, enérgica y ardiente su imaginación calenturienta de poeta; de poeta que no hacía versos; pero que lo sentía todo envuelto en la bella fatalidad del arte. Don Juan podía muy bien no amar á la mujer, pero no podía dejar de amar lo bello, y para él era bello todo lo que era sublime; y

como el honor tiene una sublimidad relativa, don Juan amaba la belleza y el horror. Don Juan necesitaba vivir de una manera candente.

Y no podía ser más candente todo lo que desde el obscurecer de aquel día había pasado por él.

Don Juan, fuera ya del claustro, aspirando la candente atmósfera del mundo, no podía comprender cómo había vivido un año en el claustro, callando siempre, obediendo siempre, sufriendo siempre el combate de su alma con su situación.

Don Juan acabó por creer que todo aquello había sido un sueño: hacía apenas tres días que había salido del convento, y el recuerdo de su estancia en él se había alejado en la memoria de don Juan, á una distancia inmensa.

Y es que el tiempo no tiene medida; cuando hemos vivido por todo un año en una hora, aquella hora tiene en nuestro sentimiento la duración de un año.

El tiempo en que menos se siente es el más corto.

Don Juan había vuelto á ser lo que era: lo que había perdido de corazón lo había ganado en imaginación.

Volvió á la vida.

Su estancia en el convento había sido un paréntesis de sí mismo.

Respiraba con placer el aura de la noche.

Perdía su mirada en la inmensidad del cielo.

Le parecía que aquella aura era más fresca, más fácil que la que respiraba en el convento.

Que aquel firmamento azul, poblado de estrellas, era más límpido, más diáfano, que cuando le veía á través de las ventanas de su celda.

Era libre; había roto la losa de su sepultura.

Los medios, ó más bien, la causa, habían sido terribles.

Pero lo terrible era el destino de don Juan.

Se sentía excitado; las aventuras le envolvían ya.

Doña Estefanía, Isabel, Estrella, tres mujeres á un tiempo excitaban su pensamiento.

No amaba ya; pero la hermosura le conmovía; su amor había descendido de la región del espíritu; pero existía en la región de la materia.

Don Juan estaba calenturiento.

Sólo en tal estado podía dominar lo terrible de su situación.

De improviso algunos hombres se lanzaron desde los árboles al camino con intención manifiesta de impedir el paso á don Juan.

Aquellos eran, sin duda, los bandidos de quienes había hablado doña Estefanía.

—¡Alto y á tierra!—dijo uno de ellos.

—¡A mi, Gabriel! ¡a mi, Diego!—gritó don Juan tirando de la espada y lanzándose sobre los saltadores.

Algunos de ellos dispararon. Don Juan oyó tras sí un grito de agonía.

Era Gabriel que había caído herido por uno de los disparos.

En cambio, don Juan había pasado por cima de uno de los saltadores hiriéndole de un tajo en la cabeza al echarle encima el caballo.

Se oía la carrera de los otros dos lacayos armados á la jineta, que acompañaban á doña Estefanía.

Don Juan había arrollado á otro de los bandidos; quedaban solamente cuatro; pero se batían á la desesperada procurando dominar á la escolta del coche.

Hubo un combate de algunos minutos, durante los cuales don Juan mató á otro de los bandidos: Diego, el otro lacayo de Fernán Pérez, había caído también.

Don Juan acosaba á los tres bandidos que aún resistían, ayudado por los otros dos lacayos.

Parecía que un poder misterioso protegía á don Juan.

Los bandidos habían disparado sobre él á poca distancia, casi á quemarropa y no habían podido herirle.

Los dos lacayos de doña Estefanía ayudaban á don Juan, acosaban á los bandidos.

Estos huyeron al fin perdiéndose entre los árboles.

—Ved—dijo don Juan—lo que ha sido de esos cinco hombres que han caído.

Uno de los lacayos desmontó y examinó los cinco hombres que estaban por tierra.

—Muerto—dijo después de haber reconocido al primero—; muerto—añadió á medida que fué reconociendo á los otros.

—¿Es decir—preguntó don Juan—que los lacayos que me acompañaban han sido también muertos?

—Sí señor—dijo el lacayo de doña Estefanía, que había hecho el reconocimiento—; el uno tiene un tiro en la cabeza; el otro un tiro en el corazón.

—¡Dios los haya perdonado!—dijo don Juan—; y luego añadió para sí—: el prior guardará el secreto; estos dos que han sido testigos de mi lance con el capitán Fernán Pérez no pueden hablar. Estrella no sabrá, no puede saber que yo he sido el matador de su padre.

Y partió al galope, en busca del coche que se había detenido á alguna distancia.

Doña Estefanía estaba asomada á la portezuela de la izquierda.

—¡Qué es eso!—dijo asustada á don Juan.

—Nada, señora, sino que tenemos franco el camino: los bandidos no se atreverán á volver; eran seis y han muerto tres: también es verdad que este lance me ha costado los dos lacayos que me acompañaban.

—¡Pobres! — exclamó doña Estefanía — ¿Y vos? ¿os ha sucedido algo, á vos, don Juan?

—Ni aun he sido levemente herido.

—¡Oh! ¡gracias á Dios! no sabéis cuánto me alegro, don Juan; no sabéis cuánto me hubiera desesperado el que vos hubierais recibido el más leve daño.

—¡Oh! gracias, señora; no sabéis cuánto os agradezco yo el interés que sentís por mí.

—¿Y esos desgraciados lacayos, tenían familia?

—Lo ignoro, señora.

—¿Ha sucedido algo á mis criados?

—Creo que no—dijo don Juan.

Y volviéndose á los dos lacayos que se habían acercado, les preguntó:

—¿Estáis heridos?

—No, no, señor, á Dios gracias—dijo uno de ellos.

—Pues bien, don Juan—dijo doña Estefanía—; puesto que ha pasado el peligro, entrad en el coche y continuemos nuestro camino.

—No, no señora, aun no hemos salido del bosque, y yo debo ir delante asegurando vuestra marcha. ¿Pensáis deteneros en el pueblo de Somorinos?

—Indudablemente, don Juan.

—Pues el pueblo de Somorinos está á poca distancia de la salida del bosque; allí volveremos á reunirnos, señora.

—Hasta luego, don Juan.

—Hasta luego, señora mía—dijo Tenorio.

Y mandó al mayoral que siguiese adelante, y avanzó con los dos lacayos.

—¿Y nos dejamos ahí los caballos de los difuntos?—dijo uno de los criados de doña Estefanía.

—¿Para qué los queremos, para que conozcan en el pueblo por los caballos que hemos andado en el lance y nos acose la justicia á preguntas y respuestas? Seguid, seguid; no hay que hablar una palabra de lo que ha sucedido.

Y don Juan siguió adelante.

Le contrariaba el que Isabel, ni por una sola palabra, se hubiese mostrado de lo que pudiera haberle acontecido.

Esta circunstancia hizo que don Juan, ofendido en su amor propio, fijase su pensamiento en Isabel. Sólo había visto su bulto, replegado en un ángulo del carruaje.

¿Cómo sería aquella joven?

¿Cuál el color de sus ojos, de su semblante, de sus cabellos?

¿Hasta dónde, si era hermosa, la fuerza de su hermosura?

¿Quién sería ella?

Esto á pesar de todo, excitaba á don Juan. Nunca se había visto tratado de tal modo por una mujer, y esto bastaba á incitar, sino un amor, su orgullo.

Isabel y Tenorio estaban, pues, frente á frente.

Una hora después de la salida del bosque, llegaron al pueblo de Somorinos, y al único mesón que en él había.

La puerta estaba cerrada.

No se veía luz por ninguna de las rendijas de sus ventanas.

Ni una sola persona pasaba por la calle.

La luna alumbraba en paz aquel pueblo dormido, y aun no eran las diez de la noche.

Don Juan mandó á uno de los lacayos que llamase fuertemente.

Poco después se abrió una ventana y apareció en ella un hombre que dijo:

—Dios guarde á vuestras mercedes; posada hay y buena, y voy á abrir al momento.

A poco se abrió de par en par la gran puerta del mesón para que pudiera entrar el coche, que algunos instantes después estaba en el patio de la posada.

Las dos señoras salieron.

A la luz de una candileja que el posadero tenía en la mano, don Juan, que había echado pie á tierra, vió que las dos damas estaban envueltas en sobretodos ó lomas de terciacela negra de seda, con capuchones y sombreros con plumas.

Por más que hizo don Juan por ver el rostro de Isabel, no pudo.

Esta, con la cabeza inclinada, se había deslizado hacia las escaleras.

Doña Estefanía, la siguió, y tras ella fué don Juan.

El posadero siguió alumbrando.

—Entren vuestras mercedes en el aposento de la derecha, conforme se suben las escaleras, que es el mejor del mesón—dijo el posadero.

Isabel, que iba delante, torció á la derecha, vió á la luz de la luna una puerta, alzó su picaporte, empujó la puerta y entró.

Doña Estefanía se detuvo junto á aquella puerta.

—¿Han venido dos caballeros, el uno anciano y el otro como de unos treinta años, con dos criados?—preguntó al posadero.

—¿Un caballero cano, muy señor, y muy principal; y un caballero mozo, moreno, que tiene los ojos muy negros y el semblante muy serio?—dijo el posadero.

—Sí, eso es—contestó doña Estefanía.

—Pues han llegado esta tarde á puestas del sol, han comido y están durmiendo.

—¿No hay en el mesón una mujer que nos sirva?—dijo doña Estefanía.

—Sí, sí señora; mi hija que es una moza que ni de perlas, para servir damas, porque ha estado mucho tiempo sirviendo de doncella á la corregidora de Badajoz.

—Pues enviádmela al momento; id además al cuarto de esos caballeros, y decidles que las damas que esperaban han llegado. Adiós, don Juan—añadió, dirigiéndose á Tenorio—. Yo os



doy las gracias por lo que habéis hecho por nosotras; y os ruego que no procuréis volvernos á ver, si por ventura lo desearéis y que en ese caso esperéis á que... la casualidad vuelva á reunirnos... Adiós, don Juan.

—Adiós, señora.

Doña Estefanía entró en el cuarto.

El posadero gritó desde el corredor:

—¡Eugenia, Eugenia! ¡hija! acude con un velón encendido.

—Acomodadme á mí—dijo imperpetivamente don Juan.

—Perdóneme vuesa merced por un momen-

sadero—, y si no le contenta el aposento, yo lo sentiré mucho, pero no tendré cosa mejor que darle.

—Seguid y concluyamos—dijo secamente don Juan.

El posadero no se atrevió á contestar.

Siguió adelante, llegó á una puerta al extremo del corredor, la abrió y se apartó para que pasase don Juan. Este se encontró en un aposento, de suelo terrizo con una mala cama, en un ángulo, dos sillas desvencijadas, y una mesa de pino, feble y maltratado.

Al frente de la puerta había una ventana.



—¿De qué D. Juar habláis señora? (pág 21.)

to—dijo el posadero—, que así que mi hija haya entrado á servir á esas damas, yo le llevaré adónde quedará contento de mí.

En aquel punto apareció una joven bastante buena moza con un velón en la mano, que al ver á don Juan, dijo:

—Válgame Dios, padre, y que buenos huéspedes nos envía Dios esta noche.

—Entra, entra muchacha, y déjate de eso—dijo el posadero—; mira á ver lo que esas señoras quieren, y á servir las lo mejor que se pueda, que es gente principal.

Eugenia entró, no sin mirar de nuevo profundamente á don Juan.

—Caballero, sígame vuesa merced—dijo el po-

No parecía sino que don Juan necesitaba respirar el aire libre porque fué á aquella ventana, y la abrió.

Al abrirla retrocedió.

A poca distancia había visto una especie de corralón á cuyo fondo había un alto muro, en vuelto en la sombra que proyectaba una penumbra sobre el terreno.

En aquel corralón crecían ortigas y malvas locas, y de trecho en trecho se veía un montecillo de tierra poblado de musgo, sobre uno de cuyos extremos estaba clavada una cruz de madera.

—¡Por Cristo vivo! don bellaco—dijo don Juan

al posadero—¿qué habéis pensado de mí, que me habéis puesto vecino de un cementerio?

—Los muertos duermen y no se meten con nadie—dijo el posadero—¿qué culpa tengo yo de que hayan hecho esta posada lindando con el cementerio de la iglesia?

—Tanto me da—dijo don Juan Tenorio, cerrando la ventana y yendo á examinar la cama—. Por lo que yo no paso es por este lecho fermentado; haced que á fuerza de colchones levante media vara más; me gusta dormir bien porque aun no he muerto.

—Pondremos cuantos colchones quiera vuesa merced.

—A más de eso, enviadme á vuestra hija para que me sirva.

—En pagando bien, señor caballero, os servirá como quisieréis.

—¡Cuenta con poner mi caballo en pesebre que no haya habido alguna bestia con muermo! le estimo mucho.

—Descuide vuesa merced, ¿pero cómo haremos si esas damas entretienen mucho á mi hija.

—Esperaré aunque no me gusta esperar. Entretanto, que vayan arreglando la cama.

—¿Qué quiere cenar vuesa merced?

—¿Qué tenéis?

—Abadejo y arroz.

—¿Y qué más?

—Arroz y abadejo.

—Pues enviadme abadejo y arroz.—¡Eh! ¿qué diablos hacéis ahí todavía?—Idos quiero estar solo.

El posadero puso el candil, sujeto por el garabato, en una de las infinitas rendijas de la pared y salió.

Don Juan se quedó paseando, profundamente pensativo, á lo largo del aposento.

Un mozo záfio y soñoliento trajo un velón y aumentó con algunos colchones éticos, el volumen de aquella cama mezquina, sin atreverse á hablar con don Juan que tenía semblante de pocos amigos.

El mozo salió y don Juan volvió á quedarse solo.

Una atracción irresistible, le llevó á la ventana; la abrió de nuevo y quedó inmóvil, contemplando el silencioso cementerio, sobre el cual la luz de la luna aparecía fantásticamente lúgubre.

El alto muro, apoyado en fuertes botareles góticos dejaba ver entre ellos ventanas ojivas, detrás de cuyas vidrieras sólo se veía sombra.

Aquello era pavoroso, y sin embargo don Juan lo contemplaba, lo aspiraba con cierta fruición deliciosa.

—Ellos duermen — dijo —, ellos han pasado; ¡sabe Dios cuantas historias, cuantas miserias, cuantas locuras se encierran en esas tumbas!

¡Sabe Dios cuantas mujeres reposarán allí si haber sufrido más dolor que el de la agonía! ¡Sabe Dios cuantas otras, sólo habrán dejado de sufrir en ese lecho de reposo!

¡La eternidad, la eternidad está sobre la miseria humana! porque ó la eternidad es mentira, ó el alma libre, no puede recordar el dolor ó la alegría que el cuerpo de que se ha exhalado ha sentido en la tierra.

Un cementerio es un lugar de paz y de consuelo.

Yo te saludo dormitorio de muertos, y si yo envidiara algo, envidiaría el imperturbable sueño de los que duermen bajo tu césped.

—Cerrad, cerrad pronto esa ventana, buen caballero—dijo á espaldas de don Juan una voz de mujer.

Don Juan se volvió y vió delante de sí á la hija del posadero que traía en una mano una cesta y en la otra una fuente humeando.

La muchacha miraba sonriendo á don Juan, de una manera tímida y pudorosa.

—He aquí una liebre que me sale de debajo de los pies y á la cual no tiro, porque ya no me divierte la caza—dijo don Juan mirando fríamente á la muchacha, y como hablando consigo mismo.

—¿Por qué dice eso vuesa merced, señor caballero?—preguntó Eugenia.

—Porque veo algo en ti que en otro tiempo me hubiera entretenido—¿Y por qué dices tú que cierre esa ventana?

—Os diré señor—dijo Eugenia yendo á la mesa, poniendo en ella la fuente y sacando de la cesta un mantel, un jarro con vino, un vaso de vidrio, pan y un cubierto de hierro.—A este cuarto no se trae á nadie sino cuando no hay otro de qué disponer, y siempre se dice al huésped que á él se trae que no abra de noche la ventana; particularmente á la media noche.

—¿Y por qué?—dijo don Juan sentándose y empezando á comer, resignado, la mala cena que le ofrecían.

—Porque el que ve al fantasma que aparece á la media noche en el cementerio ó muere, ó por lo menos pasa una grave enfermedad; sin embargo, yo fui la primera que la vi y no me ha sucedido nada; pero lo atribuyo á un escapulario de la virgen del Consuelo, que llevo siempre conmigo.

—Pues veremos si yo muero ó me sucede una desgracia—dijo don Juan—; porque una de dos, ó la fantasma no viene al cementerio esta noche, ó yo hablo con ella.

—¡Jesús, María y José!—dijo la muchacha.

—¿Qué te espanta?—dijo don Juan.

—Vos no sabéis lo que decís, señor. Es una mujer negra que tiene la cara muy blanca, tan

blanca como la de una muerte y los ojos relucientes como brasas.—Cuando yo la ví estaba sentada en una sepultura, vuelta á la ventana y mirándome de hito en hito; yo hice la señal de la cruz y se levantó y desapareció, metiéndose por la puertecilla de la torre de la iglesia.

—¿Y te pareció mujer también cuando se levantó?

—Sí señor, y mujer muy gentil, de muy buen talle y muy gallardo.

—Pues, vive Dios, que me va gustando la fantasma más que este abadejo, que está tan correo como más que otra cosa parece suela de zapato; ¿has servido de esto mismo á esas damas?

—No, no señor. A esas damas las han servido sus criados fiambres que traían; yo sólo he arreglado las camas; por eso no he podido venir tan pronto.

—Y dime ¿has visto á la más joven?

—¡Ay Dios mío, y qué ángel, señor!—dijo Eugenia.

—¿Es hermosa?—dijo don Juan.

—Yo no he visto otra mujer como ella; pero parece que la deben y no la pagan.

—¡Está triste!

—No señor, es que tiene la cara tan mala como puede tenerla quien tiene la cara tan buena.

—¿Es rubia?

—¿Pues qué, no la conocéis señor, y habéis venido con ella?

—No, no la conozco.

—Pues bien, es pelinegra; ¡pero qué pelo señor, qué bulto! es morena, está pálida como una difunta y por su palidez sus ojos parecen mucho más negros, aunque son negrísimo, pero su palidez no debe ser de enfermedad porque tiene los labios como la grana.

—La conoceré, si me encuentro con ella con la faz descubierta, aunque pasen diez años. ¿Y qué edad tiene la otra señora?

—Cuanto más, veinticinco ó veintiséis años.

—Me parece que doña Estefanía, tiene al revés los caprichos. Todas las mujeres desde que pasan de los veinte años mienten acerca de su edad; ella pretende hacer creer que tiene más de doble de la que realmente tiene.

—Pues no tiene un año más de veintiséis—dijo Eugenia.

—¿Y de qué hablaron mientras tú estuviste allí?

—De nada, porque es lo mismo que hablar de nada el que me dijese que arreglase las camas de esta manera ó de la otra.

—¿Has visto tú á los dos caballeros que han llegado esta tarde?

—Sí, y no.

—¿Cómo es eso?

El de más edad, que tenía los cabellos entre canos y que parecía mucha persona, traía puesto

un antifaz y no se la ha quitado delante de nadie; con él puesto ha entrado en su aposento, y después sólo le han servido sus criados que eran muchos; como que han llenado la posada y los veinte soldados de á caballo que con los caballeros venían han tenido que acomodarse en el pajar.

—¡Diablo, diablo!—dijo don Juan—, pues la noche va de aventuras; ¿quién será este señor que tan noblemente acompañado viaja.

—No lo sé. El otro caballero es joven; pero con el rostro más desabrido del mundo, á pesar de que es buen mozo.

—Vas á ir ahora mismo al cuarto de esas señoras, y á la de más edad la dirás aparte que necesito verla cuanto antes sea posible; que vea el modo.

—¿Y nada más que eso?

—Nada más.

—Pues voy al momento, señor.

Y Eugenia salió.

Don Juan volvió á sentirse arrastrado por un impulso misterioso, y se levantó, y fué á ponerse en la ventana á mirar de nuevo desde ella el cementerio.

Buscó la puerta de la torre de la iglesia, y la vió en un ángulo, perdida casi en la obscuridad.

Por allí decía haber visto entrar á la fantasma, Eugenia; luego por allí debía la fantasma salir.

El reloj de la iglesia dió entonces lentamente las once.

Una hora después debía probablemente aparecer la fantasma, porque ya se sabe que esta clase de gente no aparece hasta la media noche.

Don Juan pasó aún un largo espacio contemplando, no ya el cementerio, sino la puerta de la torre de la iglesia.

—Os habéis empeñado en que os pase algo—dijo de nuevo á espaldas de don Juan, Eugenia—; creedme, cerrad la ventana y dejad en paz á los muertos.

—¿Qué contestación traes?—dijo don Juan.

—Esta carta—contestó la muchacha, mostrándole una que traía en la mano.

Aquella carta estaba sellada sobre cera encarnada, con un escudo de armas y escrita en un papel superior al que podía encontrarse en un pueblo.

Lo que demostraba que doña Estefanía llevaba consigo recado de escribir.

La carta decía así:

«Señor don Juan: Cuando os encontramos teníamos mucho miedo, y por él os supliqué nos

acompañaseis. Yo ignoraba que fueseis el terrible don Juan Tenorio. He tenido un placer en conocerlos; estoy muy obligada á vos, y deseo que por lo que os estimo seáis complaciente acerca de lo que voy á suplicaros. No procuréis vernos ni hablarnos mientras estemos en esta posada; pero si tenéis empeño en conocernos, id á Lisboa, yo os buscaré: por ahora espero de vos que no me comprometáis negándoos á hacer lo que os suplico hagáis. Vuestra humilde servidora.—Estefanía.

—¿Qué más me da pasar algunos días en Lisboa ó embarcarme en cuanto llegue?—dijo don Juan, doblando la carta y guardándola debajo de su ropilla—. Buenas noches, hija mía—añadió, volviéndose á Eugenia—. Por si no te veo cuando me vaya, toma para alfileres.

Y la dió un reluciente doblón de á ocho.

—Viváis mil años, señor—dijo Eugenia, tomándolo—. Con tan buena cara no podíais menos de ser generoso. Buenas noches; pero cerrad la ventana... y no miréis al cementerio. Adiós.

Y Eugenia salió.

Apenas salió la joven, don Juan echó la llave á la puerta.

Colgó de la llave su capotillo, para que no pudiesen ver por el ojo de la cerradura, si le observaban, se fué á la ventana, avanzó por ella el cuerpo y midió la altura.

Esta era pequeña.

La pared en que daba la luna, áspera, lo bastante, para que don Juan pudiese bajar por ella al cementerio y volver á subir.

Don Juan echó un pie fuera de la ventana, luego otro, se volvió, se apoyó en las asperezas de la pared y saltó al suelo.

Después atravesó el cementerio y fué á colocarse al ángulo en que estaba situada la puerta de la iglesia, y cerca de ella.

El terror, lo extraordinario, lo maravilloso, lo fantástico, atraían á don Juan.

Creyó que su destino, que le había obligado á matar al capitán Fernán Pérez, le ponía cerca de aquel fantasma ó de aquella aventura para que se pusiera en contacto con ella.

La verdad era que todo peligro, toda situación terrible atraía á don Juan.

La noche era bastante fresca, ó por mejor decir, fría; y sin embargo, don Juan no sentía el frío.

No había dormido la noche anterior, y sin embargo no tenía sueño.

No había comido, casi durante tres días, porque el estado de su alma se lo había impedido, y apenas había probado la cena de la posada; y sin embargo, no tenía hambre, ni aun debilidad; tenía aún cercano el recuerdo de la muerte del capitán Fernán Pérez y de la de sus dos criados, estaba en un cementerio, y sin embargo, no tenía miedo.

La fiebre le dominaba y no sentía la fiebre. Don Juan continuaba siendo un ser formidable.

Pasó media hora.

Dieron las doce.

Aquella era la hora en que por la puerta, junto á la cual estaba don Juan, debía aparecer la fantasma, y Tenorio no sintió otra cosa que impaciencia.

Pasó algún tiempo, y ni la puerta se abrió, ni se oyó ruido alguno detrás de ella.

Sin duda el fantasma prefería dormir á salir al aire libre en aquella fría noche.

—¡Bah!—dijo don Juan—consejas de posada: basta con que tengan junto á sí un cementerio para que hayan soñado en fantasmas; y sobre todo, las fantasmas, ¿qué me importan? ¿para qué he venido yo aquí?

Y don Juan dió un paso para volver atravesando el cementerio, y por la pared y por la ventana, al cuarto que le habían destinado en la posada; pero apenas había dado aquel paso, cuando oyó un leve ruido.

Un ruido semejante al que produce el roce del traje de una mujer por unas estrechas escaleras.

Don Juan retrocedió y volvió á pegarse al ángulo que formaba el muro de la iglesia con la saliente de la torre.

Rechinó un cerrojo; chillaron luego unos goznes, se abrió la puertecilla y apareció una mujer.

Aquella mujer era alta, esbelta, completamente vestida de negro y con una toca negra en la cabeza.

Don Juan no pudo ver si era hermosa ó fea; joven ó vieja, porque estaba envuelta en la penumbra que proyectaba sobre el cementerio iluminado por la luna, la masa de la iglesia.

La mujer no vió á don Juan.

Adelantó lentamente hasta el centro del cementerio, llegó á una tumba y se arrodilló junto á ella, quedando de espaldas á don Juan.

—Esta es una historia—dijo Tenorio—; una historia que nada me importa, y luego ¿qué derecho tengo yo para turbar la oración y la tristeza de esa desventurada? Dejémosla en paz.

Pero don Juan no contaba con que su carácter aventurero le había de inspirar la tentación de conocer á aquella mujer.

Esto sucedió.

—Y bien—dijo—, ¿por qué no he de ver el semblante? ¿y quién sabe? puede ser que yo pueda consolarla.

La tentación era siempre fuerte para don Juan en esta ocasión lo fué mucho más que en otras.

Adelantó lentamente, sin hacer ruido, hacia la mujer que permanecía de rodillas, y se detuvo á su espalda, sin que la mujer le sintiese.

Hablaba en voz baja, pero no tan baja que no la oyese Tenorio.

—¡Ah, don Juan, don Juan!—decía—ya debes estar satisfecho; me has separado del mundo por medio de un crimen, y no puedes temer el que vaya á poner delante de ti mi dolor y mis lágrimas.

—¿De qué don Juan habláis?—dijo Tenorio. La mujer se alzó de una manera nerviosa; se volvió y quedó frente á frente de don Juan. La luna, la daba de lleno en el rostro.

Sus ojos de un negro intenso se fijaban de una manera profunda en don Juan.

Era blanca como la luz de la luna, y hermosa como pudiera haberlo sido la estatua del dolor, creada por Fidias.

Era joven; apenas llegada, al parecer, á los veinte años.

—¿Quién sois?—dijo con voz grave, pronunciando lentamente sus palabras—¿qué hacéis aquí? ¿quién os ha traído aquí? ¿quién os envía?

—¿De qué don Juan hablabais, señora?—dijo Tenorio preguntando en vez de responder á la pregunta de la dama.

—Del rey don Juan III de Portugal—contestó ella—. ¿Y vos quién sois? Ya os lo he preguntado, y por cortesía debíais haberme respondido.

—Yo soy don Juan Tenorio — contestó don Juan.

—¡Ah!—dijo la dama—os conozco.

—Yo no os he visto jamás—dijo don Juan.

—Yo tampoco á vos—dijo la dama.

—¿Y me conocéis?

—Sí, mucho.

—Y ¿cómo?

—Por vuestra fama.

—Maldiga Dios mi fama.

—Vuestra fama me hace alegrarme de haberos conocido, don Juan.

—¿Me necesitáis?

—¡Oh! Sí.

—¿Para qué?

—¡Para vengarme!

—¿De quién?

—¡Del rey de Portugal!

—¿Es vuestro enemigo don Juan III?

—¡Es mi verdugo!

—Si tenéis razón, os protegeré con todo mi poder.

—Mi razón está en esa tumba.

Y la dama señaló al montecillo de tierra cubierto de musgo y coronado por una cruz, junto al cual había estado arrodillada.

—¿Quién reposa en esa tumba? — dijo don Juan.

—Mi padre, don Luis de Sese, hijo bastardo del duque de Viseo.

—Entonces sois parienta del rey don Juan.

—Sí, soy su prima hermana.

—¿Cómo os llamáis?

—Leonor de Sese.

—¿Cayó en esa tumba vuestro padre á im-

pulsos de la mano de Dios, ó de la mano de los hombres?

—Cayó envenenado por orden del rey.

—Os vengaré, señora.

—¿Y cómo?

—¿Cómo? no lo sé; pero mi voluntad se cumple siempre.

—¿Cómo estáis aquí, don Juan?

—De paso para Portugal.

—¿Vais á Portugal?

—Sí, á Lisboa.

—¿Conocéis allí á alguien?

—No.

—Iré con vos.

—Venid, pues.

—¿Cómo habéis entrado en este cementerio?

—Por aquella ventana, tras la cual se ve luz.

—¡Ah, sí! sólo vos os hubierais atrevido á abrir aquella ventana, porque todos me tienen por un fantasma, y nadie, en cuanto cierra la noche, se atreve á mirar al cementerio.

—¿Dónde vivís, señora?

—Oculta en un aposento de la torre de la iglesia: un pobre hombre, un hombre sencillo, el sacristán Ruy Pérez, me oculta y me protege.

—¿Preferís volver á vuestro aposento ó venir al mío?

—Prefiero ir al vuestro, don Juan.

—La pared es tal, y la ventana tan baja, que bien podéis subir como por una escalera, ayudándoos yo.

—En buen hora; perdoneme el buen Ruy Pérez si le abandono sin despedirme de él. Tengo en vos confianza; encuentro en vos un protector fuerte, porque yo sé cuánto valéis don Juan, y me uno á vos; si triunfamos, porque yo os daré medios para triunfar, yo probaré al buen Ruy Pérez mi agradecimiento.

—Seguidme, pues, señora.

—Dejadme que ore un momento sobre la tumba de mi padre; que me despida de él.

Y doña Leonor se arrodilló de nuevo.

Don Juan permaneció de pie y meditabundo, mientras duró el rezo de doña Leonor.

Esta se levantó al fin y dijo á don Juan:

—Os sigo.

Don Juan la asió de una mano y notó que aquella mano que era pequeña, mórbida y suavisima, ardía y temblaba.

Por en medio de las tumbas la llevó hasta debajo de la ventana. Trepó por la pared y dijo á doña Leonor:

—Dejaos asir por mí por la cintura, señora; es necesario.

Doña Leonor se dejó asir.

—Rodead vuestro brazo á mi cuello; de otra manera no podríais subir.

Doña Leonor abrazó el cuello de don Juan.

Don Juan se estremeció al sentir las admirables formas de doña Leonor.

Acabó de trepar y con una fuerza maravillosa

puso á doña Leonor dentro del aposento y después saltó él y cerró la ventana.

Doña Leonor permaneció de pie, confusa y como aturrida.

A la palidez de su semblante había sucedido un vivo color: tenía la mirada fija en el suelo y su seno se levantaba y se deprimía á impulsos de una respiración violenta.

—Tranquilizaos, señora—dijo don Juan—; estáis bajo el amparo de un caballero.

—En efecto—dijo doña Leonor levantando su mirada, posándola en la de don Juan y sonriendo de una manera lánguida—; esta aventura se parece mucho á las que se relatan en los libros de caballería.

—¿Os pesa de ella, hermosa doña Leonor?

—No, si vos sois digno de la confianza que he depositado en vos, sólo por el nombre que lleváis.

—¿Y no dudáis de si soy ó no, don Juan Tenorio?

—No; lleváis vuestro nombre escrito en el semblante; sois como me han dicho que erais. Vos no os parecéis á ningún hombre, y si no fuerais don Juan, os pareceríais á don Juan; seríais tanto como él.

—¿Y quién os ha hablado de mí, señora?

—Un caballero portugués que os conoció en Sevilla cuando andabais en vuestros desgraciados amores con la hija del comendador.

—¡Ah!—exclamó don Juan como si hubiera recibido una puñalada en el corazón—¡qué recuerdo habéis presentado á mi memoria!

—¿La amasteis mucho, no es verdad, don Juan?

—Yo no sé si la amé—contestó Tenorio—; porque no sé si existe el amor, ó si no es más que un sueño de nuestro deseo; pero Inés, Inés es el recuerdo más terrible de mi vida. No hablemos más de ella; quiero volver á sepultar su recuerdo en la nada del olvido.

—¿Y cómo podéis olvidarla?

—Por el terror que me causa su recuerdo; por ella sólo he vertido lágrimas; por ella sólo, he tenido miedo; no hablemos, no hablemos más de ella. Dejemos á los muertos en paz, nosotros que aún estamos vivos, nosotros que podemos aún embriagarnos con la copa de fuego del festín de la vida; vos podéis ser de nuevo esa ardiente copa para mis labios secos.

—¡Yo!—dijo palideciendo y de una manera suprema doña Leonor.

—Sí, vos; á menos que yo no sea ni pueda ser para vos la copa ardiente que vos podéis ver para mí; á menos que no hayáis amado al caballero portugués que os contó mis amores.

—No—dijo de una manera breve y nerviosa doña Leonor.

—O á otro.

—Á nadie.

—Nos amaremos—dijo don Juan con acento seguro, mirando profundamente á la joven, y como quien profetiza.

—¡Qué nos amaremos!—respondió con altivez doña Leonor.

—No os ofendáis—dijo Tenorio, comprendiendo la causa de la altivez de doña Leonor—, si no os he dicho que os amo ya; el amor me encuentra con el corazón duro, estrujado, sin deseos; si fuerais una dama como otra cualquiera, no os hubiera dicho, nos amaremos; os hubiera dicho si me hubierais mirado como me estáis mirando: Pasad, señora, yo no puedo amaros, yo no quiero amaros, dejadme en paz.

—¿Es decir que creéis?...

—¡Que me amáis! Sí, no sabéis lo que os sucede, estáis aturrida, vuestras mejillas se colorean ó palidecen al sentir mi mirada; estoy viendo que no habéis amado nunca, que empezáis á amar, que habéis nacido para amar tanto, que el amor os asusta.

—¿Y por qué, don Juan, no me decís, como á otra dama cualquiera, que se encontrase en la situación en que yo me encuentro, pasad, dejadme en paz?

—Porque... porque en vuestra maravillosa hermosura hay algo que la engrandece; algo que está en armonía con lo que yo siento; y este algo es la altivez de la ambición.

—Soy meta de reyes—dijo con un indescriptible orgullo doña Leonor.

—¡Y queréis ser reina!

—Sí reina de Portugal; mi abuelo, el duque de Viseo fué asesinado por su hermano el rey don Manuel; yo, apoyándome en vos, procurándoos los medios para ello, pediré con las armas en la mano, la corona de Portugal; ¿queréis partir conmigo, don Juan Tenorio, la muerte ó la victoria?

—¿Qué si quiero embestir el peligro, luchar, marchar hacia un grande objeto? Sí, doña Leonor, sí; soy vuestro, pero vos habéis de ser mía.

—Oiréis mi historia; y si después de oírla persistís en uniros á mí, soy vuestra.

—Sentaos, señora, sentaos y empezad: os escuchó.

Doña Leonor se sentó junto á la mesa, apoyó en ella un brazo y en la mano la cabeza y dijo, mirando de hito en hito á don Juan:

—Oíd.

Don Juan se sentó frente á doña Leonor y escuchó con atención.

III

He cumplido veinte años el día primero de este mes de Mayo.

Nací en Lisboa.

Mi madre, como os he dicho, se llamaba don Luis de Sese.

Mi madre, su esposa, que murió al darme á luz en el término preciso después de su casamiento, se llamaba doña Margarita de Souza y Andrade.

Mi padre era alférez mayor de Portugal. Mi madre hija del almirante Souza.

Después que fui criada, es decir, desde que no tuve necesidad de nodriza, he vivido en el convento del Espíritu Santo, de Lisboa, donde era abadesa doña Ana de Souza, mi tía, hermana de mi madre.

En aquellos sombríos claustros, don Juan, he adquirido la grave seriedad de mi carácter.

La sombra del claustro ha dado á mis mejillas esta blancura de cadáver.

La tristeza, su brillo sombrío á mis ojos. Yo sufría en el convento.

Aquel era para mí un espacio muy reducido; un espacio donde me ahogaba.

—Como yo en San Jerónimo de Yuste—dijo don Juan Tenorio—; os parecéis mucho á mí, doña Leonor.

—Cómo, ¿vos también habéis vivido en un monasterio?

—Sí, durante un año; he salido de él hace tres días.

—¿Y qué os llevó al monasterio, don Juan?

—Un momento de debilidad; un sueño, una visión aterradora; la idea de la condenación de mi alma; el deseo de mi salvación; pero yo, como vos, señora, no había nacido para el claustro, y mi destino me ha arrancado de él, en la víspera del día en que debía dar un paso irrevocable, ordenándome «in sacris»; ¡no, no, que se cumpla mi destino! no lucharé con él, porque luchar contra el destino, es blasfemar de Dios, que ha señalado á cada hombre su camino sobre la tierra: ¿por qué me he de imponer yo la penitencia? ¿por qué me he de convertir en un cadáver viviente, sin voluntad y sin poder, si mis culpas no son mías, sino de mi estrella, de mi inexorable estrella, más poderosa que yo?

—Mi destino me sacó también del claustro: había nacido hermosa, y la hermosura es un don funesto para la mujer.

—Continuad vuestra historia, doña Leonor; os escuchó con toda mi alma.

ni menos que lo que soy ahora; y mi espíritu estaba tan desarrollado como mi cuerpo.

Sentía yo esta tristeza mortal que me devora.

Un ansia por un objeto desconocido, que he conocido al conoceros á vos. Amaba á don Juan, sin conocer el amor. Os digo esto porque vos conocéis demasiado á las mujeres, porque lo sabéis sin que yo os lo diga.

Puede ser que vos, en quien de repente y á primera vista he encontrado el objeto misterioso que mi alma ansiaba, causéis la más terrible de mis aventuras; pero no importa, no me pesa el haberos encontrado; nada recelo de vos; nada temo, aunque vos no tenéis corazón para el amor; yo amaré por vos y por mí.

—¿Y estáis segura de que me amáis?

—No, yo no os amo; pero vos lo habéis dicho, he empezado á amaros; decís bien, porque empezar á amar es ponerse en el camino por donde se va al amor. Si vos sois lo que yo he imaginado, os amaré como no os ha amado otra mujer. Si me he engañado, acerca de lo que en vos supongo, me desencantaré, me curaré de vos, pero viviré amando un recuerdo, un sueño, una ilusión querida y no amaré á ningún otro hombre. Ya veis que lo que yo amo ahora, lo amaba antes de conoceros; esto es, á un hermoso y magnífico fantasma, á quien creo que vos habéis dado cuerpo.

—Me parece, doña Leonor, que vais vivificando mi corazón, que empieza á latir para el amor.

—Pero para el amor unido á la ambición.

—Tengo ya treinta y un años; en esos treinta y un años he vivido un siglo. Tengo el alma vieja, pero un cuerpo joven; veremos si tenéis poder para rejuvenecer mi alma.

—¡Oh! tomo por empeño el que renazcáis joven, lleno de vida, de esperanza y de amor por mí.

—¿Y tenéis toda la voluntad necesaria para realizar un empeño casi imposible, doña Leonor?

—No me habléis de imposibles—don Juan—; no creo en ellos. La voluntad firme y el corazón alentado, triunfan de todo. ¿No ha dicho nuestro divino Salvador que la fe basta para mudar de su asiento una montaña? Yo, oculta, pobre, joven, rezando de noche en un cementerio sobre la tumba de mi padre, no he creído jamás imposible mi venganza; yo la esperaba, yo la ansiaba, yo soñaba con ella. La sentía acercarse, y he aquí que mi venganza ha llegado con vos de la manera más extraña del mundo; gracias á vuestro carácter aventurero, porque vos me vengaréis, don Juan, estoy segura de ello; ¡y cuánto os amaré yo cuando me hayáis vengado!

—Me amaréis antes, me amaréis con toda vuestra alma antes de salir de aquí; los empeños son mi existencia; yo amo las dificultades, y

A los catorce años era, como mujer, ni más

cuanto más imposible es para mí un deseo, más le adoro.

—¿Y cuándo habéis vencido el imposible, don Juan?...

—Busco otro imposible.

—¡Ah! pues para que no busquéis otro, yo seré siempre un imposible para vos.

—Mirad que os olvidáis de vuestra historia— dijo sonriendo don Juan.

—Me importa más lo presente que lo pasado—dijo con impaciencia doña Leonor.

—Cuidado con lo que decís, porque lo presente para vos, soy yo; y si me aseguráis que os importa más lo presente que lo pasado, el imposible habrá desaparecido para mí; porque en el breve tiempo que hace que me conocéis me habréis amado más que á vuestro padre, más que á vuestra venganza, más que á vuestra ambición.

Doña Leonor bajó su mirada, dominada por la de don Juan, y se puso vivamente encendida.

Don Juan se levantó y se puso á pasear á lo largo del aposento.

Esto era colocarse en una especie de intimidación respecto á doña Leonor.

—Me parece que estoy en mis veinte años—dijo don Juan—, que no han existido los sucesos que por mí han pasado durante diez años; que vos sois mi Eva, á la que he encontrado en un paraíso después de haber salido de un infierno.

—Ved, don Juan, que llamáis paraíso á un cementerio.

—Pues bien; mi alma muerta ha encontrado entre la muerte su vida—contestó arduosamente don Juan, asiendo una mano de doña Leonor y besándola.

Doña Leonor no retiró aquella mano que don Juan siguió cubriendo de besos.

—¡Cuenta no os engaños! don Juan—dijo—, ¡cuenta no os suceda lo que al sediento que refresca su garganta en una fuente cristalina, y cuando ha saciado su sed se aparta de la fuente, y á los pocos pasos se olvida de ella!

—Y bien; será lo que quiera nuestro común destino.

—Soltad mi mano, sentáos de nuevo don Juan, y continuad oyendo mi historia.

Don Juan se sentó.

Estaba sobrecitado, pálido, miraba con ansiedad y á la par con respeto á doña Leonor.

En la expresión de su semblante se notaba que estaba asombrado de sí mismo.

—El hombre es un pobre loco—dijo en voz alta, pero como hablando para sí—; una pluma que el viento lleva, una nave sin timón que arrastra consigo el oleaje: ¡oh! la tempestad ó la calma no son nuestras, vienen á nosotros. Yo creía haber muerto ya para el amor,

y siento amor, y dudo de él; y por la primera vez el amor me espanta; porque al sentirle, cuando había renunciado á él sin dolor, creo que estoy loco.

Don Juan calló y bajó, abatido, la cabeza, por la primera vez en su vida.

Doña Leonor le miraba de una manera dominante y profunda.

Por aquel momento los papeles se habían trocado.

Quien dominaba era doña Leonor.

Quien era dominado, don Juan.

Y era que en doña Leonor se le había presentado de repente la ambición bajo su forma más tentadora, más hechicera.

Una nieta del duque de Viseo podía pretender la corona de Portugal.

El derecho era cuestionable.

Y estas cuestiones de derecho se deciden por la fuerza.

La empresa era difícil, casi insuperable.

Había que hacerse partidarios, levantar ejércitos; para levantar ejércitos, tener oro; ¿de dónde podía sacar todo aquello aquella hermosa niña, que buscando á un fantasma había encontrado en un cementerio don Juan?

No importaba.

Don Juan adoraba lo imposible.

Por lo mismo, como doña Leonor estaba unida á un imposible, la adoraba ya don Juan.

Y cuando un hombre adora á una mujer, no es el hombre quien domina, sino la mujer adorada.

Por eso don Juan aparecía dominado por la primera vez de su vida, ante una mujer.

—Un día—dijo doña Leonor continuando su historia—, el rey don Juan fué á visitar el convento del Espíritu Santo, y me vió.

Su esposa doña Catalina de Austria, la hermana de nuestro rey, el grande emperador don Carlos V, le acompañaba.

El rey, según dijo después, se sintió enamorado de mí.

La reina se interesó tanto en mí favor, que quiso tenerme en su servidumbre.

Tres días después de la visita de los reyes al convento, fué al convento mi padre.

—Sus altezas—me dijo—, nos honran demasiado; no satisfechos con proseguir engrandeciéndome, como lo había hecho el difunto rey don Manuel, su alteza la reina, quiere que viyas á su lado, en palacio, en su servidumbre: que seas su menina.

—¿Y no habéis aceptado? padre y señor—dije con ansiedad; porque cada día sentía con más fuerza el deseo de salir del convento.



—No he aceptado, porque los vasallos no aceptan—me contestó mi padre—; obedecen; pero he obedecido con placer, con alegría, y vengo á sacarte del convento para llevarte á nuestra casa, donde sólo permanecerás el tiempo necesario para proveerte de los trajes y de las joyas que necesitas para estar dignamente entre la servidumbre de su alteza.

Aquel mismo día salí del convento, don Juan. Quince días después todo estaba dispuesto. Mi padre se encerró conmigo en una de las cámaras de su hermoso palacio, y me dijo:

—Yo, y tú porque eres mi hija, lo debemos todo al rey don Manuel y á su hijo el rey don Juan. Tú ignoras un secreto que es necesario que sepas, para que aprecies bastante bien lo que debemos á nuestros reyes y los sirvas con todo tu amor, con toda tu lealtad. Yo no soy hijo del condestable de Portugal, don Sebastián de Sese.

—¡Cómo!—respondí—, ¿pues qué, no venimos del ilustre condestable y de su esposa doña Beatriz Pereira?

—No, los moribundos no mienten, Leonor—me contestó mi padre—. Un día hace diez años, el condestable me llamó.

Estaba próximo á la muerte, víctima de una grave enfermedad. Se quedó solo conmigo y me dijo.

—Tú heredas mis bienes y mi nombre, pero no eres mi hijo.

—¡Que no soy vuestro hijo, señor!—exclamé aterrado por aquella noticia.

—No, pero es lo mismo que si lo fueras, porque nadie puede probar lo contrario. Mi esposa se llevó este secreto á la tumba. Yo no lo he revelado á nadie. Guárdalo tú y ama mi memoria, hijo mío, porque yo te he amado y te amo, como si fueras carne de mi carne, y hueso de mi hueso.

—¿Pero de quién soy yo hijo, señor?—le pregunté.

—No te lo puedo decir—contestó mi padre—; he jurado guardar el secreto para la salvación de mi alma y no he de perderla, faltando á mi juramento cuando estoy próximo á comparecer ante Dios.

—¿Sabe alguien este secreto?

—Sí.

—¿Quién?

—¡El rey!

—¡El rey es mi padre!—dije aturrido.

—¡No! — me respondió el condestable con energía.

—Juradme, señor, por la salvación de vuestra alma, que no es mi padre el rey.

—Te lo juro por la justicia de Dios, ante el cual voy á estar muy pronto. Y escucha, Luis.—Yo te maldigo desde ahora si alguna vez dices al rey que sabes que no eres mi hijo.

—¿Y no podré revelarlo á mi hija Leonor?—pregunté al condestable.

—Si—me contestó—; pero únicamente exigéndola juramente de guardar el secreto.

—Morid tranquilo, señor—dije al condestable que yo no mancharé vuestra memoria, faltando al secreto que me habéis confiado.

—Dios te bendiga, hijo mío, si así lo haces—dijo don Gabriel poniendo sus manos sobre mi cabeza.

—Pero señor—dije al condestable—, ¿lo: qué heredo yo vuestros bienes, no siendo vuestro hijo?

—Porque así es necesario que sea para servir al rey nuestro señor, afirmando un secreto, que importa mucho á vuestra alteza. Además yo no tengo hijos, y mis parientes son mis más encarnizados enemigos. Sería para mi un dolor terrible el que mis enemigos me heredasen; y luego, ¿no eres tú mi hijo del corazón? ¿no te amo yo como si hubieras nacido de mi esposa? ¿no te amaba, como si hubieras sido hijo de sus entrañas, aquella noble señora?—No hablemos más de esto, Luis; dame tu postrer abrazo; besa por la última vez mi boca y déjame morir al lado de mi confesor.

—Yo—continuó mi padre—, salí deshecho en lágrimas donde quedaba mi padre moribundo.

Porque yo no podía considerar sino como á mi padre el generoso y nobilísimo condestable de Portugal, cuyo apellido llevó con orgullo.

Cumpliendo con la última voluntad del condestable, te exijo el juramento solemne de guardar este secreto, y arrostrar la muerte antes que revelarle. Si yo te lo he revelado, es porque quiero que sepas cuánto debemos al rey don Manuel y á su hijo el rey don Juan, cuando vas á entrar al servicio de su alteza la reina doña Catalina.

Yo presté á mi padre el juramento que me pedía.

Al día siguiente entré en la corte contenta, porque salía del convento; porque respiraba, porque vivía al fin en una atmósfera de grandeza.

Yo no sabía que al entrar en la corte iba á verme rodeada de peligros y que me encontraría al fin en la gravísima situación en que me hallo.

Mi presencia en palacio causó una gran sensación entre los que por su nacimiento podían acercarse á la corte.

El amor de ilustres pretendientes me rodeó desde los primeros días; yo no me sentí interesada por ninguno.

Yo amaba ya á mi fantasma, á mi sueño, á mi ilusión, y ninguno de aquellos hombres personificaba mi deseo.

La altivez con que yo rechazaba sus pretensiones, hizo que los desdeñados, cada uno de los cuales tenía soberbia bastante para creer que ninguna dama podía menos de sentirse halagada por sus pretensiones; la altivez de aquellos hombres, repito, hizo que buscasen la causa de mi frío desdén para todos ellos.

Yo debía amar á alguien, cuyo amor produjese en mí el orgullo que á mis pretendientes lastimaba, y no encontraron otro amante que atribuirme más que el rey don Juan III; y no se detuvieron en la suposición, sino que afirmaron que yo era la favorita del rey.

La calumnia, don Juan, es cobarde.

Hiere por detrás sin dejar sentir la herida.

El último que conoce la calumnia, es el calumniado.

Pero ve sus efectos sin comprenderlos.

Ve algo extraño; algo que le ofende en la palabra, en la mirada, en el trato de las gentes que le rodean.

Acaba por creer malas aquellas gentes y por despreciarlas, porque siente su mudo desprecio, y le encuentra injusto y miserable.

Pero hay siempre alguna persona caritativa que acaba por decirnos que se os calumnia, y lo que de vos la calumnia dice, y entonces comprenderéis por qué es tirante el trato de las personas con las que estáis puesto en contacto.

¡Oh! yo he sufrido mucho, don Juan mucho. He sido primero víctima de la calumnia, víctima después del crimen.

He llorado mucho hasta que la desesperación ha secado mis lágrimas, y en vez del dolor ha llenado mi corazón la venganza.

Doña Leonor inclinó la hermosa cabeza sobre su pecho y guardó por algún tiempo silencio.

Don Juan la miraba, á cada momento más impresionado, á cada momento más sombrío.

Alzó al fin doña Leonor la cabeza, fijó en don Juan su serena y profunda mirada, y continuó.

—Pasó un año sin que yo encontrase en el rey don Juan ni en la reina doña Catalina más que una predilección marcada.

El rey me trataba con sumo afecto, pero de una manera tal que yo nada podía sospechar, y era la favorita de la reina que siempre me tenía á su lado.

Al fin empecé á notar que la reina me trataba con una sequedad disimulada al principio, después ostensible.

El rey continuaba siendo para mí sumamente afectuoso.

Un día, una de las dueñas de las meninas, me dijo.

—Doña Leonor, tengo una buena noticia que daros.

—¿Y qué buena noticia es esa?—la pregunté.

El rey, que os protege decididamente, quiere casaros con el almirante. Ya sabéis que el almirante es muy valido del rey y es joven, como que apenas tiene treinta años, y buen mozo que no hay más que pedir; de nobleza no hay que hablar, ni de hacienda, porque el mismo rey no es más noble ni más rico que el almirante.

—Tampoco es más noble ni más rico que yo y os confieso francamente que me pasará mucho de que el rey se tome interés por ese caballero; ya me ha dicho que me ama y que quiere ser mi esposo; y tanto me lo ha dicho y tanto me ha importunado, que para que me deje en paz he tenido que decirle que no le quiero por esposo, porque no le amaba ni le amaría nunca.

—Por lo cual, el almirante ofendido os llama la pequeña reina, la soberbia y no sé cuantas cosas; y como el almirante es un caballero que influye mucho en la corte, á todos les ha parecido muy bien lo que de vos dice, y os llaman todos la reina pequeña, la soberbia y qué sé yo cuantas cosas más.

—Dejadlos que digan lo que quieran mientras no digan cosa que empañe mi honor.

—¡Oh! ¿y quién se atrevería á ello, que el rey no le castigase?

—Bastaría con que le castigase mi padre.

—El almirante, que no desiste, se ha amparado del rey; y como el rey no ve más que por los ojos del almirante, ha tomado á su cargo el que seáis esposa de su favorito; pero el rey quiere hablaros de este negocio á solas.

—¡A solas! ¿y por qué?

—Porque como ya una vez habéis desdeñado al almirante y lo sabe todo el mundo, el almirante no quiere que haya nadie que conozca un nuevo desdén vuestro, y para ello será necesario que el rey venga esta noche á veros secretamente á vuestro aposento.

Yo no pude comprender que el rey me tendiese un lazo.

No cabía en mi cabeza tal villanía.

Creí buenamente que el rey no pretendía otra cosa que conquistarme para el almirante, y yo no podía negarme á escuchar al rey.

A la media noche, la dueña, la miserable dueña, llevó en secreto á mi cuarto al rey; y apenas entró cerró la puerta.

El rey se desembozó de la capa en que iba envuelto, se quitó el antifaz que le cubría el rostro, arrojó su birrete y su capa sobre un sillón y se me dejó ver engalanado, con un traje riquísimo.

Yo me apresuré á presentar un sillón al rey

y permanecí de pie á una distancia respetuosa.

—Acercaos y sentaos, doña Leonor—me dijo.

—Yo no puedo, yo no debo sentarme delante de mi rey—respondí algo alarmada—, porque la expresión de los ojos del rey era demasiado elocuente.

—Yo no soy en este momento vuestro rey, hermosísima Leonor—dijo don Juan—, sino vuestro amigo.

—Yo no he recibido aquí—le contesté con altivez—; á un amigo; yo no he hecho más que obedecer al rey mi señor, que me ha mandado le espere esta noche para hablarme de no sé que pretensiones del almirante.

—Del almirante hablaremos, pero en segundo lugar.

—Yo no oiré más que al rey, mientras me hable como rey.

—Bien dicen los que os llaman la reina pequeña.

Yo guardé silencio.

—¿Qué os espanta en lo que yo pretendo?—dijo el rey.

—Yo no sé lo que pretendéis, señor, porque no puedo comprender á un rey que pretenda, sino á un rey que mande.

—Apartemos, apartemos á un lado al rey—me dijo don Juan de Portugal con impaciencia—; aquí no hay más que un hombre.

—Pues que el hombre salga inmediatamente, porque yo no puedo, ni debo, ni quiero estar encerrada á la media noche con un hombre.

—Este hombre os ama, Leonor; este hombre está loco por vos y debéis comprender que está loco y resuelto á todo, cuando se atreve á hacer lo que hace—me dijo el rey levantándose.

—Si dais un solo paso hacia mí—dije con toda la energía de mi pudor, de mi dignidad, de mi altivez, de mi cólera—, gritaré.

—¡Que gritaréis!—dijo el rey permaneciendo inmóvil junto al sillón.

—¡Sí!—respondí, dirigiéndome rápidamente á un balcón y abriéndole—gritaré de tal modo, que me oirán, que acudirán, que sabrán que el hombre por quien grito, es vuestra alteza, que se ha introducido alevosamente en mi cuarto.

—¡No gritéis, doña Leonor, no gritéis, eviteis un escándalo.

—Pues salid vos de aquí esta noche, que yo os lo juro, saldré mañana de palacio; y si es necesario, de Lisboa y aun de Portugal.

—¿Y para qué? hablemos tranquilamente, Leonor; creerían que habíais caído en desgracia; no que os ibais, sino que se os enviaba.

—¡Yo! ¿y qué me importa á mí caer en desgracia, porque no quiero caer desde lo alto de mi honra, á un abismo de infamia?

—¡Ah! es que yo no pretendo infamaros.

—¡Que no pretendéis infamarme y queréis hacerme vuestra manceba!

—Quiero que seáis mi alma, mi vida, mi luz, mi gloria.

—¡Envileciéndome!

El almirante pretende casarse con vos, y si vos queréis, seréis su esposa dentro de quince días.

—¡Salid!—dije indignada al rey—¡salid ó grito! ¡grito, vive Dios, y que sobrevenga en buen hora un escándalo que vos, solo, tendréis que deplorar! ¡Salid al momento! ¡Yo os creía loco, pero me he engañado! ¡Sois un villano, un miserable!

Pasó algo terrible por el rey don Juan, y yo me aterré y corrí al balcón.

—¡Esperad!—dijo, haciendo un violento esfuerzo para dominarse—¡No gritéis! voy á salir; pero no salgáis vos de palacio, porque para salir tendréis que revelar la verdad á vuestro padre; vuestro padre, le conozco bien, se irritará, cometerá alguna insensatez, y el hombre se convertirá en rey para cortar la cabeza del rebelde. Adiós, Leonor, os juro que seréis mía, ó que por lo menos, todo el mundo creerá que lo sois.

Y salió.

—De todo esto se desprende—dijo don Juan—, que hay reyes que se olvidan tanto de que lo son, que no merecen que un caballero los castigue por su mano, sino que los haga dar de palos por mano de sus lacayos.

—¡Ah, don Juan!—dijo doña Leonor—aquella fué la primera amargura que he sentido, y que por terrible que fué debía ser seguida de otras mayores; yo quedé aturdida, aterrada: el rey había dicho bien: para salir yo de la servidumbre de la reina, necesitaba revelarlo todo á mi padre: mi padre hubiera hecho entonces lo que hizo después: el rey le hubiera matado antes: me vi obligada á callar: al día siguiente el rey me trató como de costumbre, con afecto, y la reina se mostró más seria que otras veces: así pasó algún tiempo: yo notaba mucha más tiesura en todos los que me hablaban; mayor seriedad en la reina de día en día: yo me volvía loca, no sabía á que atribuir aquello; especialmente una de las damas de la reina, doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, me trataba de una manera agresiva.

—¡Doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses!—exclamó don Juan.

—¿La conocéis?

—La he oído nombrar; alcanza cierta fama dentro y fuera de Portugal, por una singularidad que, según me han dicho, se advierte en ella.

—Sí—dijo doña Leonor—: esa singularidad consiste en que siendo como era, por el tiempo en que yo estaba en palacio, una mujer de cincuenta y cuatro años, sólo parecía contar veinticinco: Satanás la ha dado una juventud

que no se marchita, que resiste al tiempo, y una gran hermosura; pero tratándola de cerca se conoce que es vieja; porque su malvada alma es viejísima y sale á través de su mirada.

Esta miserable había sido amiga del rey don Manuel; había criado al rey don Juan; tenía sobre él un ascendiente infinito y lo dominaba todo.

Ella era realmente el rey de Portugal.

Pero desde que yo entré en palacio doña Estefanía empezó á encontrar al rey difícil y rebelde á sus insinuaciones.

Don Juan estaba dominado por una sola idea; la de obtenerme.

Había contado con el almirante para llevar á cabo á un tiempo un sacrilegio y una infamia; esto es, para cubrir con el sacramento del matrimonio, sus amores conmigo; y el almirante se le había mostrado sumiso, pero no de balde.

La influencia del almirante, que era enemigo á muerte de doña Estefanía, eclipsó la influencia de ésta sobre el rey.

Doña Estefanía que sabía que yo era la causa de su desgracia, se hizo mi enemiga mortal, y para que fuese expulsada de palacio me indispuso con la reina, haciéndola conocer calumnias que acerca de mí se propalaban en la corte.

Pero el rey me sostenía á todo trance, y la reina se veía reducida á mantenerme en su servidumbre.

Una tarde en que paseaba yo triste y sola por el jardín de palacio, doña Estefanía me salió al encuentro.

Yo había mirado siempre con reserva aquella mujer, porque causaba en mí una repulsión infinita.

Al verla bajé la vista para pasar junto á ella sin saludarla y sin verme obligada á hablarla, fingiendo que no la había visto; pero doña Estefanía no me lo permitió; se dirigió rectamente hacia mí y me saludó sonriendo y de la manera más afectuosa.

—Estáis muy triste, hija mía—me dijo—; y vuestra tristeza me aflige porque conozco la causa. Todas las que hemos vivido mucho tiempo en la corte, hemos pasado alguna vez por la situación en que os encontráis, y sabemos cuánto se sufre en estas situaciones; pero esas nubes, doña Leonor, pasan, las desvanece el sol de la virtud, y llega un día en que todo el mundo conoce que hemos sido calumniadas, y se nos hace justicia. También de mí dijeron que fui manceba del rey don Manuel.

—¡Qué decís de calumnias y de mancebas, señora!—exclamé demudada por la indignación y por la cólera.

—Cómo se conoce—me dijo doña Estefanía sin

perder su aplomo—la sangre de reyes que corre por vuestras venas.

—No sé si en mi familia ha habido algún rey—respondí—; pero lo que sé es que mi sangre tiene bastante nobleza, bastante dignidad para rechazar y castigar una injuria.

—No hay que remontarse mucho—me dijo aquella infame mujer—para encontrar un rey en vuestra familia. Vos, doña Leonor, sois nieta, aunque bastarda, del duque de Viseo, á quien mató por sus mismas manos, por traidor, según dicen, aunque no está claro, el rey don Juan II, su primo.

—¡Qué decís, de bastardía y de traición en mi familia!—exclamé desesperada.

—Tranquilizaos, doña Leonor; nadie sabe este secreto más que yo; sola yo puedo probar que vuestro padre es hijo del duque de Viseo, y que el condestable de Portugal y su esposa hicieron un gran servicio al rey don Manuel, haciendo pasar por hijo legítimo suyo á vuestro padre. En esto, el rey don Manuel, tenía un gran interés; el de quitarse de encima, sin cometer un crimen, á un hijo bastardo del duque de Viseo, que pudiese servir de pretexto á los nobles descontentos y ambiciosos, para una rebelión.

—¡Pero la prueba, la prueba de todo eso!

—La prueba es una carta del duque de Viseo, á su amiga Inés de Pomar, en que reconoce por hijo suyo á un niño que se criaba en una aldea del Alentejo. El rey don Manuel había recibido un legado del rey don Juan II. Este legado era el hijo bastardo, habido por el duque de Viseo en doña Inés de Pomar. La disposición secreta en que don Juan II hacía este legado, á su primo el rey don Manuel, encerraba dentro de sí el consejo siguiente: El condestable de Portugal don Gabriel de Sese, es un caballero de los buenos, y su esposa una santa: los dos serían capaces de dejarse quemar vivos por su rey. Ese niño que pongo en vuestras manos puede ser legitimado por el condestable y por su esposa; y con esto descansará mi alma y vos estaréis seguro de que un día pueda servir ese bastardo para una rebelión. Doña Inés de Pomar es mujer que si se la casa bien y se la hereda, entregará la carta de reconocimiento de su hijo, del duque de Viseo. Vos haréis lo que os encargo, porque os conviene.

—¿Y quién tiene esa carta de reconocimiento del duque de Viseo, y esa disposición secreta del rey don Juan II?

—Yo—me contestó doña Estefanía.

—¡Vos!—exclamé.

—Sí; yo por aquel tiempo tenía la edad que represento ahora, es decir, veinticinco años, y se decía de mí lo que ahora se dice de vos.

—¿Y qué se decía de vos entonces, señora?—dije alentando apenas.

—¡Que era la querida del rey!

Senti el frío de la muerte.

La necesidad de exterminar aquella mujer infame, me atormentaba de una manera horrible.

Pero me había hecho gravísimas revelaciones, y aunque entonces sólo contaba yo quince años, tuve bastante reflexión para dominar mi cólera y seguir escuchando á aquella mujer.

—Pero nadie creerá esa calumnia—la dije.

—Todo el mundo la cree—me contestó—: se ha visto salir una noche de vuestro aposento al rey, en una hora muy avanzada.

—¡Salía rechazado por mí!

—En palacio se ve todo y se pretende saber todo; pero muchas veces se sabe mal. No importa; la envidia da por hecho lo que desea haya sido, y la calumnia nace. A mí también me calumniaban, doña Leonor. Decían que yo era la querida del rey. ¡Mentira! yo era la reina del rey y del reino; y una mujer así, no es la manceba, es la dueña. Yo, que he criado al rey don Juan III, he seguido siendo la reina de Portugal; ó mejor dicho, el rey; pero vos, sin quererlo, os habéis puesto en medio de mi camino, el rey os ama, el almirante se presta á cubrir un día los amores del rey con vos, y me ha destronado. Me estorbáis, os conviene y me conviene á mí, salir de palacio. Estáis vendida; yo sé que vuestra honra está sin mancha, pero mañana, puede no estarlo.

—¡Y esa calumnia, esa horrible calumnia!— exclamé.

—Yo haré que se desvanezca completamente; además, que vuestra salida de palacio, por vuestra voluntad, bastará para desvanecerla; porque cuando se ha sucumbido al amor de un rey, no se deja voluntariamente el poder que da el amor de un rey.

—¿Tendréis alguna dificultad en que mi padre conozca esos papeles que prueban que es hijo del duque de Viseo?

—Ninguna, doña Leonor, ninguna. ¿Para qué, prevaliéndome del dominio que tenía sobre el rey don Manuel, había yo de haberme apoderado de esa carta de reconocimiento del duque de Viseo, y de esa disposición secreta del rey don Juan II, sino para que me sirviese en su día?

—Pues bien, decidme dónde podré yo encontrarlos, acompañada de mi padre.

—Esta noche á las nueve, en mi cuarto: avisad á vuestro padre; id vos con el pretexto de una visita.

—Iremos—dije estrechando la mano de aquella mujer, con la expresión del odio.

Y me separé de ella.

Hice llamar á mi padre y cuando llegó le dije:

—Esta noche, para un asunto gravísimo, id á las nueve, padre mío, al cuarto de la camarera mayor.

Mi padre me preguntó, pero yo me obstiné en callar.

A las nueve de la noche, mi padre y yo, estábamos en el cuarto de doña Estefanía.

Mi padre lo supo todo con una sorpresa y una cólera semejantes á las mías cuando lo supe.

Mi padre pidió la prueba, á doña Estefanía y ésta se la presentó. Mi padre no pudo tener duda.

Aquellos papeles estaban tan autorizados, que constituían una prueba completa.

Mi padre quiso apoderarse de aquellos papeles; pero un hombre terrible, un miserable, que estaba oculto en la habitación de doña Estefanía, asió á mi padre por detrás y le sujetó.

Mientras mi padre luchaba, doña Estefanía tuvo tiempo de recobrar aquellos papeles y de desaparecer con ellos.

Entonces el hombre que sujetaba á mi padre huyó por otra puerta y la cerró tras sí; pero yo había reconocido á aquel hombre.

Mientras luchaba con mi padre, le había yo arrancado el antifaz que le cubría el rostro.

Aquel hombre se llamaba Gastón de Riveira, y era camarero del rey; su camarero de confianza, por el que, doña Estefanía sabía todo lo que pensaba el rey.

Mi padre comprendió que en aquella situación nada podía hacer que no fuese un escándalo inútil.

Se dominó, me asió de la mano y se fué conmigo á la cámara del rey, á quien pidió una audiencia del momento para sí y para mí.

El rey nos recibió inquisito.

—Señor—le dijo mi padre con la voz trémula que dejaba conocer su cólera mal contenida—: mi hija no puede permanecer en palacio, ni yo puedo permanecer en el reino: nos desterramos voluntariamente y yo pido á vuestra alteza su licencia escrita para salir de Portugal, á fin de que nadie pueda impedirme el paso.

El rey no contestó.

Fué á su mesa y de su puño y letra escribió la licencia que permitía á mi padre salir de Portugal.

Pero al dar á mi padre aquella licencia, vi yo un relámpago de muerte en sus ojos; me estremecí.

Mi padre, apenas tuvo la licencia del rey en la mano, salió de la cámara del rey, luego de palacio y me llevó á nuestra casa.

Apenas nos quedamos solos en ella, me dijo:

—Esto es cosa concluida; no podemos vivir en Portugal; no podemos seguir gozando la he-

rencia del Condestable; voy á hacer renuncia de todos sus bienes en sus parientes; en aquellos á quienes lo que poseía el condestable, hubiera ido si hubiera aparecido al morir, sin hijos; para trasladarme adonde se encuentre el rey de España, pediré dinero prestado á mis amigos, y malo será que el noble rey don Carlos no dé un oficio con que pueda vivir á su lado el que con tanta honra ha sido alférez mayor de Portugal.

—¿Y por qué, padre—le dije—, no ser un digno nieto del duque de Visco, cuando el rey ha pretendido ofenderos en vuestro honor?

—¡Si otro que tú—me dijo severamente mi padre—me aconsejase una rebeldía, una traición indigna, su consejo sería para él la muerte, en el mismo momento que me lo diese! ¡no insistas, Leonor, borra de tu pensamiento, hasta el recuerdo de esa idea, porque podría olvidarme de que eres mi hija!

Temblé y callé.

—¡No! el que el rey haya sido un villano para conmigo, no disculpa el que yo me vuelva traidor contra mi rey. Un vasallo que estima su honra, se desnaturaliza, pero no incurre en traición. Dentro de ocho días habré hecho cuanto tengo que hacer, y partiremos á España.

Aquellos ocho días, que pasé retirada en mi aposento, sin ver á nadie, fueron para mí, ocho eternidades.

Mi padre, á pesar de que había enfermado, y de que se quejaba de algunos dolores de cabeza, dolencia que le había sobrevenido al quinto día de mi salida de palacio, se obstinó en partir al noveno.

Partimos. Ibamos solos en un coche, sin más escolta que cuatro criados.

Durante el camino, la dolencia de mi padre se agravó, y sin embargo, no permitió detenerse.

Le tardaba salir de Portugal.

Llegamos al fin á la frontera.

Mi padre estaba ya gravemente enfermo, y sin embargo, quiso seguir adelante, caminando de día y de noche.

Una noche, muy tarde ya, atravesábamos este pueblo, cuando la enfermedad aguda que mi padre sentía, no le permitió ya obstinarse en seguir adelante.

—¡Me muero, hija mía!—me dijo—y al sentir la muerte me asalta una horrible sospecha. He sido envenenado.

—¡Envenenado! ¡Señor!—exclamé.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Envenenado! Siento fuego en la cabeza y en el corazón; ¡que paren! que llamen á cualquiera de esas casas; quiero morir al menos, con los auxilios de la religión.

Paró el coche, y uno de los lacayos llamó á la primera puerta que encontró á mano.

Abrieron, y el lacayo pidió al que había abierto, hospitalidad para un enfermo, por todo el dinero que quisiese.

Aquel hombre se apresuró á aceptar.

Mi padre fué llevado por los lacayos á aquella casa que, pegada á la iglesia, servía de habitación al sacristán.

Media hora después de haber sido puesto mi padre en un lecho, y en el momento en que entraba el médico del pueblo, murió.

Al día siguiente fué enterrado en la tumba junto á la cual me habéis visto, don Juan, llorando y rezando.

—¿Y cómo es—dijo Tenorio—que las gentes de la posada os creen un fantasma? ¿pues qué, no se sabe en el pueblo que vos, después de la muerte de vuestro padre, os habéis quedado en él?

—No, don Juan, no. Mi residencia en el pueblo es un misterio que sólo conocen el cura párroco y el sacristán. Yo habito, ó por mejor decir, habitaba, porque no pienso volver á él, en un cuarto de la torre de la iglesia, que hacía mucho tiempo estaba deshabitado por el terror que causaba la tradición de haber vivido en él, no se sabe cuándo, un hombre poseído por el diablo.

—¿Y habéis tenido valor para vivir en ese aposento?—dijo sonriendo don Juan.

—¡Y qué importa á un fantasma vivir donde ha vivido un endemoniado!—contestó sonriendo tristemente Leonor, y luego continuó:

—Voy á explicaros cómo puede ser el que yo resida en un pueblo, donde todo se sabe sin que nadie sepa que yo resido en él.

La muerte de mi padre, al par que me inspiró una ardiente sed de venganza, me inspiró también el temor de que si no me perdía un nuevo crimen, ejecutado sobre mí, me impidiese llegar á mi venganza. Yo no tenía duda, ni la tengo, de que el matador de mi padre era el rey de Portugal.

No he podido olvidarme de la mirada sombría amenazadora, lúgubre; de la mirada de muerte que ardió en sus ojos la noche en que mi padre, fué á pedir licencia para salir de Portugal.

Yo tengo la certeza, me lo dice mi corazón, de que el rey pretendía privarme del apoyo de mi padre, para tenerme sin amparo, bajo su poder.

Yo estoy segura de que el rey no contaba con que mi padre saliese vivo de Portugal.

—Y decidme Leonor—observó don Juan—¿no es más fácil suponer que la autora de ese crimen, fué doña Estefanía?

—No, porque doña Estefanía no podía que-

rer que yo me encontrase desamparada haciendo más fáciles al rey, sus proyectos sobre mí.

—¿Y no podía suceder que doña Estefanía lo haya preparado todo para que vos creáis que el rey es el asesino de vuestro padre? El rey don Juan III puede haberse olvidado de quien es, por el amor que le inspirasteis; porque la mujer tiene el privilegio de volver loco al más cuerdo: los delitos del amor no infaman; pero el asesinato, sí. Don Juan III, Leonor ha probado que es un noble rey. Además, ¿no podía estremecer á doña Estefanía el temor de que vuestro padre pretendiese apoderarse á toda costa de los papeles que probaban su descendencia del duque de Viseo?

—¡Sea como quiera!—dijo doña Leonor—; el rey, pretendiendo hacerme su manceba, ha sido la causa de la muerte de mi padre. Aborrezco, al rey: le aborrezco de muerte, y luego, soy nieta del duque de Viseo, asesinado por don Juan II, y por derecho de herencia por don Juan II es rey de Portugal don Juan III. Mi sangre es enemiga de la suya. Mi venganza será arrojarle del trono para colocarme en él, no sé cómo; pero si no llego á ser reina de Portugal, no me creeré nunca venganda.

—Lo intentaremos, Leonor.

—Y si vos retrocedéis, lo intentaré yo sola.

—Yo no retrocedo jamás—dijo don Juan.

—Lo creo, y porque al veros lo he comprendido, os amo desde que os vi.

—Continuad; decidme cómo habéis vivido completamente desconocida en la habitación del poseído por los diablos.

—El cura párroco de este pueblo es un varón justo y sabio; un anciano venerable, que se ha retirado del ruido de las grandes ciudades para venir á pasar en una aldea una vida tranquila y pura.

El sacristán Rui-Pérez, viejo también, y soltero, es el mejor hombre del mundo. Yo revelé, bajo sigilo de confesión, á don Pedro de Illescas, que es el cura párroco, la situación en que me encontraba, y mi temor de ser víctima de una nueva maldad. Don Pedro convino conmigo en que era de todo punto necesario el que yo desapareciese de una manera tal que no se supiese lo que había sido de mí.

Se hizo conocer el secreto á Rui-Pérez, y éste se acordó del cuarto del endemoniado.

Para evitar que aquel cuarto trajese sobre mí algún maleficio, don Pedro exorcizó al espíritu que en aquel cuarto se albergaba por si existía; roció las paredes, el suelo y el techo con agua bendita, y bendijo aquel espacio.

Ya se podía vivir sin temor en él: estaba purificado. Yo, por mi parte; dije á los criados que nos habían acompañado, que dispusiesen la partida para el día siguiente.

Pero mil cruzados de oro que había sacado mi pobre padre de Portugal, los entregué á don

Pedro excepto una pequeña cantidad que llevé conmigo.

El sacristán Rui-Pérez salió del pueblo sin ser visto de nadie la noche antes del día en que yo debía partir ostensiblemente del pueblo.

Se había convenido en que cuando el coche llegase á una cruz de piedra que estaba á una legua del pueblo, en el camino, en dirección al interior de España, yo bajaría del coche, le mandaría retroceder, adelantaría sola, y á un cuarto de legua tomaría por un camino de travesía situado á la izquierda.

Así se hizo: al día siguiente, delante de una multitud de curiosos del pueblo, me despedí del cura, entré en el coche y partí.

Cuando llegué á la cruz de piedra hice detener el carruaje y llamé junto á mí á los cuatro criados que me escoltaban: dí á cada uno veinticinco cruzados, otros tantos al mayoral y al zagal; les manifesté que iba á adelantarse sola y les mandé que se volviesen.

Resistieron por interés mío, pero yo me mantuve firme y obedecieron.

Me senté al pie de la cruz y el coche se volvió llevando tras sí á los cuatro criados en dirección á la frontera de Portugal.

—No podéis figuraros, don Juan—continuó doña Leonor, después de una breve pausa—, cuán dolorosa fué mi amargura cuando habiendo desaparecido el carruaje y los cuatro lacayos en una vuelta del camino, me encontré sola en el mundo.

Nadie pasaba.

Parecía que me encontraba en una naturaleza desierta. Era preciso llegar al sitio donde me esperaba el buen Rui-Pérez.

Me levanté de las gradas de la cruz y seguí el camino.

—Yo no estaba acostumbrada á andar y tardé una hora en recorrer un cuarto de legua que había desde la cruz á la entrada del camino de travesía que debía tomar.

Durante aquella hora no ví una sola persona; ni durante otra que invertí en llegar al principio de un monte espeso de encinas, al que conducía la senda.

A la entrada de aquel monte encontré á Rui-Pérez que me esperaba con un asno.

—Gracias á Dios, señora, que habéis llegado; yo creía que os había sucedido algo cuando tardábais tanto.

—No amigo mío—le dije—, es que ando muy despacio; que me canso.

—Pues entrémonos en el monte y descansad; nos tenemos que pasar aquí el día, y bien embreados, para que nadie nos vea; pero no le hace, yo traigo buenas provisiones en las alforjas, y hace muy buen tiempo; al obscurer nos pondremos en camino por uno muy extraviado,

por el que se da un gran rodeo y llegaremos á la media noche cuanto todo el mundo está durmiendo en el pueblo y nadie nos pueda ver.

Así se hizo, y aquella noche, habiendo entrado en el pueblo sin ser vista de nadie, dormí ya en la habitación de la torre de la iglesia, donde se habían puesto algunos muebles.

Allí he vivido ignorada cinco años.

—Rui-Pérez vive solo en la sacristía; él me cuida, él es mi cocinero, mi criado, mi amigo; nadie vive con él; los monaguillos, cuando suben á repicar á la torre pasan muy de prisa y haciendo la señal de la cruz por delante de la puerta del cuarto del endemoniado, temerosos de que éste salga y los coja.

Si alguna vez han oído el ruido de un mueble, un estornudo, una tos, han creído que era el endemoniado, y han bajado á escape las escaleras.

He aquí por qué cuando alguna vez me han visto desde las ventanas de las casas que lindan con el cementerio, á las doce de la noche arrodillada junto á la tumba de mi padre, y vestida de negro, han creído que yo era un fantasma.

Y yo no bajo á las doce de la noche porque la media noche sea ó no la hora de los aparecidos, sino porque á aquella hora murrió mi padre.

Ya sabéis mi historia, don Juan; ahora desearía que me dijeseis como es que os encontráis aquí.

—He amado mucho, he sufrido mucho, me he horrorizado de mi suerte, he querido vencerla y me he acogido al claustro donde he estado un año; mi destino ha podido más que yo y me ha arrojado del claustro la víspera del mismo día en que debía pronunciar unos votos irrevocables.

Después, y felizmente, he tropezado con vos Leonor, es aquí mi historia entera.

Calló don Juan, y doña Leonor guardó silencio por algún tiempo.

El reloj de la iglesia dió las tres de la mañana.

—¿A qué hora amanece, don Juan?—dijo doña Leonor—; os pregunto esto, porque cuando amanece estoy durmiendo yo mi primer sueño y no me levanto hasta bien entrado el día, hora en que Rui-Pérez me avisa para traerme el almuerzo.

—En el convento—dijo don Juan—, nos obligaban á levantarnos antes del alba; por esa razón sé que amanece á las cinco.

—Faltan, pues, dos horas para el día.

—Sí.

—Podemos, pues, volver al cementerio.

—¿Y para qué?—dijo don Juan.

—Qué, ¿no queréis que rece yo por la última vez por ahora sobre la tumba de mi padre,

ni deseáis ver el triste aposento donde he pasado cinco años enterrada en vida?

—Sea, doña Leonor—dijo don Juan levantándose y abriendo la ventana.

Don Juan hizo que doña Leonor abrazase su cuello, rodeó su cintura como había hecho para subir, pero en la mitad del descenso sonó un beso seguido de un ligero grito.

Poco después doña Leonor y don Juan estaban arrodillados junto á la tumba del alférez mayor de Portugal, don Luis de Sese.

Al fin don Juan entró siguiendo á Leonor por aquella pequeña puerta junto á la cual había esperando la salida de un fantasma.

IV.

Amaneció Dios.

El buen Rui-Pérez dejó su tementido lecho, se puso su sotana y su bonete, se fué á la parte baja de la torre, asió una cuerda que pendía del techo, tiró de ella y retumbó el toque de misa.

Después Rui-Pérez abrió la puerta de la iglesia y se fué á la sacristía, y preparó el terno y el servicio del altar.

Era Rui-Pérez un hombrecillo, á lo más de cuatro pies de estatura, delgadísimo hasta el punto de que su sotana parecía puesta sobre un palo, de semblante benévolo y cándido con grandes narices, acaballadas, ojos grises, pequeños y tímidos, y larga cabellera blanca como la plata, porque rayaba ya en sus sesenta años.

Poco después llegó el cura.

Don Pedro de Illescas, graduado en la célebre Universidad de Salamanca, sabio doctor que había gozado de una gran reputación en el mundo hasta que se retiró al silencio de una aldea, era un noble señor de la misma edad Rui-Pérez, pero de aspecto majestuoso, aunque sencillo.

La virtud y la grandeza rebotaban de él.

Se revistió y salió á decir misa.

Después de dicha la misa entró en la sacristía, se despojó, se puso los hábitos y se fué al confesonario.

Rui-Pérez, con sotana y bonete, cogió una cesta y se fué á hacer su compra diaria.

—Yo no sé cómo no estáis gordo—le dijo el tío Pedralva, el carnicero—; os lleváis avío para una familia, y bueno: ¿qué diablos hacéis de lo que coméis?

—Es que no me presta—contestó sonriendo cándidamente el sacristán.

—¡Y lleváis caza y pescado!—dijo el tío Pedralva.

—Es que el tío Prebas estaba con algunos

parecía de perdices en la plaza y han llegado truchas frescas.

—Buena vida os dais, señor Rui Pérez; por fuerza os habéis encontrado enterrada una olla de dinero.

—Puede ser — dijo Rui-Pérez —: quedad con Dios, tío Pedralva, y hasta mañana.

El sacristán se volvió á la iglesia, y como ya había acabado de despachar á los penitentes en el confesonario, don Pedro, éste se fué á su casa y el sacristán cerró la iglesia.

No tenía que abrirla ya hasta el día siguiente.

Rui-Pérez se consagró, pues, por completo á sus quehaceres domésticos, y á las ocho de la mañana subía por las estrechas escaleras de caracol de la torre, llevando en una tabla una cazuela de sopas de tomate con huevos, y sobre la cazuela un plato con truchas fritas. Como á la mitad de aquella estrecha escalera de caracol de piedra, se detuvo junto á una puerta estrecha y baja, y llamó á ella con una rodilla á falta de las manos de que no podía valerse porque las tenía ocupadas con la cazuela.

Peró nadie respondió á su llamamiento.

Dejó la tabla con la cazuela y el plato sobre un peldaño de las escaleras, y llamó con fuerza á la puerta con la palma de la mano.

Tampoco respondieron.

—A estas horas está despierta siempre—dijo el bucn Rui-Pérez, poniéndose pálido—: ¿habrá sucedido algo á la señora?

Y llamó con el puño.

—¡Esperad!—dijo desde dentro una voz de hombre, que hizo en Rui-Pérez un efecto terrible—: ¡he oído desde la primera vez que llamásteis! y en seguida oyó Rui Pérez el ruido de unas espuelas.

Es decir, no sabemos si oyó, porque se había quedado inmóvil como una estatua.

La puerta se abrió y apareció ante el asombrado, ante el estático Rui-Pérez, don Juan.

Si hubiera tenido la cazuela en las manos la hubiera dejado caer.

—Entrad, entrad buen hombre—dijo don Juan—; ya os explicaremos esto, y veréis que nada tiene de particular.

—¿Cómo que nada tiene de particular—dijo Rui-Pérez—, el que yo me encuentre un hombre en la habitación de doña Leonor?

—Hablad, hablad más bajo; ha pasado una noche muy agitada y está durmiendo.

En efecto, doña Leonor dormía de una manera profunda; pero completamente vestida, sobre un modesto lecho.

Un rayo de sol que penetraba por una alta

claraboya con una especie de pequeño rosetón, calado, cerrado con cristales de colores, única abertura del muro por donde penetraba la luz en aquel cuarto de piedra, cerrado y abovedado; un rayo de sol, repetimos, bañaba el dormido semblante de doña Leonor, proyectando en él los colores de los vidrios por los cuales pasaba, sin despertarla.

Las anchas trenzas negras de la joven, desordenadas, medio velaban su semblante que estaba iluminado por una leve sonrisa que parecía el reflejo de un sueño de felicidad.

Rui-Pérez entró con miedo sin olvidarse de recoger la tabla en que estaban la cazuela y el plato que había dejado sobre el escalón, y los puso sobre una silla.

—Yo no entiendo esto—dijo todo aturdido—, pero yo la traía el almuerzo.

Bien, almorzaremos; así como así yo tengo muy buen apetito señor Rui-Pérez.

—¡Sabéis como me llamo yo!—dijo el sacristán cuya voz temblaba todavía.

—Doña Leonor me ha hablado de vos con mucho afecto, amigo mío.

—Pero ¿cómo y dónde habéis conocido á doña Leonor?

—Junto á la sepultura de su padre.

—¿Sabéis vos el endemoniado que murió en este aposento, según dicen unos, ó que desapareció, según otros, en medio de una tormenta?

—En cuanto á endemoniado, puede ser que yo tenga algún demonio en el cuerpo—contestó don Juan—; pero lo que os puedo asegurar es, que yo soy ese endemoniado que dicen y que no me he muerto nunca. ¿Sabéis vos si hay algún muerto que tenga gana de almorzar?

—Yo no entiendo esto, yo no entiendo esto—dijo Rui-Pérez, acabando de poner la mesa, con mantel, servilletas y cubiertos que había sacado de su cajón—; pero yo estoy malo, muy malo; esta sofocación me va á costar una enfermedad.

En aquel momento despertó doña Leonor; se incorporó, y al ver que aun estaba allí don Juan, y que le había visto Rui-Pérez, se enrojeció vivamente.

Luego se levantó del lecho y se puso de pie.

—Ello al fin—dijo—, era necesario que lo supieseis, Rui-Pérez; este caballero en mi esposo, ha venido á buscarme y esta noche partiremos á Portugal.

—¡Ah!—dijo cándidamente Rui-Pérez—, ¿este caballero es vuestro esposo? eso es ya distinto. Que sea por muchos años, pero yo os creía, y os creía también doncella, don Pedro.

—Es un secreto que he guardado—dijo doña Leonor.

—¡Ah! sí, bien, ¡eso es distinto!—dijo Rui Pérez—, pero ¿por dónde ha entrado aquí vuestro esposo?

—Por el cementerio—dijo doña Leonor.

—¿Pero por dónde ha entrado en el cementerio?

—Por el aire—dijo don Juan—, ó por una puerta, ó por una ventana.

—¡Ah! ya, ¡sí!—dijo Rui-Pérez que ya se había serenado sonriéndose—; por la ventana del mesón; pero si queréis volveros al mesón no podréis volver á entrar por la ventana, porque hay otras ventanas que dan al cementerio, y os verán subir.

—Entraré en el mesón por la puerta.

—¡Ah! de ese modo, ya lo entiendo; y ¿habrá bastante almuerzo aquí para los dos?

—Sobrado—dijo doña Leonor—, porque yo apenas tengo ganas.

—El comer y el rascar, todo es empezar. Voy, voy por el pan, por el vino y por la fruta.

Y Rui-Pérez salió y bajó por las escaleras murmurando.

—¡Válgame Dios! ¿y por qué no nos habrá dicho á don Pedro y á mi, que era casada?

—Mi honra está en vuestras manos, don Juan—dijo doña Leonor—; vos me habéis jurado ser leal á mi amor, me habéis dicho que nunca habéis amado como me amáis á mi, á pesar de que apenas me conocéis; yo os ha creído, yo os amaba antes de conoceros, he enloquecido por vos; aquí hay un sacerdote, don Juan, volvedme mi honra siendo mi esposo.

—Yo creía que mi corazón estaba seco para el amor—dijo don Juan—, y tú, amada mía, le has llenado con un amor divino, que yo nunca había sentido: yo adoro en ti la hermosura la virtud, la fe del corazón, la grandeza del alma, y no quiero que nadie pueda creer que por un momento has sido la amante de don Juan; este es un encantador misterio que debemos guardar. Yo soy tu esposo, así lo has dicho á Rui-Pérez y así lo debemos decir á ese buen sacerdote; tu esposo que te buscaba, tu esposo que te ha encontrado cuando menos lo pensaba por una afortunada casualidad: y en esto no mentimos, porque yo, al verte, he reconocido la mujer que he buscado desde que siento el amor, sin encontrarla jamás, y por eso te he amado al reconocerte, porque te he estado amando toda mi vida, y por eso tú eres la esposa de mi alma, por eso no quiero que nadie dude de ti. No importa que don Pedro sepa por tu historia que eres libre; puedes decirle que porque no te obligase, con arreglo á su conciencia, á avisar, del lugar en donde te encontrabas á tu marido, hiciste te tu casamiento un secreto, que nadie sabía ni aun tu padre, porque en efecto había sido

secreto: quiero que ante el juicio de estos dos hombres, salgas de aquí tan pura como has entrado.

—Rui-Pérez sube—dijo doña Leonor—. ¡silencio! será lo que vos queráis, porque yo soy vuestra esclava.

Rui-Pérez, al entrar, oyó esta última palabra.

—Esclava debe ser, la mujer del marido, digo, si la mujer es honrada y temerosa de Dios; ¡pero qué cosas pasan en el mundo! ¡quién lo había de creer! si apenas teniais quince años cuando llegásteis aquí con vuestro seño: padre que en paz descansa. Pero comed, doña Leonor, comed; imitad á vuestro esposo, que lo hace muy bien.

Don Juan comía con apetito y era que se encontraba de lleno dentro de las condiciones de su terrible existencia.

Vivía de la única manera que le era posible vivir bien.

En medio de grandes sensaciones, empeñado en grandes aventuras.

Doña Leonor, por el contrario, se encontraba subyugada por una fascinación, empeñada, en un nuevo camino que ignoraba dónde podría conducirla.

La terrible fama de burlador de don Juan, que había llegado á su noticia, la hacía sentir una ansiedad infinita, porque la causa que don Juan había alegado para no casarse con ella, no pensaba de ser un pretexto fútil.

Algunas preguntas del párroco don Pedro, y una bendición suya, podían hacerlos esposos, porque entonces aun no había tenido lugar el Concilio de Trento, que prescribió el cúmulo de formalidades que son necesarias para el matrimonio.

Entonces bastaba con que un hombre y una mujer se presentasen á un sacerdote y le pidiesen que los casase, para que el casamiento se hiciese.

Podían pues, haber sido casados en el momento en que hubiese llegado don Pedro.

Doña Leonor, al amar, había perdido la voluntad y la energía; se había sometido á don Juan, y sufría y callaba.

La vuelta de don Juan al mundo, su segunda época, había empezado de una manera brava.

Había hecho víctimas de sangre y amor, y tenía á la vista un grande empeño que llevar á cabo.

Había vuelto á ser lo que había sido.

Estaba al fin en su elemento.

Era por completo don Juan Tenorio.

Don Juan debía necesariamente, volver á la posada.

Lo manifestó así á doña Leonor; se despidió de ella y salió prometiendo que volvería pronto.

Cuando doña Leona le vió salir, creyó que no iba á volverle á ver.

Don Juan siguió un costado de la plaza, tocó por una esquina próxima y se encontró delante de la posada.

Un caballero portugués, mal carado, moreno, pálido, de mirada sombría, aunque joven y hermoso, el mismo que hemos sabido acompañaba á un caballero enmascarado que había llegado la tarde anterior á la posada, estaba á la puerta de ella, cuando entró don Juan.

Un alférez, jefe sin duda de la escolta que había acompañado á aquel personaje del antifaz, dirigió la palabra al caballero mal carado y le llamó por su nombre.

Aquel hombre era Gastón de Riveira.

—¡Ah!—dijo para sí Tenorio mirando profundamente á Gastón—, este es el miserable que sujetó á don Luis de Sese mientras la bribona de doña Estefanía le arrebatava los papeles que probaban que el duque de Vieso era su padre.

—¿Me conocéis?—dijo con insolencia Gastón á don Juan, reparando la mirada de éste.

—Hace cinco años—dijo friamente don Juan—, irais camarero del rey de Portugal; ahora yo no sé lo que seréis. ¡Que Dios os guarde!

—Esperad un poco—dijo Gastón de Riveira—; cuando un hombre me habla, como vos me habéis hablado, necesito saber quién es y cómo se llama.

—Preguntadlo á vuestra grande amiga doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, ó á su compañera de viaje, doña Isabel.

—¡Las conocéis!

—¡Que Dios os guarde!

—Esperad.

—¡Que Dios os guarde!

Y don Juan se entró decididamente en el mesón, y al subir por las escaleras se encontró con Eugenia.

—¡Jesús!—dijo ésta—, ¿de dónde venís, señor?

—Del otro mundo—dijo don Juan.

—Yo os hacía en vuestro cuarto—dijo Eugenia—, porque cuando fui, hace una hora, á ver si necesitabais algo, encontré la puerta cerrada y la llave puesta por dentro.

—Ah, diablo!—dijo don Juan—, pues necesito que esa puerta se abra.

—Será necesario descerrajarla.

—Que la descerrajen: en el corredor espero. ¿Qué hacen las viajeras?

—Duermen.

—¿Qué hace el otro viajero que venía con antifaz?

—Duerme también.

—¿Cuándo se marchan esos señores?

—Dentro de una hora.

—¡Vayan en paz! Haced que en el momento se me ponga franca la puerta.

Y don Juan se puso á pasear distraído, por el corredor.

A los tres ó cuatro paseos se abrió la puerta de una de las habitaciones por delante de la cual paseaba, y apareció un hombre cubierto con un antifaz.

—¿Hay aquí—dijo aquel hombre con una voz en que se notaba la costumbre del imperio—, alguien que responda al nombre de don Juan Tenorio.

—Don Juan Tenorio en persona—dijo éste volviéndose sin saludar, puesto que el desconocido no le saludaba.

—Entrad—dijo el desconocido.

—Perdone el rey de Portugal si no obedezco su mandato: esto en España, y aun en Portugal, vería si obedecía á un mandato del rey ó no.

El desconocido hizo un movimiento de sorpresa al oírse llamar rey, pero conteniéndose, dijo:

—Sea yo quien fuere, en Portugal y en España soy un caballero, y cuando un caballero pide á otro que entre á un aposento á cuya puerta se encuentra, es cortesía entrar.

—Cuando un caballero, sea quien quiera—respondió con altivez Tenorio—, me habla con el semblante cubierto, comete una descortesía y no puede pedirme que yo sea cortés con él.

—Don Juan Tenorio—dijo el desconocido retirándose hacia el interior de la habitación, y quitándose el antifaz—; el rey don Juan III de Portugal os suplica que entréis.

Don Juan adelantó entonces, se quitó el sombrero al llegar á la puerta y saludó al rey.

Don Juan III era un hombre como de treinta y cinco años, hermoso, pero con una hermosura grave, sombría; era sumamente pálido, lo que le hacía parecer más blanco, rubio y de grandes ojos de azul celeste muy bajo.

Vestía completamente de negro y con gran sencillez.

—¿Queréis decirme, don Juan—dijo el rey—, por qué pasabais por delante de esta puerta? sobre todo ¿queréis decirme por qué sabéis que yo soy el rey de Portugal, cuando vengo completamente de incógnito?

—Paseaba delante de esta puerta como podía haber paseado delante de otra cualquiera. Como sé que vuestra alteza es el rey de Portugal, me lo ha dicho un fantasma con quien he hablado esta noche: porque habéis de saber, señor, que la ventana del cuarto que me han dado en esta posada, da sobre un cementerio, y como en los cementerios suceden cosas extraordinarias, á la media noche me puse en

observación, por si acontecía algo; y en efecto, á las doce apareció un fantasma: dicen que estos seres sobrenaturales, lo saben solo, y yo por probar si era cierto pregunté al fantasma quién era un caballero enmascarado que paraba en el mesón: el fantasma me contestó, que el noble enmascarado era el rey de Portugal.

—¿Habláis seriamente, don Juan?—dijo el rey.

—Por mi honor—contestó don Juan—, y sobre todo, señor, sabed que yo nunca miento.

—Os creo; vuestra fama me responde de vuestro honor; por lo mismo, y porque sé que me responderéis con lealtad, deseo que me digáis si podré contar con que entréis á mi servicio y os naturalicéis en mi reino.

—Señor rey de Portugal, yo no tengo más señor que el rey de España. El tiempo que yo permanezca en Portugal, seré un extranjero.

—¡Bien!—dijo el rey—; pero como extranjero, admitiréis la hospitalidad del rey de Portugal.

—Os lo agradezco, señor,

—¿Es decir, que nada aceptáis de mi?

—Nada.

—Ni aun me habéis preguntado quién me ha dicho vuestro nombre.

—Pues lo sabéis y me conocéis, sin duda os lo ha dicho alguien; ¿qué me importa á mi quién ese alguien sea?

—¿Tratáis á todo el mundo como me tratáis á mi?

—Según y cómo.

—Explicadme ese según y cómo.

—Cuando preveo que puedo ser enemigo de una persona, me pongo á distancia y no me comprometo á nada.

—¿Es decir que vos podéis ser mi enemigo?

—¿Quién duda que un caballero español puede ser con mucha facilidad, enemigo á muerte del rey de Portugal?

—¡Vive Dios, don Juan, que he de haceros mío!

—Vuestro soy—contestó don Juan—; todo consiste en saber lo que yo he de ser vuestro.

—Pasad, pasad á esta otra habitación, don Juan—dijo el rey—, y conoceréis á la persona que me ha procurado el contento de conoceros.

—En buen hora, señor.

—Pasad—dijo el rey abriendo una puerta.

—¡Cómo! señor, ¿me cedéis el paso?

—Os convido á pasar, y yo en España y de incógnito, no soy rey, sino caballero; ya veis, estoy delante de vos con la cabeza descubierta.

—Si cubierta la tuviérais, yo mantendría mi sombrero en la mano; un rey debe ser siempre un caballero; pero un caballero, mientras no llegue á ser rey, debe medir de alguna manera la distancia que de los reyes le separa. Pasad, pues, señor.

—Pues como á rey en algún modo me tratáis—

dijo don Juan III, cubriéndose—; os ruego que paséis.

Don Juan pasó.

Se encontró en una habitación en la cual penetraba el sol por dos ventanas.

De pie, en medio de ella estaba doña Estefanía é Isabel. Esta tenía el semblante descubierto y fijaba una candente mirada en don Juan.

Era, como había dicho á don Juan, Eugenia, magníficamente hermosa, y cuando más, de quince á diez y seis años.

—Hé aquí la bella criatura que me ha hablado de vos, y por la que he podido conoceros, don Juan—dijo el rey.

—¡Ah! ¿y esa hermosa señora ha dicho á vuestra alteza...

—Todo, don Juan: que habéis ahorcado los hábitos la víspera del día en que debíais profesar, en lo cual habéis hecho muy bien, porque no servís para fraile; que doña Estefanía al veros pasar junto á su coche os suplicó la escoltaseis con vuestros criados, por ciertos ladrones que había en el camino. Todo, en fin.

—Pues ved ahí, señor; yo creí que doña Estefanía era la que había dado noticias de mí á vuestra alteza.

—¡Ah, no!—se apresuró á decir doña Estefanía algo contrariada—; yo ignoraba si vos queríais guardar el incógnito.

—En ese caso, señora, hubiera empezado por no deciros mi nombre.

—¿Temeroso acaso de que yo, porque soy mujer, no guardaría vuestro secreto?—contestó sonriendo, aunque de una manera forzada, doña Estefanía.

—En una palabra, don Juan: yo quería que el rey, mi señor supiese el gran servicio que nos habéis hecho, para que os lo agradeciese—dijo con un acento singular por su intención Isabel.

—Nada hay que agradecer—dijo don Juan—; la obligación de todo hombre es resistir al fuerte y amparar al débil.

—Según tengo entendido, don Juan—dijo el rey—, vos, cuando os retirásteis á San Jerónimo de Yuste, fundasteis este hospital y le dejasteis todos vuestros bienes.

—Cierto, señor.

—Vuestros bienes eran inmensos.

—Mis padres eran muy ricos.

—¿Y cómo vais á aveniros á vivir en la pobreza?

—Como me he avenido con la opulencia.

—Vos no pedéis vivir de cualquier modo.

—Vos lo habéis dicho, señor. Don Juan Tenorio no vivirá jamás de cualquier modo.

—Creo que habéis confiado siempre demasiado en vos mismo.

—Siempre he creído, señor, que lo que ha de ser, será; y no me he tomado nunca el trabajo de pretender arreglar las cosas de manera que sucedan á medida de mi deseo.

—Me parece que os vais á quedar, rico y honrado, en Portugal.

—¡Puede ser, señor, que me quede en Portugal muy rico y muy honrado!

—¿Por vuestro solo poder, don Juan?—dijo el rey.

—Por mi solo poder será si es, señor; porque yo no acepto nada de nadie.

—En buen hora—dijo el rey—; pero deseo que nos volvamos á ver en Lisboa.

—Nos veremos, señor.

—¿Queréis acceder á una súplica mía?

—¿Cuál, señor?

—Que guardéis secreto acerca de mi entrada de incógnito en España.

—Yo, señor, no me entretengo en conversaciones ociosas: aunque vuestra alteza no me encargara el secreto, yo le guardaría.

—¿Cuándo os vais, don Juan?

—No sé; porque nunca sé lo que ha de pasar por mi ni un solo momento adelante.

Soy un hombre muy singular.

Soy una pluma lanzada al viento que el viento lleva, no importa adónde.

—Pues adiós, don Juan, hasta la vista.

—Hasta la vista, señor, hasta la vista, señoras mías.

Había algo terrible en el saludo de don Juan, que salió.

—Don Juan Tenorio no parece un hombre—dijo profundamente el rey de Portugal—; parece más bien un ser del otro mundo.

—Por lo poco que he hablado con él, señor—dijo Estefanía—, he comprendido que no debía poneros en contacto con don Juan: es friamente insolente, aunque en su insolencia haya grandeza.

—¡No, doña Estefanía, no!—dijo el rey—: don Juan no es insolente: es que nada teme, que nada le asombra, que está sobre todo, que lo desprecia, todo: es un gran loco, ó una verdadera grandeza. Me ha enamorado ese hombre, lo confieso; y no me extrañaría—añadió mirando profundamente á Isabel, que alguien se hubiera enamorado de él; mejor; así podríamos hacer la felicidad de alguien que nos es muy querido.

Isabel sostuvo la mirada del rey y no contestó á sus palabras.

Doña Estefanía se puso pálida.

—Dentro de un momento—dijo el rey—, partiremos, y dentro de dos días habremos llegado á Lisboa. Siento acercarse al señor Gascón de Riveira.

En efecto: se abrió la puerta, y una voz servilmente respetuosa, dijo:

—¿Me da licencia vuestra alteza?

—Entrad, señor Gastón, entrad—contestó el rey. Adelantó el caballero que había disputado en la puerta de la posada con Tenorio.

—¿Está todo dispuesto para marchar?

—Sí señor—contestó Gastón—: el coche espera; los criados y la escolta están ya á caballo.

—Pues marchemos—dijo el rey.

—Me atrevería á pedir una gracia á vuestra alteza—dijo Gastón inclinándose profundamente.

—¿Cuál?

—Que vuestra alteza me permitiese quedarme aquí.

—¿Y para qué?

—Para castigar á un insolente.

—Os estimo demasiado, señor Gastón, para permitir que os maten.

—¿Que me maten, señor?

—Si os ponéis delante de don Juan Tenorio sois hombre muerto, y yo os necesito: desistid, pues, de pedir cuenta alguna á don Juan Tenorio, porque saldréis alcanzado, y no podréis pagarle más que con la vida.

—Me ha insultado, señor.

El insulto no puede haber sido grave, por que no os conocía.

—Sí, si señor, sabe que soy camarero de vuestra alteza.

—¡Cómo! también sabía que yo soy el rey de Portugal: sed ingenua, doña Estefanía; ¿habéis sido vos la que habéis revelado á don Juan todo lo que sabe?

—No, no señor—dijo Isabel adelantándose á la respuesta de doña Estefanía.

—Juro á vuestra alteza por la salvación de mi alma—dijo doña Estefanía—, que yo sólo he revelado mi nombre á don Juan.

—Señor Gastón—dijo el rey—; vos estáis á mi lado para verlo todo, para saberlo todo: ¿ha hablado don Juan con alguno de mi servidumbre?

—No señor.

—Entonces hay en este pueblo quien nos conoce.

—Puede bien conocernos doña Juan.

—Nosotros no hemos estado nunca en España y don Juan no ha estado nunca en Portugal.

—Pues entonces, señor, don Juan es brujo, ó tiene hecho pacto con el diablo.

—Puede ser, en fin, no hablemos más de esto, pues nada podemos sacar en claro; si de ello ha de resultar algo, ya resultará. Vosotras, Inés, doña Estefanía, cubrid con vuestros rebocillos, y al coche.

Y don Juan III se puso el antifaz, y salió seguido de las dos damas que iban rebozadas, y de Gastón que se mostraba lúgubramente contrariado.

Algunos minutos después, el coche del rey y el en que habían llegado hasta allí las dos damas, marchaban hacia la frontera de Portugal, seguidos por la servidumbre, y por la escolta á cuya cabeza iba Gastón.

V

Don Juan se quedó solo en la posada, estuvo algún tiempo fuera, entrando en la iglesia por la casa del sacristán, y aquella tarde pagó el gasto, montó á caballo, y partió dejando triste á Eugenia que hubiera querido que don Juan se hubiera quedado para siempre en el pueblo, ó que al menos se la hubiera llevado consigo.

Don Juan tomó el camino de Portugal; pero á las dos leguas dejó el camino y se metió entre unos espesos árboles.

Allí esperó á que cerrase la noche, á que adelantase, á que mediase.

Entonces, montó á caballo, volvió al camino, adelantó hacia el pueblo á galope largo, al llegar á él echó pie á tierra, ató á un árbol su caballo, entró en el pueblo, llegó á la casa del sacristán, y tocó á su puerta.

Inmediatamente se abrió ésta y salió una mujer vestida de negro que entregó á don Juan un pesado talego que contenía al parecer dinero, y se asió á su brazo.

Dos personas se despidieron conmovidas de doña Leonor.

Eran don Pedro y Rui-Pérez.

—Sed feliz—la dijo el cura—; y que Dios os proteja á vos y á vuestro esposo en vuestra empresa.

—Cuidad, señor—dijo la joven—, de la sepultura de mi padre.

—¡Oh! id tranquila, señora—contestó el cura.

—No os olvidéis—dijo Rui-Pérez—, de que durante cinco años he estado guardándoos y sirviéndoos; yo no os olvidaré nunca.

—Yo os llamaré un día á los dos, y tal vez muy pronto. Adiós, amigos míos.

—Adiós—dijeron profundamente conmovidos el cura y el sacristán.

Don Juan Tenorio y Leonor se pusieron en marcha.

El cura los bendijo, y el sacristán se echó á llorar.

Ambos permanecieron en la puerta hasta que don Juan y Leonor doblaron la primera esquina.

—Dios quiera que su loca empresa no los pierda—dijo el cura entrándose.

—¡Ah! me da el corazón que no voy á volverla á ver—dijo el sacristán cerrando la puerta.

A pesar de que la noche era muy clara, los habitantes de Somorinos dormían, las calles estaban completamente desiertas, y nadie pudo ver la salida de Leonor de la casa del sacristán, ni el tránsito desde ella de la joven y de Tenorio hasta la salida del pueblo.

Nadie había visto tampoco el caballo de don Juan.

Tenorio llegó á él, abrió la maleta y metió en ella el talego que le había dado Leonor.

En aquel talego iban quinientos cruzados portugueses de oro, que habían sobrado de los mil con que había llegado á Somorinos, don Luis de Sese, á pesar de los cinco años que había vivido en el pueblo doña Leonor.

Quinientos cruzados de oro, equivalían á cuatro mil duros.

Sabemos que don Juan llevaba consigo cien doblones de á ocho, que equivalían á treinta y dos mil reales.

Esta era toda la hacienda de don Juan y de doña Leonor.

Con esta mezquina cantidad acometían una empresa que podía llamarse temeraria.

Esto es: la de conquistar el trono de Portugal por los derechos que podía tener á él como nieta bastarda del duque de Viseo doña Leonor.

Pero lo que á ambos les faltaba de dinero, les sobraba de corazón.

Don Juan desató su caballo, puso sobre él á doña Leonor, montó, la aseguró con su brazo derecho y emprendió la marcha.

Afortunadamente sólo había que andar tres leguas para llegar á Valencia de Alcántara, sobre la frontera de Portugal, y el caballo de don Juan era fuerte y joven.

Había salido á las dos de Somorinos, y á las cuatro llegaron á Valencia de Alcántara, cuyas puertas estaban cerradas.

Don Juan esperó á que las puertas se abriesen de una venta cercana á la población.

Doña Leonor entró en la venta con el rostro cubierto por el manto.

Al ver la gallardía de Leonor y la hermosura de don Juan, el ventero dijo para sí:

—Esta es una dama que su galán se lleva robada á Portugal. Tal vez se alegren de ello el hermano y el marido.

Y acomodó en un mal cuarto á los dos jóvenes.

Apenas amaneció, don Juan salió de aquel cuarto, le cerró con llave, pidió su caballo, y se fué á Valencia de Alcántara, cuyas puertas se encontró ya abiertas, preguntó por la mejor posada, le encaminaron á ella, y se en-



tabló el siguiente diálogo entre don Juan y el posadero.

—Necesito al momento, y cuesten lo que cuesten, vestidos de hombre que me vengan bien.

—Es muy temprano—dijo el posadero—, y aun no están abiertas las tiendas.

—Pero vos sin duda conoceréis á alguno de esos judíos que empeñan prendas—dijo don Juan.

—Si señor, aquí á la vuelta hay uno á quien acuden todos los galanes á empeñar.

—Pues vamos á despertarle sino se ha levantado—dijo Tenorio—, y sabed que no perderéis el viaje.

El posadero tomó su sombrero y su anguarina, salió don Juan, y le llevó á una casa á cuya puerta llamaron.

Poco después, estaban en una sala baja llena de objetos de todas clases: en una verdadera prendería; en uno de esos almacenes de despojos de la miseria, que han existido siempre, y delante de un hombrecillo de catadura mezquina, miserablemente vestido.

La miseria y la avaricia estaban pintadas en el repugnante rostro de aquel hombre, que tenía calado hasta las cejas un gorro de lana azul.

—Señor Nicanor—dijo el posadero—; este hidalgo necesita buenos vestidos, y espero que le serviréis bien.

—¿Cuántos y de qué clase quiere vuesa merced, caballero?—dijo el señor Nicanor—; aquí tengo yo de todo, desde lo más rico hasta lo más humilde.

—Si tuvierais un traje de camino como el que llevo puesto, me vendría bien.

No se habían pasado cinco minutos, cuando ya don Juan tenía delante de sí media docena de vestidos aceptables.

Eligió uno, y pidió media docena de camisas y de calzas interiores.

—De eso no tengo yo; pero os enviaré donde encontréis nuevo y rico—dijo el señor Nicanor.

—Pero tendréis sombreros.

—También os enviaré adonde os sirvan al punto.

—¿Y armas, tenéis?

—¡Oh! de eso cuanto queráis.

—Traedme acá una buena espada, una buena daga con sus correspondientes tirantes y un par de pistoletas.

Don Juan tuvo al momento aquellas armas, que por excelentes no pudieron menos de satisfacerle.

Pero el señor Nicanor pidió por todo ello, doble de lo que valía.

Don Juan no había comprado nunca, era muy mal comprador, y dió lo que le pidieron.

—Que lleven eso á vuestra posada—dijo Tenorio á su acompañante—, y vamos en busca de lo que aun nos hace falta.

—¿Queréis un hermoso reloj de oro, caballero?—dijo el señor Nicanor.

—No—dijo don Juan Tenorio—; quiero dos.

El señor Nicanor abrió un arcón, y sacó asídos por las cadenas dos relojes de oro, cada uno de los cuales era una bola.

Don Juan dió por aquellos relojes dos veces más de lo que valían.

A seguida salió con el posadero, y se proveyó de botas de montar y espuelas, guantes y ropa blanca, que fueron llevados á la posada.

—Ahora—dijo don Juan—, necesito un caballo bueno y joven, con montura española y pistolerías. Cuidado donde me lleváis que no quiero perder tiempo, y á mí, tratándose de caballos, no se me puede meter gato por liebre.

El posadero llevó á don Juan á casa de un soldado viejo, que vendió á Tenorio un magnífico caballo tordo con cabos negros, de seis años y con ocho dedos, y ensillado como don Juan le quería.

Don Juan montó, probó el caballo, quedó satisfecho de él, y en él se fué á la posada.

El soldado viejo se quedó admirado de lo buen jinete que era don Juan.

A las siete de la mañana, don Juan volvió á la venta donde había dejado á doña Leonor, llevando de la mano el flor de lino que se llamaba «Lagarto», con una abultada maleta, sobre la cual se veían sujetas por las correas una daga y una espada.

Don Juan quitó la maleta á «Lagarto» y entró con ella en el aposento donde estaba doña Leonor.

Una hora después, los dos salieron.

Don Juan llevaba bajo del brazo la maleta, tan abultada como antes.

Doña Leonor estaba completamente vestida de hombre con un hermoso traje de montar, y con los cabellos cortados.

Parecía un caballero joven de diez y seis á diez y ocho años, y ceñía espada y daga.

Aquel traje la sentaba muy bien.

Pero como don Juan, no tenía los cabellos tan cortos como los usaban los nobles de aquel tiempo.

El ventero no dijo una palabra. Sacó los caballos don Juan, puso la maleta sobre «Lagarto», y doña Leonor montó en él como hubiera podido montar un hombre.

Pagó don Juan la cuenta, montó, partieron, y poco tiempo después entraba en Portugal.

¶

Había por aquellos tiempos en la calle del Oro, en Lisboa, una tienda de platero, que era concurridísima por la gente más principal.

El señor Lope de Pereira aparecía todos los días desde las ocho de la mañana, en que abría la tienda, hasta las doce, en que la cerraba para comer, hasta las dos, en que la abría para no cerrarla hasta el obscurecer; aparecía, repetimos, en su tienda detrás de un alto mostrador, que más bien que mostrador era un parapeto de defensa, decentemente vestido de negro, con un traje, siempre de paño, en invierno y en verano, con gran cuello de camisa muy blanco, doblado sobre la ropilla y calado sobre los ojos un sombrero de fieltro negro. Este sombrero no le tenía puesto el señor Lope Pereira, sino cuando estaba solo, ó cuando el que entraba en su tienda no era persona de respeto.

En cuanto alguien, que suponía algo, entraba, Lope Pereira dejaba ver su reluciente calva, y su semblante movido por una servil y respetuosa sonrisa.

El señor Lope Pereira, era hombre como de cincuenta años, de fisonomía vulgar, de mejillas carnosas, ojos hundidos, nariz pequeña y boca grande, que estaba sonriendo siempre.

Parecía, pues, un bendito, y tenía mucha parroquia, porque las cadenas, los dijes y las joyas que vendía eran de oro de ley de muy buena labor y más baratas que en cualquier otra parte.

Los otros plateros, envidiosos sin duda, decían que Lope Pereira vendía más barato de lo que podía venderse, que debía perder en su comercio y que por lo tanto su comercio debía ser un pretexto para encubrir otra profesión menos honrosa y tal vez sujeta al castigo de las leyes.

Pero el señor Lope Pereira, cuando algún amigo oficioso le decía lo que de él murmuraban sus compañeros, se reía cándidamente y decía:

—Son unos bribones: se los come la envidia; dejadlos decir, que harto trabajo tienen.

No faltaba quien observase que algunas damas muy principales que llegaban en silla de manos á la tienda del platero, y muy envueltas en sus mantos, á pesar de los que, se conocía que eran muy hermosas, se pasaban las horas muertas hablando con el platero; ellas de la parte de afuera; él de la parte de dentro del mostrador.

Singularmente se había reparado en una que llegaba en una magnífica silla de manos dorada, con cristales de Venecia en las portezuelas y detrás de los cristales cortinillas de raso blanco, bordadas de oro, pero esta silla de manos que conducían dos lacayos sin librea y que escoltaban dos hombres de los de la gente brava de Lisboa, no tenía escudo de armas, ni señal alguna por donde pudiese venir en conocimiento de quien era la dama que en ella venía á visitar al señor Lope Pereira.

Curiosos hubo que siguieron á esta silla de manos; pero entonces la silla tomó un largo camino, dió grandes rodeos, se metió en la parte antigua de la ciudad, y al llegar á una calleja por donde no podían pasar dos hombres de frente, los perdonavidas que escoltaban á la silla de manos se habían detenido; la silla había desaparecido y los curiosos no se habían atrevido á forzar el paso que les impedían los matones.

Hubo ocasión en que algún caballero, cuya curiosidad se había hecho ya grave, ofreció dinero á aquellos dos hombres.

Pero estos respondieron de muy mala manera, amenazaban con meterlo todo á barato, y fué necesario prescindir de saber quien era la misteriosa dama que era conducida en la dorada silla de manos.

Y había que observar aún, que cuando esta dama entraba en la tienda del señor Lope Pereira, no se quedaba de la parte de afuera del mostrador, sino que se abría la compuerta de éste; la dama pasaba y desaparecía con el platero por la puerta de la trastienda que se cerraba tras ella.

Entonces sucedía otra cosa; al poco espacio la puerta de la trastienda volvía á abrirse y aparecía una joven como de diez y ocho años, blanca, rubia, hermosa, con ardientes ojos azules y largas, espesas y curvas pestañas que aumentaban con su sombra la fuerza de su mirada. Vestía bien, como las mujeres ricas de la clase media; era esbelta y de una gran morbidez de formas, y sólo aparecía en la tienda cuando el platero la dejaba para atender á la señora de la silla de manos dorada.

Nadie sabía qué clase de parentesco enlazaba á aquella hermosa y tentadora joven con el platero.

Unos decían que era su hija; otros que su sobrina; quién que su ama de gobierno, y los más procaces, los que peor pensaban, que su querida.

Sin embargo, tenía tal perfume virginal la muchacha, que á pesar de que era coqueta y áficionada á que la mirasen, sólo los escépticos, los hombres faltos de fe en la virtud de la mujer creían que era la manceba del platero.

Acontecía, que apenas la joven se sentaba tras el mostrador, de la platería de enfrente salía un hombre hermoso, pálido, altivo, que atravesaba lentamente la calle, entraba en la tienda, se acercaba al mostrador, se apoyaba en él, y antes de hablarla envolvía en su mirada poderosa á la joven, que sonreía; pero poniéndose pálida y estremeciéndose.

Cualquiera hubiera creído que el caballero y la joven hablaban de amores.

Nada de eso.

Don Juan Tenorio, que éste era el caballero, decía á Gabriela, que así se llamaba la joven:

—¿Podéis darme alguna noticia?

—Ninguna, señor—contestaba Gabriela.

—Pues adiós—decía don Juan Tenorio—; vigilad.

Y salía, atravesaba lentamente la calle, durante lo cual Gabriela le devoraba con la mirada, y se metía en la tienda de enfrente.

La dama que estaba dentro con el platero, tardaba en volver á caer, á lo menos de horas, y se metía en la silla de manos que al momento se ponía en marcha.

Un día del mes de Julio, tres meses después de la llegada de don Juan Tenorio y de Isabel á Lisboa, la silla de manos dorada paró á las diez de la mañana á la puerta de la tienda del señor Lope Pereira, y la dama de siempre, envuelta en un manto de seda negro, entró.

Lope Pereira se apresuró á abrir la trampilla del mostrador; pasó la dama y el platero abrió la puerta de la trastienda, y tras la dama, desapareció cerrando la puerta.

Un momento después apareció Gabriela.

Inmediatamente don Juan Tenorio salió de la que le servía de acechadero, y entró en la del señor Lope Pereira.

Debemos advertir que éste no sabía que era acechado. Don Juan entraba en la casa de la tienda situada frente á la del platero, por un postigo que correspondía á otra calle y acechaba oculto, ó por mejor decir, el vecino de Lope Pereira, que le tenía ganas, le avisaba de que Gabriela estaba en el mostrador, porque creía que con esto hacía daño á su vecino.

Como don Juan Tenorio permanecía siempre muy poco al lado de Gabriela, y cuando más un cuarto de hora, Lope Pereira que tardaba mucho más en salir, no había podido nunca sorprender una conversación entre Gabriela y don Juan.

Los vecinos no le avisaban, porque perjudicados en sus ventas por lo barato que vendía Lope Pereira, le tenían ganas, y dejaban que Gabriela le jugase una mala pasada, fuesen las que quisiesen las relaciones que existían entre Gabriela y el platero.

—¿Tenéis algo que decirme, hermosa?—dijo don Juan aquel día á Gabriela, después de haberla aturrido con su candente y audaz mirada.

—Sí tengo que deciros—contestó Gabriela son-

riendo dolorosamente—; en cambio, vos, señor caballero, nunca tenéis nada que decirme.

—¿Y qué os he de decir yo?

—Qué se yo; vos sabréis lo que podríais decirme.

—¿Qué quisierais vos que yo os dijese?

—¡Yo! ¿pues qué, acaso me he tomado yo el trabajo de preguntarme á sí misma si quiero algo?

—Tenéis la altivez de todas las mujeres que saben que merecen mucho. Pero veamos, ¿qué tenéis que decirme vos?

—Anoche á las diez salió Lope Pereira armado con un broquel y una espada, y no ha vuelto hasta el amanecer.

—¡Ah! ¿conque el señor Lope Pereira es hombre de espada y broquel? pues nadie lo diría.

—Como nadie dice lo que verdaderamente es Lope Pereira.

Gabriela hablaba á don Juan con la lisura y la franqueza con que habla una mujer al hombre á quien ama y de quien desea ser amada.

—¿Conque estuvo fuera de casa toda la noche—dijo don Juan—, el señor Lope Pereira? ¿Y adónde fué?

—Nunca me dice donde va, ni de donde viene; pero puedo deciros algo que os alegrará. Tengo una carta que he encontrado en la ropilla que se dejó el señor Lope Pereira cuando se mudó para salir: en esa carta se habla de vos, don Juan y yo me alegro de que por un descuido el señor Lope Pereira se haya dejado olvidada esta carta en la ropilla que se quitó.

Y mostró una carta que sacó de su seno, á don Juan, y se la dió.

—¡Huele á ángeles!—dijo don Juan—, ó por mejor decir, á la hermosura del sitio donde ha estado escondida; nuestra madre Eva no pudo oler mejor.

Gabriela bajó los ojos y se sonrió.

—¿Conque vos registráis la ropilla al señor Lope Pereira cuando sale?—dijo don Juan que continuaba oliendo la carta.

—Eso lo hacen todas las mujeres—dijo Gabriela levantando su mirada y posándola dilatada y lúcida en los ojos de don Juan, que la sonreía de una manera deliciosa.

—Y bien—dijo Tenorio—¿no ha echado de menos el señor Lope Pereira, esta carta?

—Ha buscado y ha rebuscado mucho; ha abierto y cerrado cajones, pero nada me ha dicho: Leed, leed esa carta, don Juan, que os importa y os avisa para que no andéis descuidado.

Don Juan desdobló con indiferencia la carta y leyó lo siguiente:

«Lope Pereira: don Juan va á jugar todas las noches á la «Hostería de la Corona»; pero va disfrazado y cubierto el rostro con un an-

tifaz, porque como es tan gran caballero no quiere que sepan que juego, y á jugar le obliga el haberse quedado pobre por haber dado todos sus bienes á un hospital, del cual es fundador. Yo, para que don Juan se aficiona á ir á la hostería, y esté en ella descuidado, he enviado á ella cuatro hombres durante cuatro noches, con los bolsillos llenos de oro, que han jugado á perder, para que los gane don Juan, y crea que es buena suerte suya lo que es una industria mía; pero se me ha acabado el dinero que tengo en casa y necesito, para que esta noche los gane don Juan, dos mil ducados en oro. Id vos disfrazado también y perdellos, que yo os pagaré mañana lo que perdáis.» Como el que pierde tiene derecho á tratar con cierta intimidad al que le gana, después que hayáis perdido, convidad á don Juan á una de esas diversiones en que los hombres pierden la cabeza, y que debéis tener preparada.

«Cuando don Juan no sepa donde está, ni lo que se hace, apoderaos de él con gente que debéis tener preparada; encerradle en una silla de manos y llevadle adonde sabéis.

«Este servicio se os pagará admirablemente. Os importa mucho llevarle á cabo. Hacedlo.»

Esta carta no tenía más firma que tres pequeñas cruces, determinando un ángulo, cuyo vértice estaba para arriba.

—¡Magnífico!—dijo don Juan guardando la carta—; tanto os interesáis por mí, amiga Gabriela, que será al fin necesario que yo os diga algo; pero decidme antes; ¿qué sois vos de Lope Pereira, que tan poco os importa comprometerle en un lance conmigo?

—Yo soy—dijo Gabriela—desde que puedo recordar, una miserable esclava de Lope Pereira.

—¿Esclava por completo? — dijo don Juan.

—¡Ah, no!—contestó Gabriela—; soy su criada, su cocinera, la que sufre todos sus caprichos, todas sus impertinencias, todo su mal humor y todos sus malos tratamientos. Nunca he salido de esta casa sino para ir á misa: aquí se me ha enseñado, por una vieja que ya murió, y á la cual se debió llevar el diablo, arreglar una casa: aquí un domine me enseñó á leer, escribir y contar, y un clérigo viejo, un maestro de capilla, á tocar la guitarra y á cantar, porque el señor Lope Pereira quiere que le distraigan.

—Sois, pues, semejante á la esclava de un pirata musulmán.

—Por lo mismo, aborrezco á Lope Pereira, cuando os vi la primera vez y me hablasteis, y algunos días después me díjisteis que necesitabais saber si el señor Lope Pereira se ocupaba de vos, me presté completamente á ello; ya sabéis que me ofrecisteis regalarme y que yo os dije que yo no quería de vos regalos.

—Bastante me regaláis con sonreírme y mirarme conforme me estáis mirando.

—¿Sí? Bastante os importará á vos el que yo os mire de esta ó de la otra manera; ¡Ved ahí! estoy segura de que os interesa la dama que está ahora mismo encerrada con Lope Pereira.

—Me interesa saber si es la que yo creo y vos no me habéis dado noticia.

—No se la ve jamás el rostro, ni aun dentro de casa; porque cuando se abre el manto, cubre su rostro un antifaz. Debe interesaros mucho esa dama.

—Os diré; si es la que yo creo, tengo contra ella un empeño.

—¿Y no sabéis si es la dama contra quien estáis empeñado ó no, la que viene con tanta frecuencia á hablar á solas con Lope Pereira?

—No tengo más que una sospecha: oid. Necesitaba yo una cadena de oro, y hablando de ello, me dijeron que el mejor platero de Lisboa era Lope Pereira. Vine, compré á mi satisfacción la cadena; y al salir vi que paraba delante de la tienda una silla de manos dorada, y que salía de ella una dama que por su apostura parecía hermosa; al pasar junto á mí la vi sólo un ojo, á través del candil del manto; un ojo que se fijó en mí de una manera provocadora; y por aquella media mirada y por el movimiento de cabeza que la acompañó, creí fuese una dama con la cual tengo yo empeñada una grave partida que no es ciertamente de amor.

—¿Y qué me importa á mí que sea ó no de amor vuestro empeño con esa señora?—dijo Gabriela desmintiendo sus palabras con una ardiente y triste mirada.

—Pero como podía equivocarme—continuó don Juan—, me propuse valirme de vos para salir de dudas. Vos no habéis podido sacarme de ellas, y de ellas voy á salir hoy. Esta carta, que me habéis dado, y por la que os estoy vivamente agradecido, me autoriza para todo. Adiós, Gabriela, ya nos volveremos á ver; vivid muy tranquila, porque os protejo yo.

—Muchas gracias, y hasta la vista, don Juan.

Tenorio salió de la tienda, y atravesando la calle se metió en la tienda de enfrente y desapareció en su fondo.

Gabriela se quedó triste, abatida y profundamente conmovida.

Indudablemente, tenía la desgracia de estar enamorada de don Juan.

Penetremos ahora por el mismo lugar por donde han penetrado en la casa Lope Pereira y la misteriosa dama.

Encontraremos un aposento bajo muy obscuro, y por una puerta llegaremos á un cenador de un pequeño patio, al fin del cual hay una puerta cerrada por dentro.

Abriendo aquella puerta encontraremos una escalera muy estrecha y muy oscura que se

tuere en tramos de cuatro escalones; la seguiremos; dejaremos á la derecha la puerta por donde se entra al primer piso, y en lo alto de la escalera, que no pasa del segundo piso, encontraremos otra puerta cerrada; pasando de la cual recorreremos una galería estrecha que da sobre el patio y sobre los tejados vecinos, y á su fin, después de otra puerta, también cerrada, nos hallaremos en un retrete cuadrado, con ventanas en tres de sus frentes, desde las cuales se ven la extensa Lisboa, con sus innumerables jardines y sus grandes edificios monumentales, y el inmenso Océano.

Este retrete, de gusto plateresco, es bellissimo; parece formar parte de un palacio. La alfombra, la tapicería, el friso dorado, el techo pintado, representando una alegoría mitológica, Dafne huyendo de Apolo y convirtiéndose en laurel; y por último, los muebles dorados, forrados de seda azul, todo es bello, rico, armónico, del mejor gusto.

Allí fué donde condujo Lope Pereira, á la dama de la dorada silla de manos.

En efecto, como había dicho Gabriela, esta dama tenía puesto un cumplido antifaz, y no podía ni aun juzgarse de si era blanca ó morena, porque llevaba las manos con guantes. Vestía un traje azul de seda con ligeros bordados de oro, y sobre el traje un manto de seda negra.

—¿Conque es decir—exclamó con irritación—, que para nada servís? Toda la noche he estado esperando en balde; ya sabéis que yo no puedo perderos, Lope Pereira: ¿por qué no habéis llevado á don Juan adonde os dije?

—Don Juan, señora—contestó friamente Lope Pereira—, es un hombre á quien no se echa el guante tan fácilmente: gana, y gana sin alegrarse ni aturdirse, aunque vea delante de sí un monte de oro; bebe sin embriagarse, y riñe como un león.

—¿Qué sucedió anoche?

—En una hora me ganó, por su suerte, tres mil ducados en oro que llevaba conmigo: le propuse que con algunos amigos fuésemos á pasar alegremente la noche, y accedió: le envolvimos en una verdadera bacanal, y no logramos que se quitase el antifaz. Uno de los que iban conmigo, le dijo:

—¿Sabéis lo que por ahí se dice?

—Si merece la pena de saberlo—contestó don Juan—, decidlo.

—Pues se dice que anda por Lisboa un miserable que se ha venido huyendo de España donde le habían encerrado en un convento, un libertino, un matón, un perdonavidas cobarde, que se llama don Juan Tenorio.

—¿Y qué contestó don Juan?—preguntó la dama con ansiedad—¿no mató á aquel hombre que le había dejado oír tales palabras?

—Don Juan—respondió Lope Pereira—soló la carcajada y dijo:

—¿Por qué me contáis á mí eso? ¿qué me

importa á mí de don Juan Tenorio? Yo creí que se trataba de otra cosa; dejad á ese que se divierta ó que bufe: tanto me da.

—¡Parece imposible—dijo la dama—que haya sufrido tal ultraje!

—Pues le ha sufrido de tal modo, que no hay quien haga creer á mis amigos, que el desconocido del antifaz era don Juan Tenorio.

—Pero, en fin... en fin...

—En fin, viendo que aquella provocación no bastaba; que no se embriagaba por más que bebía, que la hermosura de las mujeres que allí estaban no le excitaba, otro de los míos le dijo que era nesario se quitase el antifaz y se diese á conocer.

—Con antifaz entré entre vosotros, y con antifaz saldré: tengo hecho voto de no mostrar el semblante.

—Y ese voto, ¿es de los que no pueden romperse?—dijo el que le provocaba.

—No, porque me lo he hecho yo á mí mismo—dijo don Juan.

—Pues para votos como ese—dijo el otro—, me basta á mí con arrancar el antifaz sin ceremonia al que es tan mal criado ó tiene tanto que tapar que no se quiere descubrir.

—Yo no sé cómo rodó el que esto había dicho, cuando se acercó á don Juan con intención marcada de desenmascararle. Esto fué la señal de un combate; se desenvainaron todas las espadas, se apagaron todas las luces, y salimos todos revueltos á la calle. ¿Sabéis lo qué sucedió? En la calle quedó un hombre muerto; tres ó cuatro malamente heridos, y don Juan desapareció.

—¿Y quién ha sido el muerto?—dijo con acento opaco la dama.

—Ved ahí, señora, y qué casualidad — dijo Lope Pereira—, el que se quedó en la calle con una estocada en el corazón, fué el mismo que llamó á don Juan miserable y perdonavidas.

—Ha hecho bien don Juan en matarle — dijo con energía la dama—; porque el que así se atreve á insultar á un caballero, debe morir.

—El pobre Inigo de Aponte lo hizo sólo por obligar á don Juan á que se descubriese.

—Que no vuelva á suceder—dijo la dama—: no quiero comprometer á don Juan en lances que le obliguen á matar á un hombre y á encontrarse bajo la vara de la justicia.

—Inigo de Aponte ha amanecido muerto en la calle sin que nadie sepa quien le ha muerto; los heridos están curándose en su casa; yo tengo una estocada corta en un hombro que me molesta mucho; pero afortunadamente no tengo que hacer cama.

—¡Ah, don Juan, don Juan, y cuán caro cuestas!—dijo la dama como hablando consigo misma.

—Don Juan es durillo de coer—dijo Lope Pereira—, y yo me atrevo á aconsejaros, que para traerle á vuestro propósito uséis de medios más suaves; porque esto de echar mano á don

Juan, es tan difícil, que raya en lo temerario; ya sabéis que yo, así, sin que nadie lo conozca ni lo crea, soy hombre duro y un buen esgrimidor de espada; pues bien, yo os declaro que don Juan debe tener á su lado cuando riñe un ángel ó un demonio: seis hombres bravos estuvimos anoche sobre él, irritados ya y resueltos á matarle, y se nos fué de entre las manos, dejando á uno muerto y señalados á los otros; hombre hay que tiene que rascar para un mes; y si esto sigue así, dentro de poco no habrá en Lisboa quien se atreva á hablar con don Juan Tenorio, sino humildemente y con el sombrero en la mano.

—No sabía yo que era tan hombre don Juan Tenorio — dijo la dama con un apasionado orgullo.

—Es muy posible que esto os enamore más y más de él, y que os exponga á que el rey se aperciba.

—¿Y quién os ha dicho—contestó con desdén la dama—que yo esté enamorada de don Juan ni de nadie?

—Lo parece á lo menos, y vos os encontráis en una situación en que debéis ser muy prudente; tenéis pocos años, y es de mi deber aconsejaros.

—Guardad vuestros consejos para cuando os los pidan, señor Lope Pereira. Vamos ahora á nuestras cuentas. ¿Qué perdisteis anoche?

—Dos mil ducados, y cerca de una libra de sangre.

—¿Y en cuánto estimáis esa libra de sangre, señor Lope Pereira?

—En lo que vos la estiméis, señora.

—Ya os dije que se me había acabado el dinero; pero aquí tenéis unas cuantas alhajas ricas; vos que sois platero, tasadlas y ved las que bastan para pagaros; por la mala noche, por la libra de sangre y porque sin duda ha puesto ya sobre vos el ojo don Juan, pongo mil ducados: ¿estáis contento?

—Sí, sí señora.

—Tomad las joyas que os parezca—dijo presentándoselas en las dos manos la dama.

—Vos me pagaréis, señora, cuando hagáis dinero.

—No, no; concluyo con vos, y no quiero concluir empeñada.

—¿Que concluíis conmigo? bien; cuando volváis á necesitarlo, que creo será pronto, me encontraréis, y entonces ajustaremos cuentas.

—Os mando que toméis en estas joyas lo que os debo—dijo con una gran energía la dama.

—Pues bien, me he propuesto obedeceros en todo, y os obedezco: esta cadena de diamantes vale cuatro mil ducados, me debéis tres mil, tengo que devolveros mil; voy á traerlos en oro.

—Bien; me gusta la exactitud en las cuentas, id y volved pronto.

Lope Pereira salió.

La dama que era excesivamente gallarda, se dirigió á una de las ventanas, y lanzó su mirada al mar.

Más allá del bosque de mástiles del puerto, á la entrada de la bahía, se balanceaba magnífica una galera real de dos bandas.

En el tope de aquella galera, se gallardeaba entregada al viento la bandera española.

—Hace un mes—dijo la dama—que aquel bastimento apareció en las aguas de Lisboa, y desde entonces permanece allí sin entrar en el puerto, sin moverse sino cuando la mar la obliga. Don Juan dicen que es muy querido del emperador don Carlos. ¿Tendrá que ver algo aquella galera española de rey con don Juan?

La dama guardó silencio, pero continuó con la mirada fija en el lejano buque.

—Aquí están los mil ducados, señora—dijo á espaldas de la dama Lope Pereira.

La dama se volvió y tomó un bolsillito de seda azul, recamado de lentejuelas de oro, que la dió Lope Pereira, y le guardó en su limonera, donde había guardado el resto de las joyas, que eran muy ricas.

—Salgamos—dijo la dama.

Lope Pereira echó delante, le siguió la dama, bajaron, salió la dama de la tienda, entró en la silla de manos, los lacayos cargaron con ella y se alejaron, y detrás, á cierta distancia, siguieron los dos matones que escoltaban de continuo la silla.

Ponerse ésta en marcha y salir de la tienda de enfrente don Juan Tenorio en seguimiento de la silla, fué cosa de un momento.

—¡Ah!—exclamó Lope Pereira viendo á don Juan Tenorio—te vas detrás de ella, pues bien; yo me iré detrás de ti. Pronto, Gabriela, mi capa, mi broquel, mi espada y un pistolete.

Gabriela entró, y tardó de intento más de lo que debía.

Lope Pereira se había salido, á la puerta de la tienda, y no quitaba ojo de la silla de manos que se alejaba á lo largo de la calle del Oro.

—Aquí tenéis esto—dijo Gabriela.

Lope Pereira entró en la trastienda, se ciñó la espada, se enganchó por delante en el cinturón el broquel y por detrás el pistolete, y mientras tanto dijo á Gabriela:

—Cierra la tienda y no abras á nadie hasta que yo vuelva.

Se puso la capa, porque en aquellos tiempos las gentes andaban con capas aun en el verano, salió, y se fué en seguimiento de don Juan, que á su vez seguía á los dos bravos que escoltaban la silla de manos.

VII

Don Juan iba gallardamente vestido. Llevaba un sombrero birrete con pluma blan

ca y toca de oro de terciopelo rojo obscurísimo, casi negro; cuello rizado; ropilla de raja de Florencia negra, acuchillada de raso blanco y tomadas de oro las cuchilladas; capotillo negro de seda; gregüescos acuchillados y zapatos acuchillados también, en juego con la ropilla; calzas atacadas de seda del mismo color del birrete; espada con empuñadura de reja de hierro cincelado con incrustaciones de oro; puñal del mismo género, en un cinturón bordado, y las hermosas y blancas manos sin guantes, mostrando en el dedo del corazón de la mano izquierda un anillo con un grueso brillante.

Llevaba además al cuello una pesada cadena de oro.

Don Juan mostraba los cabellos muy cortos, á la moda de Carlos V.

Por su altivo continente, por su gallardía y por la bellísima pureza de sus formas, don Juan era una magnífica figura, de la que se desprendían al par la majestad, la fuerza, el valor, la belleza.

Las damas le miraban con extravío; los hombres con respeto, y aun con miedo.

Como de costumbre, en cuanto los dos valientes que escoltaban la silla de manos vieron que ésta era seguida, avisaron á los lacayos que la conducían para que avivasen el paso, ganasen la parte vieja de la ciudad y se perdiesen en el intrincado laberinto de sus callejuelas.

Los lacayos apretaron el paso, y asimismo los temerones de la escolta.

—Pues trabajo os mando—dijo don Juan—; en llegando á lo estrecho y á lo solitario, ya nos veremos.

Y apretó también el paso.

Lope Pereira seguía á don Juan de esquina en esquina como un zorro, y don Juan no le veía, porque don Juan nunca miraba atrás.

Media hora á lo menos tardaron en llegar á la parte antigua de la ciudad, y como iban de prisa y la dama era buena moza, y no muy ligera la rica silla de manos, los pobres lacayos que la llevaban iban sudando á chorros y con un palmo de lengua de fuera.

—Señor Valentín de Astromonte—dijo el lacayo de atrás á uno de los de la escolta.—: como no cortéis pronto el paso á quien nos sigue, nosotros no podemos más, porque vamos reventados.

—Alto, Gómez Leyva—dijo Valentín de Astromonte á su compañero—; seguid vosotros.

La silla de manos siguió lentamente; porque, en efecto, los lacayos iban muy cansados, y Valentín de Astromonte y Gómez Leyva, se detuvieron y dieron frente á don Juan que se acercaba.

Estaban en la calle de San Antonio, que era

estrecha como una cerbatana, torcida como el alma de un usurero, y solitaria como un desierto.

Apenas cabía por ella la silla de manos; de modo que al detenerse Leyva y Astromonte, la interceptaron.

Don Juan se acercaba.

En sus ojos brillaba una expresión semejante á la de los ojos de un gato que ve un ratón.

Allá, por detrás de una esquina, asomó el colorado y mofletudo semblante de Lope Pereira.

Don Juan se detuvo á cuatro pasos de los dos valientes que le miraban con descaro.

—Supongo, mis buenos tunantes—dijo reposadamente don Juan—, que no os habréis propuesto que esta calle no tenga salida.

—Pues dadla por atacada—dijo Astromonte— y volveos atrás.

—Si estuviéramos en Diciembre—dijo don Juan—comprendería el que quisierais que yo os metiera en calor con una paliza; pero en Julio y con el sol que hace, os va á sentar muy mal.

Ea, quitaos pronto de en medio, que se me va la silla y no me conviene que se me vaya.

Leyva y Astromonte tiraron de las espadas, que eran descomunales, y acometieron á don Juan con tal violencia, que á no saltar pronto atrás, le alcanzan con dos estocadas.

Don Juan desenvainó, y en tres segundos las espadas saltaron de las manos de los matones.

Después cayó sobre ellos una lluvia tal de cintarazos, tan ásperos y tan rápidos, que á los tres segundos, los dos valientes dieron á correr como si les hubieran nacido alas en los talones, dejando sobre el campo las dos espadas.

Don Juan envainó la suya y se lanzó rápidamente á buscar la silla de manos que se le había perdido.

Poco después llegó al sitio del suceso Lope Pereira, recogió flemáticamente las espadas y se las metió debajo de la capa, desapareciendo á buen paso por donde había desaparecido don Juan.

Tenorio había alcanzado al fin la silla de manos.

Esta se había detenido en una estrecha plazuela irregular, á la que sólo daban las tapias de algunos huertos, y sobre la que se desplegaba un sol insoportable.

Los lacayos no podían ya con su alma, y se enjugaban, jadeando, el sudor.

Don Juan llegó á ellos, y les dijo:

—Os vais á largar inmediatamente.

—Si nos vamos—dijo respetuosamente uno de los lacayos quitándose el sombrero—, nos va á suceder una desgracia.

—Que será indudablemente menor que la que os va á suceder sino os vais; pero ponte el sombrero, hombre, que te va á dar un tabardillo, y toma para que refresquéis tú y tu compañero.

—Pero nosotros no estorbamos, señor—dijo el lacayo, tomando el cruzado de plata que le daba don Juan.

—¡Idos, ó vive Dios que os quito del mundo!—dijo don Juan echando mano á su espada.

Los dos lacayos se fueron.

La silla de manos se quedó en medio de la plazuela; pero no se abrió.

Don Juan no llegó á ella: se cubrió con la estrecha sombra de una tapia, y esperó.

El semblante de Lope Pereira asomó por mitad, y sin sombrero, en una esquina del fondo de una de las boca-calles.

Don Juan se paseaba como un centinela.

—Malo—dijo Lope Pereira—: cuando don Juan no abre la silla de manos, es que piensa hacer alguna diablura; y puede ser, vive Dios, que ella se alegre de esto: ese hombre es un diablo, y si no hiciera tanto calor, me divertiría lo que está sucediendo: esto se enreda. Buena cara va á poner el señor don Juan III cuando llegue á su noticia esta barrabasada de don Juan Tenorio.

Descuidose un poco Lope Pereira, sacó algo más la cabeza y don Juan Tenorio le vió y se fué para él.

Lope Pereira se retiró vivamente, y dió á correr, diciendo para sí:

—Ni estoy de humor de llevar palos, ni me expongo á que no se contente hoy con sacarme una libra de sangre: si la perla del rey se pierde, que la busquen: yo no he visto nada. Cuando don Juan Tenorio llegó á la esquina, ya había desaparecido Lope Pereira.

La silla de manos continuaba cerrada como si no estuviese nadie dentro de ella.

Dieron á poco las doce, y pasó un albañil.

—¡Eh! ¡buen hombre!—le dijo don Juan—¿queréis buscar un compañero para conducir aquella silla de manos?

El albañil miró con extrañeza la silla abandonada, y dijo:

—¿Por qué no? ¿á qué estamos los pobres sino á ganarnos lo que podamos? Detrás viene un compañero mío.

—Es que os necesito no sé cuánto tiempo—dijo don Juan.

—Si nos pagáis bien, no hay inconveniente; pero os advierto, señor, que si faltamos esta tarde á la obra de la iglesia que estamos labrando, nos despedirán.

Don Juan puso en las manos de aquel hombre un cruzado de oro.

—Hasta la fin del mundo iré yo con vos—

dijo el albañil, que por la primera vez de su vida poseía un cruzado de oro—¿Esto será para mí solo, señor, no es verdad?

—Sí, daré otro á tu compañero.

—Ved allí por donde asoma: le dejé atrás porque á mí me importaba ir algo más de prisa; ¿pero cómo es que se ha quedado sin lacayos esa hermosa silla?

—Eso no te importa—dijo don Juan mirando fijamente al albañil que se apresuró á contestar.

—Tenéis razón, señor; perdonad; á mí nada me importa eso. Oye tú, Núñez—añadió dirigiéndose al otro albañil que se acercaba—: ha caído qué hacer: este caballero me ha dado un cruzado de oro, y á ti te dará otro, porque llevamos aquella silla adonde nos mande.

—Toma—dijo don Juan dando al otro albañil otro cruzado.

—Pues andando, aunque nos despidan de la obra.

Don Juan se acercó á la silla, seguido de los albañiles que se pusieron sobre los hombros los correones y asieron las varas levantando la silla.

—¿Y adónde, señor?—dijo el primero que había hablado con don Juan que se había colocado delante.

—Fuera de la ciudad, por el camino más corto—dijo en alta voz don Juan, por ver si daba señales de sí la dama que iba dentro de la silla.

Pero ésta permaneció cerrada y marchando ya.

—No, pues va dentro—dijo don Juan—: no ha salido de ella mientras que la perdí de vista; pesa demasiado; ¿cual de las dos será, ó sino será ninguna de ellas? Lo veremos.

Y siguió marchando tras la silla y sudando, porque hacía un calor horrible.

Un cuarto de hora después, los albañiles salían por un arrabal de Lisboa al campo, y marchaban entre amenas huertas, acompañados de don Juan.

Las pocas personas que habían encontrado en el tránsito habían mirado con extrañeza aquella riquísima silla de manos conducida, no por lacayos, que esto no hubiera tenido nada de singular, por dos albañiles.

Pero todos habían pasado sin atreverse á inquirir en qué consistía aquella singularidad que tenía todas las apariencias de una aventura, de esas con las que tiene derecho á entrometerse la justicia.

El aspecto de don Juan les había hecho pasar de largo.

Don Juan, al poco espacio de estar en el camino, mandó á los albañiles que se metiesen entre unos árboles, y cuando estuvieron allí, que pusiesen la silla de manos á la sombra y descansasen.

Los albañiles dejaron la silla y se sentaron.

Don Juan se tendió á la sombra del un árbol, y la silla permaneció cerrada.

Era necesaria toda la calma de don Juan para seguir de tal modo aquella aventura.

VIII

Pero la dama no pudo resistir por más tiempo. Había visto por entre las cortinillas que don Juan con la mayor sangre fría del mundo se había tendido á descansar reposadamente.

Nadie había.

Estaban completamente rodeados de árboles, bajo una fresca sombra sobre un terreno cubierto de hierba, por medio del cual corría un ruidoso arroyo.

La dama se moría de sed; y de una sed doble, sed del cuerpo y sed del alma.

Su sed del alma consistía en que ignoraba lo que ignoraba temer del terrible don Juan.

Por otra parte, su sed del cuerpo secaba su boca y ponía ávidos sus labios.

Era en cierto modo una plaza sitiada que no podía ya defenderse por más tiempo.

La dama no veía á los albañiles, lo que demostraba que estaban al otro lado de la silla.

La dama miró por entre la cortina de la otra portezuela.

Los albañiles, rendidos por el trabajo y por la fatiga de media hora de marcha con la silla de manos, se habían dormido profundamente.

La dama alentó una esperanza dudosa.

La que don Juan se hubiese dormido también, y pudiese escapar.

Miró con ansia por la otra portezuela.

Su esperanza se desvaneció.

Don Juan apoyaba la cabeza en una mano, miraba con sus dos grandes ojos negros completamente abiertos á la silla de manos.

La dama no podía salir de ella sin ser vista por don Juan.

La doble sed que aquejaba á la dama, se la hacía á cada momento más insoportable.

Abrió, pues, la portezuela, y don Juan se puso de pie y se acercó.

—¡Gracias á Dios!—dijo—; yo había resuelto no hablaros ni aun veros, hasta que vos os dieseis á luz.

—Señor don Juan, vos os atrevéis á todo—dijo con irritación la dama.

—¡Cómo! ¿me conocéis, señora?—dijo don Juan.

—Sí, como vos me conocéis á mí.

—Pues ignoro quien sois.

—Nada tiene de extraño, porque la cólera altera mi voz. Despedid á esos hombres, don Juan, quedémonos solos; pero pronto; necesito salir cuanto antes de aquí, me estoy ahogando.

Y la dama cerró la portezuela.

Don Juan se acercó á los albañiles, los despertó y dijo:

—Podéis iros; ya no me hacéis falta.

—Muchas gracias, señor—dijeron los albañiles. Y se alejaron.

Don Juan los vió salir al camino por entre los árboles.

Entonces fué á la silla de manos y tocó al cristal de una de sus portezuelas.

Aquella portezuela se abrió.

—Podéis salir cuando queráis, señora—dijo don Juan—, pero os advierto que nos acompaña mi honor.

—Y mi dignidad y mi valentía—dijo la dama saliendo.

—Me parece que os conozco ya, porque me habláis con menos cólera.

—Pues acabadme de reconocer—dijo la dama quitándose el antifaz.

—¡Isabel!—exclamó don Juan retrocediendo—; pues mirad; me alegro en el alma de que seáis vos y no doña Estefanía.

—¡Ah! ¡maldiga Dios á doña Estefanía! ella tiene la culpa de lo que me sucede.

—¿Y qué os sucede que sea desesperado?—dijo don Juan.

—Dejadme, dejadme beber agua; me estoy abrasando.

—¿Y cómo vais á beber, señora?

—Con la mano, de cualquier manera—dijo Isabel con impaciencia acercándose al arroyo.

—Tenéis las manos demasiado pequeñas, amor mío—dijo Tenorio—; con lo que en ellas cabe, apenas puede beber un pájaro; dejad que mis manos os sirvan de vaso.

—Tanto me da—dijo con desdén doña Isabel.

Don Juan juntó sus dos manos, haciendo con ellas un hueco, llenó aquel hueco de agua, y la ofreció á los sedientos labios de la joven, que bebió con ansia.

—¿No teméis beber en esa agua algo de mi esencia?—dijo don Juan.

—Nada temo de vos—dijo doña Isabel mirando intensamente á don Juan y limpiándose la boca con un rico pañuelo de Cambay.

—¿Queréis más agua?—la preguntó don Juan.

—No, lo que quiero es que me digáis por qué habéis hecho lo que me tiene, por decirlo así, en vuestro poder.

—Azares de la guerra, señora—dijo don Juan—; vos habéis querido apoderaros de mí, y yo me he apoderado de vos.

—¿Que yo he querido apoderarme de vos?—dijo doña Isabel poniéndose pálida, más pálida de lo que era—¿quién os ha dicho eso? y sobre todo ¿qué interés podía yo tener en apoderarme de vos?

—Sentémonos, señora; aquí la sombra es grata, refrescaos, tranquilizaos, y yo os daré la prueba de lo que os he dicho.

Doña Isabel se sentó al pie de un árbol, sobre una pequeña prominencia del terreno, y don Juan se sentó á sus pies, tocándola casi.

—Retiraos y sentaos un poco más alto; nada hay que os autorice para tomar esa posición junto á mí—dijo con altivez doña Isabel.

—Estaré de pie—dijo don Juan levantándose.

—Ni tanto ni tan poco—dijo doña Isabel.

—Pues éntonces, adonde estuve me vuelvo. Y se volvió á sentar á los pies de la joven y junto á ella.

—Doña Isabel se impacientó, pero no volvió á intimar á don Juan que se levantase.

Doña Isabel, que como hemos dicho era muy hermosa, estaba entonces hermosísima.

Sus cabellos tenían algo de lo que podría suponerse en los de un arcángel terrible.

Su bella frente dejaba ver algo de sombrío.

Sus ojos irradiaban en los de don Juan una mirada profunda, grave, seria, valiente.

Su boca estaba entreabierta en una expresión de bravurá, y su palidez era densa.

En su preciosa garganta se sentía el latido de la sangre, y su alto seno se agitaba á impulsos de una respiración poderosa.

Se desprendía de ella una gran exuberancia de juventud, de hermosura, de vida, de sentimiento.

Pero nada se traslucía que revelase á la mujer enamorada.

Esto, irritaba á don Juan; pero en nada se se revelaba su irritación.

Don Juan aparecía perfectamente tranquilo.

Su sonrisa era la galantería de un hombre que conoce á la mujer y está acostumbrado á tratar con ella.

—Habéis dicho que estoy en vuestro poder por un azar de guerra—dijo lentamente y acentuando con energía sus palabras doña Isabel.

Don Juan sacó de entre su ropilla la carta que le había dado Gabriela, y la presentó en silencio á doña Isabel.

—Y bien—dijo la joven arrojando una soa mirada sobre la carta, doblándola y rompiéndola.

—¿Por qué rompéis esa preciosa carta?... preciosa porque vos la habéis escrito.

—¿Qué os va en que la rompa?—dijo doña Isabel continuando en hacer menudos pedazos la carta.

—Nada, señora—dijo don Juan—; yo no acostumbro á valirme de pruebas de esa especie; si una mujer me desdena, procuro que me ame por los buenos medios; si no lo consigo, sufro y paso; pero jamás obligo; yo no soy mendigo ni usurero de amor; siento que hayáis rotó esa carta, porque por ser vuestra la amaba!

Pasó algo en que parecía revelarse una gran pena, una grande angustia del corazón, por los hermosos ojos de doña Isabel.

—¿Por qué mentís?—dijo.

Y pareció como que se había arrepentido de lo que había dicho, y se puso vivamente encendida.

Aquel color febril pasó rápidamente, y volvió al semblante de doña Isabel su densa palidez.

—¡Qué alma tan hermosa tenéis, señora!—dijo tristemente don Juan—: es mucho más hermosa que vuestro semblante: no se puede veros sin amaros.

—Francamente, don Juan; por lo que en vos noto, creéis que yo os amo.

—Y si no me amáis, señora, ¿por qué de una manera tan delicada habéis querido aliviar mi pobreza, y por qué, también, de una manera tan violenta habéis querido apoderaros de mí?

Doña Isabel volvió á ponerse encarnada como una rosa de Alejandria.

—Vuestra sangre os vende, señora—dijo don Juan—: ella sube á vuestras mejillas para responderme cuando vuestra lengua permanece muda.

—No hablemos, no hablemos de eso; vengamos á la situación: ello es que vos habéis adquirido, no sé por qué medios, porque tengo una gran confianza en Lope Pereira, una carta en que se demostraba que una mujer os procuraba dinero enviando al juego una persona, con el encargo de que perdiese jugando con vos, y que esa misma dama encargaba se apoderasen de vos. Yo podía haber negado que era la autora de esa carta; pero yo soy como vos, don Juan; yo no miento nunca; parece á primera vista, atendiendo al contenido de esa carta, que ya no existe, que yo os amo: voy á deciros la verdad, don Juan: yo no sé si os amo ó no; ¿os extraña esto? no debe extrañaros; yo nunca he amado; no conozco el amor: no me lo han dado á conocer; no me han dicho, ese es. Ahora bien, vos sois muy práctico en amor: ¿veis en mí algo que os indique si yo os amo ó no?

—Me hacéis una pregunta de muy difícil respuesta, Isabel—dijo don Juan—: yo estoy seguro de lo que sentís acerca de mí; pero me repugna contestar.

—Decid la verdad; iluminad á una pobre ciega: dad vista á sus ojos: explicadme lo que yo siento y lo que no comprendo.

—Pues bien, Isabel—dijo don Juan—; voy á revelaros lo que me dice mi experiencia en amor respecto á vos: me amáis con toda la violencia de vuestra alma de fuego: sois mía, completamente mía.

—Vuestra, no—dijo con vehemencia Isabel—: podrá ser que os ame: os creo; pero voy á deciros los motivos que he tenido para ponerme, como decís, en guerra con vos. Aborrezco á doña Estefanía de Silva, y doña Estefanía se ha puesto por vos en lucha conmigo; doña Estefanía os ama: doña Estefanía cree que yo os amo y quiere robaros á mí; vos, don Juan, hacéis demasiado la corte á doña Estefanía; todo el

mundo cree que la amáis; el mismo rey ha dejado oír las palabras siguientes:—Don Juan Tenorio y doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, serían muy buenos casados.

—¿Y vos habéis tenido celos, amor mío?—dijo don Juan.

—No, celos no; rabia, despecho; porque doña Estefanía se cree triunfante de mí y me mortifica.

—La vanidad sería en vos ridícula, si lo que vos creéis vanidad no fuese amor: ¿sabéis desde hace cuánto tiempo sé yo que vos me

yo no quisiera pareceros lo que os parezco; me dais miedo: vos no habéis nacido para una mujer: vos amaréis, no con el amor exclusivo, que una mujer necesita, sino dando á una mujer una parte de vuestro amor, sin quitar su parte á las demás: vos vais por la vida, sediento, y no hay hermosura bastante, no hay alma bastante, no hay grandeza bastante para llenar vuestro corazón: la mujer que con vos se encuentre, y en que vos reparéis, ha encontrado su desgracia, su desesperación, su infierno; y yo no quiero morir desesperada, yo no quiero condenarme.



¡ Cayó sobre ellos una lluvia tal de cintarazos (pág. 45.)

amáis, que me ama doña Estefanía, y que empezaba una lucha á muerte entre vosotras dos? Pues bien, Isabel, lo sé desde la noche que nos encontramos cerca de Somorinos, y hablé con vosotras algún tiempo. ¿Sabéis quién fué, no la que conmovió mi corazón, porque entonces mi corazón estaba seco, sino la que me fué grata y dulce? Vos. ¿Sabéis quién me pareció más hermosa, á pesar de que doña Estefanía es hermosísima y de que la había visto completamente á la luz de la luna, que aumenta la hermosura á pesar de que no os había visto á vos? Vos. Y no me ha engañado: vos, Isabel, tenéis una hermosura sobrenatural.

—¡Ah, don Juan! sé que decís la verdad respecto á lo que sentís, y me estáis haciendo daño;

—¿Quién os ha dicho eso, Isabel?

—El corazón; Dios; un presentimiento terrible: que sé yo; pero yo os temo, don Juan: yo no quiero amaros: vos sois un ser maldito: ¡ah! yo no creo que exajero si digo que sois un ángel caído.

—¡Isabel! ¡Isabel!—exclamó don Juan—ved lo que decís, porque me parece que me volvéis á mis veinte años; que todo lo que ha pasado por mí ha sido un sueño; un sueño de sangre y de desgracia; un sueño aterrador que es necesario olvidar: me parece que vos me absorbéis, que me refundís en vuestra alma de fuego, que mi ser está en vos; que mi existencia no pueda alentarse sino con vuestra vida, con vuestro corazón, con vuestro pensamiento.

—¿Decís eso mismo á la misteriosa mujer que vestida de hombre os acompaña y que pasa por vuestro paje?—dijo severamente Isabel.

—¡Ah! — exclamó don Juan, recordando á doña Leonor—¡lo sabéis todo!

—¡Todo, por desgracia!

—Oid, Isabel—dijo don Juan—: de todas las mujeres que he amado y que me han amado, creía que una sola había sido mi alma: esa mujer se llamaba Inés de Ulloa.

—¡La hija del comendador!

—¿Ha llegado á vos la noticia de esa leyenda terrible?—dijo don Juan.

—Vuestra fama—dijo Isabel—va delante de vos, y hace por vos la guerra: no hay mujer que no haya oído vuestros amores con Inés de Ulloa, que no desee conoceros y que no esté predispuesta á amaros, á pesar de que se sabe que vuestro amor costó la vida á Inés de Ulloa, y sabe Dios si el alma.

—Pues bien, Isabel, oid. Yo creía, como os he dicho, que Inés se había llevado á la tumba consigo, todo mi corazón; desesperado, me lancé á las aventuras, recorrí lejanas tierras: atropellé cuanto se puso á mi paso; me hastié de la vida; me horroricé de mi mismo: comprendí, como vos habéis dicho, que era un ser maldito: una visión de espanto, un sueño de la eternidad, me aterró: creí ver la mano de Dios armada del rayo, suspendida sobre mi cabeza, amenazando reducirla á ceniza: fundé un hospital arrojando los inmensos bienes, que había heredado de mis padres, al dolor de los pobres: monté á caballo, y convertido en un caláver viviente, fui á llamar á las puertas de un monasterio, que se abrieron para mí, dándome entrada á un santo lugar donde todo era silencio, humildad, penitencia: yo he vivido allí un año, sintiendo que los muros de aquel monasterio pesaban sobre mí como un ataúd de plomo: buscaba aire en aquel ataúd y no le encontraba: y era que yo había ido á aquel monasterio aterrado, pero no convertido: el alma de Inés de Ulloa vivía en mi alma, que era el infierno; parecía que, sedienta de que yo la acompañase en su eternidad, me asía con una fuerza incontrastable, para arrancarme de aquel lugar de penitencia y de salvación. Al fin, Isabel, un acontecimiento imprevisto, el ultraje de un hombre, volvieron á poner la espada en mis manos, y maté; el monje salió del claustro; don Juan Tenorio volvió á la vida, pero con el corazón seco. Os encontré, y mi corazón no latió. Más allá encontré á esa otra mujer, y no fué mi corazón el que se interesó por ella, fué mi ambición, mi ambición que me hizo creer que la amaba. Era mentira; vos me lo habéis demostrado. Os estoy viendo hace tres meses, todos los días en palacio; estoy resistiendo la poderosa influencia que tenéis sobre mí; siento que vos desde hace tres meses, vais lanzando de mi alma el recuerdo de Inés de Ulloa, y no os he hablado, no os he mirado; he pasado junto á vos indi-

ferente y altivo, porque os temía; porque veía que iba á suceder lo que al trataros de cerca, al tocar vuestra alma, ha sucedido; que iba á perder mi libertad; que iba á ser enteramente vuestro; que iba á detenerme en mi camino, que no es ya el camino del amor. El amor es el peligroso fuego de la juventud: cuando el hombre ha llegado á la madurez de la razón, necesita otra esfera más ancha, una esfera de grandeza...

—En la que puede acompañarle asida de la mano una mujer tan grande como él — dijo Isabel.

Don Juan se puso pálido.

—Me habéis adivinado—dijo—: es cierto, sí; lo que debe suceder sucede; para cada pensamiento, para cada deseo, hay una situación. Pero y bien, Isabel, ¿no tenéis adelantar, enlazada vuestra mano con la mía, por el camino de la vida? ¿Sabéis adónde puede llevarnos ese camino?

—Yo sólo sé, que si vos tenéis grande el pensamiento, mi pensamiento sueña grandezas—dijo Isabel.

—¿Quién sois?—dijo don Juan—vos no tenéis apellido.

—Averiguadlo vos; haced vos que el misterio de mi nacimiento se desvanezca; yo no le conozco; yo no tengo una sola persona á quien amar; yo no puedo explicarme la situación en que me encuentro.

—El rey conoce sin duda vuestro origen.

El rey jamás me ha contestado cuando le he pedido noticias acerca de mí, más que esta sola palabra: Espera.

—¡Ah! yo no sé lo que me sucede—dijo don Juan—; mi pensamiento se oscurece; no puedo unir una idea con otra; nuestro encuentro, Isabel, ó es un suceso providencial, ó una desgracia.

—¿Por qué habéis seguido mi silla de manos?

—Por curiosidad y por prudencia á un tiempo: yo no estaba seguro de si erais vos ó no, la dama que se valía de Lope Pereira, la dama que cuidaba de mi suerte y procuraba apoderarse de mí. Esta es la razón de que yo haya maltratado á los hombres que os escoltaban poniéndolos en fuga; de que me haya apoderado de vos y os haya traído aquí.

—¿Y cómo pensáis salir de esta aventura, don Juan?

Tenorio sacó su reloj y le consultó.

—Son las tres de la tarde—dijo—: ¿podéis volver al lugar de donde habéis salido para ir á casa de Lope Pereira, sin comprometeros en nada?

—Puedo estar hasta el oscurecer fuera de mi casa.

—¡Ah! ¿tenemos pues cinco horas de qué disponer?

—Sí; esto es, don Juan, si vuestros empeños anteriores no os obligan á separaros de mí.

—Yo no tengo empeños; doy lo que tengo;

yo tengo corazón que dar á nadie, porque vos se me os habéis quedado con él, y por consecuencia, vuestra voluntad es la mía, ó por mejor decir, tratándose de vos, yo no tengo voluntad.

—Necesito mirar bien, no sea que os humilléis para mandar.

—Nunca digo más que lo que tengo sobre el corazón; en este momento me estáis volviendo loco; sois completamente dueña de mí.

—Es que yo no quiero que seáis mío; aun me quedan fuerzas para luchar y lucharé; procuraré dominarme y dominaros; sé que no mentís, que ahora me amáis; pero mañana podréis encontrar otra mujer que valga más que yo para vos; pasaréis y yo no encontraré un hombre que valga lo que vos, para mí; moriré como Inés de Ulloa.

—¡Ah, Isabel!

—¿No os aterra el ver que por mí habéis olvidado á esa desdichada, que se perdió por vos, que murió por vos?

—¡No!—dijo don Juan—no he sido yo; ¡mi destino! ¡mi destino terrible! si podéis apartaros de mí, apartaos; si yo puedo apartarme de vos, me apartaré; ¿pero qué somos nosotros? ¿dónde está nuestra fuerza para combatir contra Dios? ¡contra Dios, que tal vez ha maldecido vuestra raza como ha maldecido la mía, y quiere que su maldición se cumpla.

—¡Oh! ¡callad, don Juan; me estáis dando miedo, porque creo que una maldición me impulsa hacia vos!

Isabel hizo temblar á don Juan, con la inmensa mirada de amor que se exhaló de sus ojos.

Don Juan vió en aquella mirada todo un infierno de pasión.

Nunca los ojos de Inés se habían iluminado de aquel modo.

Don Juan asió una mano de Isabel y la besó.

Isabel se levantó como si hubiera sido herida en el corazón.

—¡Don Juan!—dijo—vos no sabéis separar el amor de la impureza: si es verdad que yo os amo, y os amo así. Tocadme con vuestra alma, pero no me toquéis con vuestros labios: no pretendáis que yo os desprecie; no queráis que yo sumerja en el cieno mi alma: respetadme si queréis que yo os respete.

—¡Ah! ¡sí!—dijo don Juan—amémonos de ese modo: sed mi alma pura: sed grande para que yo pruebe un amor nuevo.

—Tenéis razón, todo lo que es materia, se asta, envejece y muere.

—No os creía yo capaz de un amor semejante, y os temía. No hablemos más de esto. Decidme: ¿cuáles son vuestros proyectos don Juan?

—Yo no tengo jamás proyectos, sino deseos.

y no deseo nunca sino lo que me parece imposible, ó por lo menos, difícil.

—Yo creo, don Juan—dijo Isabel—, que para vos sólo existe un imposible.

—¿Cuál?

—El de satisfacer vuestra alma: el de no desear nada: el de deteneros en el ascenso de esa montaña infinita, cuya cumbre se pierde en las nubes y desde la cual, á medida que se asciende, se ven horizontes más distantes, y que se llama ambición: Vos no podéis deteneros ya; vuestro pasado pesa sobre vos y necesitáis embriagaros con grandes, con enloquecedores empeños, para no recordar vuestro pasado que os roe el corazón. ¡Cuán feliz sería yo, don Juan, si pudiese llenar vuestra alma, redimiros, salvaros, llevaros por la mano al arrepentimiento, á la verdadera grandeza, al amor, á la humanidad!

—Por desgracia, Isabel, hace mucho tiempo que el ángel de mi guarda tendió las alas y huyó de mí, desesperado, llevando ante el Señor, su copa llena de lágrimas: ¡no, no! ¡yo estoy maldito! ¡yo he nacido sentenciado! ¡Sobre mi frente ha señalado el dedo de Dios el estigma de los réprobos!

Isabel bajó la cabeza, y dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas.

El ángel de vuestra guarda—dijo don Juan—ha puesto por la primera vez su copa bajo vuestros ojos. Pedid á Dios que el llanto, al salir de vuestro corazón, no le abraza y os enloquezca; pedid á Dios que el ángel no llene con sus lágrimas la terrible copa, porque entonces, el dedo de Dios habrá señalado vuestra frente y estaréis perdida, Isabel.

Isabel levantó los ojos al cielo, y señaló con su dedo al infinito.

—Dios no aparta jamás la vista de sus criaturas—dijo—, Dios tiene siempre para ellas un rayo de luz que ilumine sus almas.

—Sois un bellissimo predicador, Isabel: dejad venir los sucesos: si podéis libraros de mí, libraos; sino resignaos á vuestro destino.

—Bien, vengamos á los sucesos. Os he preguntado qué proyectos tenéis, y vos me habéis dicho que sólo tenéis deseos: ¿qué deseáis?

—Dominar lo grande; revolvirme entre el horror de la batalla; triunfar; adquirir un nombre glorioso; elevarme sobre los más altos; aspirar, en fin, el dolor, no ya de un solo ser, sino de miles de seres; inspirar terror; llevar delante de mí el estrago; dominarlo todo; vengarme de la humanidad entre la cual no he encontrado más que fango: no ver ninguna cabeza más alta que la mía.

—¡Ah! ¡Eso es ser Satanás!

—En buen hora. ¿Sabéis cuánto dolor he apurado yo? ¿Sabéis que estoy cansado de perseguir en vano la felicidad sin encontrarla? Oid: poseeros, enloqueceros, arrastraros conmigo, haceros completamente mía en cuerpo y alma, perderme en vos y que vos os perdierais completa-

mente en mí, me parece en este momento una felicidad infinita; y, sin embargo, estoy seguro de que si todo lo que deseo respecto á vos se cumpliera, sin llegar á ser feliz, vería que la felicidad que había creído existía para mí en vos, era un sueño desvanecido, y me apartaría de vos para seguir mi camino, más rugiente, más desesperado, más exterminador. ¡Ah! ¡no! me devoro en un fuego inextinguible, que nada puede apagar; yo me ahogo en una sed que nada puede extinguir; yo estoy sentenciado á un infierno que vos no podéis comprender, hasta que por mí lo sintáis.

—¡Ah! ¡no! ¿por qué?... mi voluntad es incontestable; yo seré siempre para vos el imposible.

—¡Quisiéralo Dios, Isabel! porque amándoos ahora, soy feliz, y os amo... porque no os tengo porque no me basta con tener vuestra alma. En los amores del espíritu, hay algo de tan terriblemente doloroso, que la débil naturaleza humana no puede resistirlo y sucumbe al dolor. Vos sentiréis ese infierno y sucumbiréis.

—¡No! Quiera Dios que yo no ame tanto... que por vuestro amor, porque seáis feliz, luchando con un imposible, pueda vencerme á mí misma; lo procuraré con toda la fuerza de mi alma, porque... porque me causáis una gran compasión, don Juan.

—Pasad, pasad, Isabel; dejad al condenado que se pierda á lo largo de su ardiente camino; no procuréis detenerle en él.

—Pues bien; pasará don Juan; acompañadme—dijo Isabel sonriendo tristemente—; acompañadme á mi casa; cuando entremos en Lisboa me cubriré con mi manto y nadie verá que me acompañáis. No volváis á hablarme; cuando me veáis, porque andando vos en la corte habréis de verme, no reparéis en mí, aunque mis ojos desesperados os busquen; no os importe que mis mejillas estén más pálidas cada día; no creáis que muero por vuestro alejamiento; convertidme para vos en un ser completamente indiferente; seguid vuestro camino; no penséis en que al encontrarme, al deteneros un momento á mi lado, al darme la mano, me habéis envenenado el corazón; porque eso no será verdad, porque será que os lo fingís; si vos pasáis de largo, ¿qué me importáis á mí? lo mismo que yo os he importado á vos.

—Tenéis razón, Isabel; yo, si vos os apartáis de mí, os seguiría; cuanto más me desdenáis, insistiría más. No sé si debo bendecir ó maldecir la aventura que ha hecho que nos encontremos en esta situación. Lo que sé es que esta es una nueva historia de lágrimas; ¿tenéis vos valor para partir conmigo vuestro destino?

—Don Juan; antes de hoy yo creía un empeño de vanidad contra la soberbia de doña Estefanía, lo que sentía por vos. Cuando me he visto en vuestro poder he sentido miedo y cólera, porque no os conocía bien; vuestra palabra terrible ha descornado para mí el velo del misterio en que estaba envuelto lo que yo sentía por

vos; y ahora sé que os amo con toda mi alma; que os amo desde que os conocí; que mi amor se ha ido nutriendo y engrandeciendo con los celos; y yo no digo, como vos, que no sabéis si bendecir ó maldecir la situación en que nos encontramos: yo la bendigo; yo gozo de una felicidad infinita, porque amo, porque vivo, porque ardo en el recuerdo de un ser adorado; ¿por qué no habéis venido antes, don Juan, para que antes hubiera sido yo feliz?

—¡Cómo Inés de Ulloa!—dijo don Juan.

—No me habléis de lo pasado, ni de lo porvenir; ocupémonos de lo presente. Tengo mucho que preguntaros de lo que en lo presente os sucede, de lo que hacéis; de lo que pensáis.

—Preguntad, pues.

—¿Qué es para vos esa mujer que vestida de paje os acompaña?

—Antes del momento en que nos hemos visto, en que nos hemos hablado, en que nos hemos comprendido, esa mujer tenía para mí el encanto de una grande empresa; ahora esa mujer es para mí un inconveniente y un empeño de honor.

—¿Quién es esa mujer? ¿cómo se llama?—dijo doña Isabel con el imperio de la mujer que sabe que es adorada.

—¡Cómo! ¿sabéis—dijo don Juan—que mi paje Gonzalo es mujer y no sabéis cómo se llama? Yo creía que lo sabíais todo.

—Sé que es mujer porque os tengo rodeado de espías; porque mis espías han visto sin duda por las rendijas de las puertas algunas formas de vuestro paje, que creyéndose encerrado y solo, no ha tenido motivo para encubrir. La forma del seno de una mujer, no puede confundirse con la del pecho de un hombre. Sé que si vuestro paje parece moreno lo debe á que se tiñe, porque esa señora, que es hermosísima, es blanca como el nácar; sé que esa señora es... no extrañéis esta frase en mis labios, es vuestra querida.

—Podiera ser mi esposa—dijo don Juan.

—Isabel se puso pálida como un cadáver.

—¡No! no es vuestra esposa, don Juan—dijo—; no juguéis con mi alma para despedazarla.

—No, no es mi esposa—dijo don Juan—; no lo será.

—¡El nombre de esa mujer!

—Perdonadme, Isabel, es un secreto que no me pertenece; no me pidáis que cometa una villanía, porque ni vos debéis querer que yo la cometa, ni la cometería yo.

—Pues bien: no me digáis el nombre de esa mujer; respeto vuestro honor; pero separaos de ella, alejadla de vos. Una de las razones porque me alegro de que nos hayamos comprendido, es que puedo deciros: tened compasión de mí; libradme de los horribles celos que me inspiró esa mujer.

—Entonces, Isabel, si teníais celos, sabíais que me amabais: no ha sido mi palabra la que ha rasgado el velo de vuestra inocencia.

—¡No, no! no os he engañado: yo aborrecía á esa mujer, porque estaba á vuestro lado; pero... no sabía que mi aborrecimiento era hijo de celos; no se sabe lo que son celos hasta que se sabe lo que es amor, y como se puede sentir el amor sin comprenderle, también sin comprenderlos se pueden sentir los celos.

—No los tengáis, Isabel; yo no amo á esa mujer.

—¿No la habéis amado nunca?

—Me ha fascinado durante un momento.

—¿Y ella os ama?

—Como vos.

—¡Ah! ¡vos queréis que yo pierda mi alma, don Juan! Salvad de mí á esa mujer, separádmola de vos.

—No puedo: un empeño de honor me une á ella.

—Ved, don Juan, que estáis acabando de desgarrar el velo de mi alma; que yo hasta ahora he creído que el amor es el cielo, y me estáis haciendo conocer que puede ser también el infierno. ¡Ah! ved que yo puedo ser tan terrible como vos.

—¡Quisierálo Dios! entonces habría encontrado mi esposa.

—Yo no puedo ser nada vuestro, ni aun vuestra amiga, mientras crea que mentís, que no me amáis, que me burláis, porque si me amarais, no querríais que yo me desesperara; porque yo, don Juan, os amo tanto, que tengo celos del aire que respiráis.

—¡Ah, Isabel, Isabel! ¡parece que en vos alienata el alma de Inés de Ulloa!

—¿No os basta, don Juan, que yo tenga celos de las vivas, y queréis que los tenga también de las muertas?

—Ya os lo he dicho; ¡dejadme pasar! ¡olvidadme, que estoy maldito de Dios!

—Ved don Juan, que soy mala enemiga; ¡que esa mujer está amenazada!

—La defenderé porque debo defenderla, Isabel; pero si á pesar de defenderla yo, vuestros celos la sacrifican, no os pediré cuentas de ella; no dejaré de amaros; por el contrario, os amaré más, porque conoceré que tenéis un alma tan terrible como la mía.

—Ved, don Juan, que me entregáis esa mujer!

—¡No! no os la entrego, porque os lo he dicho y os lo juro por mi honor; la defenderé.

—Pues ahora, ahora es cuando estamos en guerra, don Juan.

—Guerra extraña entre dos que se aloran.

—No consiento en que me habléis de amor, mientras... mientras, aunque sea por compasión digáis amor á otra mujer.

—Importa poco que yo os hable ó no de amor, y que me escuchéis ó no, si me amáis y os amo.

—No os amaré.

—¿No amarme, y estáis celosa?

—Conducidme á mi casa, don Juan.

—Sea, Isabel, sea; pero, ¿y esa silla?

—No la necesito: que se quede ahí.

—La encontrarán, la reconocerán.

—No la reconocerán, no tienen por qué reconocerla: yo no salgo nunca de mi casa en esa silla.

—Podrán reconocerla los lacayos y los dos hombres que la conducían y la escoltaban.

—Esos hombres no saben quien soy yo.

—¿Cómo lo hacéis pues?

—No os importa.

—Vos debéis valeros de alguien.

—Sí, don Juan: de un hombre que me... ama mucho.

—¡Bah! pues es necesario tener una gran lástima de ese señor.

Isabel miró irritada á don Juan.

—Es decir, que á vos nada os importa que me ame un hombre con toda su alma.

—No; si vos le amarais, no os amaría yo; porque no le amáis... porque... todo vuestro amor es mío, me importa poco que ese señor se muera por vos.

—Perfectamente, don Juan. ¿Es decir que yo he de sufrir sin que vos os conmováis, sin que tengáis lástima de mí, que viváis al lado de una mujer que os ama, y á quien sin duda amáis vos; y que además de esto hagáis el amor á doña Estefanía, y que acaso estéis enamorado de ella, porque es la anciana más joven y más hermosa del mundo.

—Me veo obligado á engañar á doña Estefanía.

—¿Y por qué, si gustáis?

Es un secreto que no me pertenece.

—¿Un secreto que sin duda tiene relación con vuestra... amiga?

—Yo no he dicho eso; yo no os autorizo para que lo creáis.

—Entonces, don Juan, todo os volvéis secretos, y todo amores: pues bien, tened un secreto más y un amor menos; es decir, puesto que tanto estimáis vuestro honor, estimadle para no revelar á nadie que habéis estado á solas con una mujer que tiene al alma y el corazón tan puros como un rayo del sol; y tened un amor menos porque debéis olvidaros del mío: esto ha sido un sueño: si yo os amé, ya no os amo, porque os creía otro, y al conoceros tal cual sois, no os puedo amar.

Tenorio miró profundamente á Isabel.

Isabel tenía el semblante y la mirada en completa calma, ostentando una severidad infinita.

—¡Ah, por mi abuel!—dijo don Juan—, sois digna de mí, Isabel.

—Tened en cuenta que desisto de todo lo que he dicho: que me importa muy poco que améis á vuestro paje, y que hagáis la corte á la hermosa joven anciana doña Estefanía; mi fantasma ha desaparecido y vos me sois de

todo punto indiferente. Si no queréis acompañarme, dejadlo; yo me volveré sola á Lisboa; y si me acompañáis, hacedme la merced de no decirme una sola palabra; ni aun para despediros de mi.

—He aquí mi brazo, Isabel, y desde este momento hasta que vos me mandéis que hable, os juro ser mudo para vos.

—Que Dios me castigue si yo os vuelvo el habla para mi.

Y se envolvió en el manto, después de ponerse el antifaz, se asió del brazo de don Juan y ambos salieron de entre los árboles, se encaminaron á Lisboa y entraron en ella.

Doña Isabel recorrió en paso rápido, algunas calles.

Llegó en el centro de la ciudad vieja á una callejuela, y en su fondo llamó á una puerta: aquella puerta se abrió sin que don Juan viese á la persona que la abría, y doña Isabel se desasíó del brazo de don Juan, y sin decirle ni una sola palabra, entró y cerró con un violento golpe la puerta.

Don Juan se alejó diciendo para sí:

—¡Vive Dios que ésta ó me vuelve loco ó me salva! ¡quién sabe! dicen que para cada hombre nace una mujer; lo de la media naranja; ¿será mi media naranja Isabel? ¡Bah! ¡que se cumpla lo que está escrito!

Y se fué á comer á su casa en compañía de su paje.

IX

Lope Pereira estuvo corriendo, hasta que se convenció de que don Juan Tenorio no le seguía.

Y sólo don Juan Tenorio pudiera haber hecho correr al señor Lope Pereira, que á pesar de su expresión cándida y de sus colorados mofletes, era á la sordina uno de los temerones más terribles de Lisboa, y una excelente espada.

Pero con el ejemplo de lo que don Juan había hecho la noche anterior, púsose el señor Lope Pereira tan temeroso respecto á don Juan, que al ver que al descubrirle se había ido en derechura á él, echando mano á la espada, no fué poderoso á otra cosa que á escapar, importándole muy poco echar un borrón sobre su fama de valiente.

Iba sofocado, sudoroso, pálido, por que se había dado no menos que por muerto, y cuando se detuvo para ver si don Juan le seguía, vió delante de sí una taberna, en la cual bebían y charlaban algunos hombres.

Lope Pereira, que aunque había huido, no

había soltado las dos espadas desnudas de los dos valentones á quienes había desarmado, don Juan, se entró en la taberna y pidió, jadeando agua y vino.

—¿Os ha corrido también el caballero español?—dijo desde un rincón de la taberna Valentín de Astromonte, que con Gómez Leiva, estaba bebiendo.

—¡Ah! que estáis ahí—dijo Lope Pereira—; si no hubiérais sido unos cobardes y hubiérais apretado bien los puños, no hubiera sucedido lo que sucede.

—Y decid vos—dijo con mal talante Astromonte—, ¿por qué no os habéis tenido firme con el tal caballero?

—Yo tengo para mi, que es un demonio—dijo Leiva—, y no hay que culpar á nadie. Venid acá señor Lope Pereira, y descansad. Lo mismo nos hizo saltar las espadas de las manos, que si las hubiéramos tenido de vendó, y sin perder un tantico de tiempo, se nos echó tan de recio encima, que en quince días no se nos quitan los cardenales; y si no escapamos pronto, da fin de nosotros.

—Aquí tenéis las espadas que yo recogí del suelo—dijo Lope Pereira, dándolas á los dos valientes—. ¡Qué hombre, señor, qué hombre! y cuenta con lo que se hace, lobos míos, que yo os conozco; ¡cuidado con tocar á la traición de don Juan! porque si le matáis se os cuelga.

—Pues bueno es saberlo—dijo Leiva—, porque en Dios y en mi ánima, que ya le tenía yo medido el tiempo al tal caballero.

—¿Decís que si matamos al caballero español—dijo Astromonte—, nos cuelgan? y, decidme ahora, ¿qué hará con nosotros el señor Gastón de Riveira, cuando sepa que la señora se ha perdido.

Tener paciencia y buscacha. A propósito; yo voy ahora mismo á dar cuenta al señor Gastón; vosotros, quitaos del medio y no os presentéis hasta que yo os avise. ¡Ea! quedad con Dios y que la paliza no tenga malas consecuencias.

—Que no os suceda nada de resultas de la sofocación.

Lope Pereira salió de la taberna y se encaminó á buen paso al alcázar.

Subió por unas escaleras de servicio, atravesó algunas galerías, y entró en un antecámara, en donde pidió le anunciaran al señor Gastón de Riveira.

Poco después le avisaron de que podía pasar. Gastón de Riveira estaba sentado tras una mesa escribiendo con suma rapidez.

Cuando sintió los pasos de Lope Pereira, levantó la cabeza, le miró, y sin dejar la pluma de la mano, le dijo con acento áspero.

—¿Qué queréis? ¿qué sucede?

—Una cosa tan grave—contestó Pereira—, que

necesito saber si nos escucha alguien, para decirlo.

El señor Gastón dejó la pluma en el tintero, se levantó y se fué al profundo hteco de una ventana.

—Venid acá y veamos—dijo sin dejar su acento rudo.

Lope Pereira se acercó.

—Yo no tengo la culpa—dijo—, y espero que no se me hagan cargos.

—¿Pero de qué, de qué? ¿acabaréis?

—Esta mañana estubo la señora en mi casa.

—¿Y á qué diablos va tanto la señora á vuestra casa?

—Ya sabéis que es muy aficionada á joyas.

—Sí, ya sé. Su alteza repara ya en los enormes gastos de doña Isabel.

—Esa no es la cuestión; la cuestión es que cuando salió de mi casa la señora, y se metió en la silla de manos, un hidalgo, al parecer audaz y valiente, se puso en seguimiento de la silla.

—¡Ah!—dijo Gastón de Riveira poniéndose, no ya pálido, sino azul—: ¿quién era ese hidalgo?

—No le conozco.

—¿Y por qué no le conocéis?

—¿Tengo yo acaso obligación de conocer á todo el mundo? Ya os he advertido de que no me hagáis cargos, porque yo no tengo la culpa de lo que ha sucedido.

—Si hay que hacerlos cargos, se os harán.

—Entonces, yo, diré á su alteza, el señor rey don Juan III de Portugal: ¿Queréis saber, señor, por qué no ha vuelto á parecer vuestro alférez mayor Luis de Sese, que se perdió hace cinco años? ¿sabéis por qué no se sabe dónde está, ni lo que ha sido de doña Leonor de Sese?

—Bien, bien—dijo vivamente contrariado Gastón de Riveira—; seguid.

—Pues señor, el hidalgo que os he dicho, y á quien no conozco, ha desarmado y apaleado á Valenfa de Astromonte y á Gómez Leiva, que han huído, y á estas horas no se sabe dónde la señora está.

—¿Pero sabéis si la señora conocía á ese hombre?

—No lo sé.

—¿Dónde ha sucedido eso?

—En la calle de San Antonio, en la ciudad vieja.

—¿Y por qué ha ido á la calle de San Antonio, doña Isabel?

—Huyendo de quien la seguía.

—¿Habéis estado en casa de la señora?

—No señor. He querido avisaros antes.

—Entonces esto no es tan grave como decís.

—¡Qué sé yo! ¡qué sé yo!

—Bien: idos; no digáis nada á nadie; yo voy ahora mismo á casa de la señora.

—¡Quiera Dios que la encontréis! porque si la ha sucedido una desgracia, no sé lo que será capaz de hacer el rey.

—Sólo vos sabéis que yo encubro los caprichos de doña Isabel; porque no puede ser más que un capricho el ir de incógnito en silla de manos por Lisboa. Si vos no habláis y por desgracia la señora no parece, nada podrá decirme el rey, porque no soy su guardián. Por lo demás, de cuenta mía es, si la ha sucedido algo, averiguar quien es el hombre que á tanto se ha atrevido, y castigarle; id con Dios.

Lope Pereira salió.

Inmediatamente, tras él, salió Gastón de Riveira del alcázar, le rodeó, atravesó una calle corta, llegó á una pequeña plazuela y entró en una gran casa, en cuyo portal había dos criados.

—¿Está en casa la señora?—dijo Gastón de Riveira.

—No señor—contestó uno de los criados—; salió esta mañana con su dueña y aun no ha vuelto.

Gastón salió del portal, tomó á buen paso calles y calles, y entró en una callejuela sin salida, en cuyo fondo hemos visto llamar á una puerta y entrar en ella á doña Isabel.

Gastón llamó con fuerza á aquella puerta que se abrió al momento y entró.

Una vieja estaba en el portal.

—¿Está ahí doña Guiomar, la dueña de la señora?—dijo á la vieja.

—Sí, señor Gastón—contestó la mujer—, y por cierto que doña Guiomar está inquieta porque la señora tarda más que de costumbre.

Gastón, sin preguntar más, abrió la puerta, salió y se encaminó á paso largo á la calle de San Antonio.

Allí, llamó á la primera puerta que le vino á mano y preguntó á una joven que salió á abrirle:

—¿Sabéis si ha pasado algo en la calle, que haya sido de notar? Responedme con verdad y os regalaré.

—Ha pasado una litera dorada muy hermosa, que llevaba dos lacayos—dijo la joven.

—¿Y qué más ha sucedido?

—La silla de manos siguió hacia la plazuela de los Alamos.

—¿Y qué más?

—Poco después, un caballero muy buen mozo y muy valiente, riñó con dos hombres muy mal encarados que había en la calle, los desarmó, los hizo correr y siguió hacia la plazuela de los Alamos.

—¿Y qué más?

—Luego, otro hombre, como de cincuenta años, muy blanco, y muy colorado, llegó, recogió las dos espadas, se las metió debajo de la capa, y se fué por donde se había ido el caballero buen mozo.

—¿Qué señas tenía ese caballero buen mozo?—

preguntó con una desdeñosa altivez Gastón de Riveira.

La joven le dió minuciosamente las señas de don Juan Tenorio.

Gastón de Riveira se quitó un cintillo de poco valor y le dió á la joven; se despidió de ella, y tomó á buen paso hacia la plazuela de los Alamos.

En fin, buscando, rebuscando, preguntando acá y allá, supo que una silla de manos conducida por dos albañiles, habia salido de la ciudad por el camino de Oporto.

Gastón de Riveira se lanzó por entre las huertas, y siguió más allá del sitio donde estaban nuestros enamorados, sin sospechar siquiera que los dejaba á la izquierda entre los árboles.

Preguntó acá y allá, en esta huerta, en la otra, y nadie le dió razón.

Se ponía el sol, y Gastón de Riveira se volvió desesperado.

Cerca ya del arrabal, vió que dos leñadores llevaban una silla de manos, y la reconoció.

Era la de Isabel.

Gastón apresuró el paso, llegó á los leñadores, y les dijo:

—¿Por qué lleváis esa silla de manos?

—La hemos encontrado allá en el sotillo de las Tórtolas sola y abandonada, hemos llamado para ver si se presentaba su amo, y viendo que no, para evitar que algún mal intencionado la rompa, nos la hemos traído para presentarla al alcalde.

—¿Y nadie habia cerca de esta silla?

—No señor—dijo uno de los leñadores.

—¿Y la habéis encontrado en el sotillo de las Tórtolas?

—Sí señor.

—Vaya, id con Dios.

—Don Gastón dejó pasar á los leñadores, y cuando se hubieron alejado, se volvió á buen paso, llegó al mismo sitio donde entre los árboles habian conversado, anamorándose y acabado por reñir don Juan y doña Isabel, examinó el sitio, y junto al arroyo donde doña Isabel habia bebido en las manos de don Juan, encontró un pequeño y finísimo guante de ámbar.

Aquel guante era indudablemente de doña Isabel.

Lo que menos se le ocurrió al señor Gastón de Riveira, fué que doña Isabel se hubiese quitado aquel guante para beber agua en el hueco de la mano.

Unos horribles celos devoraban á Gastón.

Guardó en su limosnera el guante, estrujándole con furor, tomó el camino, y se entró en Lisboa, se fué á la callejuela sin salida de los Abades, llamó á la misma puerta que habia llamado antes, y le abrió la misma vieja.

—¿Ha venido doña Isabel?—la preguntó.

—Sí, si señor, ha venido á las cinco de la tarde.

—¿Y se ha ido?

—En seguida.

—¿Quién venia acompañándola?

—Nadie.

—La vieja habia recibido encargo de no decir que doña Isabel habia ido acompañada y le cumplía.

—Adiós y buenas noches—dijo Gastón de Riveira.

Y se alejó con toda una legión de demonios en el cuerpo.

Llegó á la casa de doña Isabel.

—¿Ha venido la señora?—preguntó á un criado.

—Sí señor—respondió el sirviente.

—¿A qué hora?

—A las cinco y media.

—¿En esta casa?

—No señor, ha ido al alcázar.

El señor Gastón de Riveira salió como disparado de la casa de doña Isabel, se metió en el alcázar, y se fué á las habitaciones de la reina doña Catalina.

X

Gastón de Riveira pasó una mirada sombría por las damas de honor, por las meninas y por las dueñas que estaban en la antecámara.

Entre ellas no se veía á doña Isabel.

En cambio, la camarera mayor, doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, la anciana joven como la llamaba doña Isabel, estaba pomposamente arrellanada en una ancha silla de brazos, junto á un balcón, aprovechando el aire que entraba por él, y aumentándole con un gran ventalle ó abanico de plumas.

Las otras damas estaban en semicírculo delante de doña Estefanía, y sin desplegar los labios, por la sencilla razón de que la camarera mayor no decía una palabra.

Gastón de Riveira pasó por entre todas aquellas jóvenes, y fué á apoyarse en la balaustrada gótica de piedra del balcón.

—Hacedme la merced de venir acá, doña Estefanía—la dijo.

Doña Estefanía se levantó y fué á apoyarse en la balaustrada junto á Gastón.

—¿Qué se os ocurre?—dijo la camarera mayor: no os he visto en todo el día,—y el loco del rey, Peralvillo, me ha estado moliendo sin dejarme en paz, ocupándose de vos y de mí con sus malicias, que se van haciendo insoportables.

Me ha pedido remedio para los humores negros y para el mal de la rabia, porque dice que estáis muy de peligro y que vais á mor- der el mejor día.

—¿Y no os ha asegurado á vos, señora, que dentro de poco os ibais á convertir en una víbora?

—Tengo motivos para ello, Gastón.

—¿Conocéis este guante?

—¡Un guante de dama!

—¿Pero sabéis si hay alguna dama en la corte que cuente diez y ocho años y á quien pueda servir este guante por pequeño?

—¡Isabel!—dijo con una especie de ansiedad doña Estefanía—¡Isabel os ha dado una prenda de amor!

—No, no señora: este guante no me le ha doña Isabel; me le he encontrado yo.

—¿Dónde?

—En el campo, entre unos árboles, al lado de un arroyo.

—Y bien, eso significa que á doña Isabel la gusta pasear por el campo y beber agua en el hueco de la mano.

—Pero es el caso, que junto á aquel arroyo había una silla de manos dorada que pertenecía á doña Isabel.

—Y bien se comprende, no había de ir á pie al campo.

—Es que la silla de manos estaba abandonada.

—Esto es ya distinto.

—Y no ha dejado de estarlo doña Isabel, porque sola, sin otra compañía, ha estado algún tiempo con ese caballero á quien tanto estimáis; á quien, en una palabra, tanto amáis, y con el cual soñáis en casaros.

—¡Con don Juan!

—Sí, con don Juan Tenorio.

Doña Estefanía, en cuyo semblante daba de lleno la luna, miró de una manera terrible á Gastón de Riveira.

—¿Qué nueva infamia meditáis?—dijo—¿por qué forjáis esa calumnia?

—Porque fuera calumnia daría yo la salvación de mi alma, doña Estefanía.

—¡La prueba!—exclamó conteniendo mal su irritación la camarera mayor.

—Parte de la prueba es este guante.

—Un guante puede robarse, y aun más que un guante.

—Pues sino basta, oid:

Y Gastón relató á doña Estefanía lo que aquella mañana le había sucedido, y lo que había averiguado.

Doña Estefanía estaba demudada de furor.

—Ya os había yo dicho, que el bufón del rey, al profetizaros que yo iba á rabiarse, febió deciros que vos os ibais á convertir en una

víbora—dijo Gastón—: necesitamos vengarnos: vos de Tenorio; yo de doña Isabel.

—Podrá suceder muy bien, que vos queráis vengaros de don Juan, porque logra ser amado de una mujer que os desprecia, y sois capaz de cualquier felonía; pero habéis de saber, señor Gastón de Riveira, que si me tocáis ni aun con la mirada á don Juan, os despedazo, aunque para ello tenga que despedazarme á mí misma.

—No importa: estoy cansado de ser vuestro esclavo, de serviros: si vos podéis perderme, yo puedo perderos; y vos no querréis arros- trar la cólera del rey; don Juan es mío: dejádmelo como yo os dejo á doña Isabel, á pesar de que pudiera muy bien deciros: Si tocáis á un solo cabello de Isabel, os despedazo, aunque para despedazaros tenga que despedazarme á mí mismo.

—¿Qué es esto, mis buenos amigos?—dijo una voz ronca y burlona detrás de la camarera mayor y del secretario del rey—¿os estáis amorosamente despedazando?

Ambos se volvieron, y vieron delante de sí á un hombrecillo de cuatro pies de estatura, rechoncho, abultado de vientre, estrecho de hombros, de cabeza gorda, de semblante malicioso, que representaba unos treinta y cinco años, de brazos largos y delgados, de piernas cortas, delgadas y torcidas, y de enormes pies.

Estaba vestido con un jubón y unas calzas á dos colores, por mitad, verde y rojo, con caperuza de los mismos colores y en la cintura cascabeles.

Este engendro, era el tío Peralvillo, loco ó bufón del señor rey don Juan III de Portugal, que le había heredado de su padre el rey don Manuel.

El tío Peralvillo, como todos los bufones, tenía el privilegio de hablar á todo el mundo de tú, incluso al rey, de ser insolente hasta el punto de decir la verdad sin rodeos, y de meterse sin ceremonia en todas partes sin pedir licencia, siempre que hablase ú obrase con gracia.

Pero el oficio de decir gracias y sutilezas es un muy mal oficio, y los bufones con suma frecuencia eran insoportablemente estúpidos.

Tal pareció en aquella ocasión el tío Peralvillo á doña Estefanía y al señor Gastón de Riveira.

Pero el tío Peralvillo no dió lugar á que se le mostrasen hocas las dos nobles personas á quienes se había dirigido.

—La reina te llama, hermosura en conserva, y á ti el rey, pícaro rebozado—dijo el bufón—, y me parece que sus altezas están un tantico avinagradas: como que con ellos está la Per-

lita que no os puede ver ni en pintura, lo cual es un gran desagradecimiento; porque tú, al fin, madre Estefanía, has hecho con ella el oficio de madre, como has podido; y tú, secretario de picardías, estás enamorado de ella, tanto como quisieras que ella lo estuviere de ti. Conque id, id, y que Dios os la depare buena, queridos míos.

Y el bufón hizo una cabriola haciendo sonar todos sus cascabeles, saludó grotescamente á doña Estefanía y á Gastón, y salió saltando de la antecámara.

—Me causa pavor ese hombre—dijo Gastón de Riveira—: hace mucho tiempo que estoy viendo en su mirada maliciosa, una amenaza: desde que vino á la corte doña Isabel, nunca me habla sino dejándome traslucir una intención sombría.

—Ese hombre sabe todo lo que sucede en palacio; es un pícaro que lo adivina todo—dijo doña Estefanía—: es necesario tener mucho cuidado con él, y cuando parezca conveniente, no pararse en escrúpulos: ese hombre puede perdernos: id, id vos á ver al rey: yo voy á ver á la reina: después, lugar nos queda para entendernos.

Y doña Estefanía se separó del balcón, atravesó la antecámara, abrió una mampara, y entró en la cámara de la reina.

La reina estaba sola leyendo en su libro de horas.

Doña Catalina de Austria, hermana del emperador Carlos V, nieta de los Reyes Católicos, era una joven de veinticinco años, blanca, rubia, con ojos azules, de tez finísima, de puro color levemente sonrosado, muy dama y muy noble, que hubiera sido muy hermosa á no ser por su nariz bastante pronunciada, y por su boca cuyo labio inferior era alto, grueso, enérgico, dominador, como el labio inferior de Carlos V y de Felipe II, su hijo.

Sin embargo, doña Catalina tenía un atractivo irresistible.

Doña Catalina era grave, seria y majestuosa, por decirlo así, como su hermano el emperador.

Tenía la conciencia de su alta dignidad, con toda la exageración de la casa de Austria, á que pertenecía.

Era una especie de ser aparte que no tenía de común con otros seres humanos más que la figura y las condiciones del organismo.

Vestía de negro, con suma severidad y con sencillos bordados de oro sobre la tela de seda de su ancho traje.

Doña Estefanía notó que había algo de duramente extraño para ella en la reina.

Doña Catalina la miraba de una manera fija, severa, altiva y dominadora hasta más no poder.

Doña Estefanía hizo tres profundas reverencias de trecho en trecho, á medida que se acercaba á la reina, y por último, se detuvo á una respetuosa distancia y permaneció inmóvil, en silencio y con la vista en el suelo, porque sabía bien que en la situación en que parecía colocada la reina, su alteza hubiera tomado por un desacato el que su camarera mayor la hubiese mirado frente á frente.

—¿Qué edad tenéis, doña Estefanía?—dijo la reina dando á su pregunta una acentuación incisiva.

—Sesenta años, señora, empleados la mayor parte en el servicio de los reyes antecesores de su alteza, vuestro augusto esposo.

—Sólo os he preguntado qué edad tenáis, y me lo habéis dicho: lo demás no es del caso. Ahora bien: ¿á los sesenta años aun vivís como viven las jóvenes?

Doña Estefanía no respondió.

—Es cierto que por un privilegio de la naturaleza, que creo no deba envidiarse, aparecéis más joven que yo, que sólo cuento veinticuatro años.

—Señora, vuestra alteza es un conjunto admirable de juventud y gracias.

—Basta, basta, doña Estefanía: no me agrada que me adulen.

—¡Señora!... estoy verdaderamente aterrada; vuestra alteza parece irritada contra mí.

—Deseo que no me interrumpáis, doña Estefanía: que no habléis sino cuando yo os pregunte.

Doña Estefanía se puso pálida, pero guardó silencio.

—Parece que os habéis enamorado locamente de cierto caballero español que se nos ha venido á Lisboa; aunque no tenéis canas, y aunque conserváis completamente todos los atractivos de vuestra juventud, era de suponer que los años y la experiencia, hija de ellos, os hubiesen hecho mas juiciosa. ¿Es cierto que vos alentáis con vuestra influencia en la corte las audacias de ese don Juan Tenorio, que parece destinado á vivir de los escándalos?

—Don Juan Tenorio, señora me ama y le amo. ¿Qué tiene esto de extraño?

—Creo que os permitís interrogarme: os lo perdono y voy á contestaros. Según mis noticias, habéis amado muchas veces; se dice que vos, en los tiempos del rey don Manuel, tenáis sobre él tal influencia, que gobernabais el reino, y las cosas sucedían como debían suceder mandando vos: el palacio estaba lleno, no de servidores del rey, sino de servidores vuestros. Dicen que poseáis secretos de don Manuel y que abusabais de ellos: entre otros se habla de uno, relativo á cierto hijo bastardo de un príncipe, legitimado por un gran señor: ¿es cierto, doña Estefanía?

—Ignoro completamente lo que vuestra alteza me pregunta.



—Voy á contaros una historia, por ver si también la ignoráis: podrá suceder que no os convenga saberla: vuestra respuesta me lo dirá.

La reina guardó silencio y meditó un momento para coordinar un relato.

Al fin la reina dijo:

—Hace diez y ocho años, el rey, mi señor, apenas tenía veinte. Entonces era príncipe y aún guardábais sobre él una grande influencia: habíais sido su aya.

El rey don Manuel os protegía y seguiais siendo el verdadero rey de Portugal.

Pero vos os dijisteis sin duda: la vida y la muerte de los reyes, como la de todas las criaturas, está en las manos de Dios. El rey don Manuel, aun es joven, pero bien puede ser que cuando menos se piense, muera: yo necesito pasar, en herencia con el reino, al príncipe don Juan, y tener sobre él tanta influencia como la tengo con su padre.

La reina doña María, esposa del rey don Manuel, criada en el ejemplo de su madre la reina de Castilla doña Isabel la Católica, tenía todas las virtudes de ésta, menos la grandeza y la energía: era lo que puede llamarse una santa, una pobre mártir, y ni aun pensó en disputaros el predominio que teniais sobre el rey su esposo.

Yo no me parezco, en esa parte, á la reina doña María; pero á qué afirmároslo si ya lo sabéis.

Hace cinco años produjisteis con vuestros celos de ambición, tal guerra intestina dentro del palacio, os indispusisteis de tal manera con el almirante que entonces privaba, por ciertas razones que vos sabéis, y que yo también sé, con el rey mi señor, que fué necesario que yo tomase cartas en el juego, y de tal manera las tomé que vos fuisteis desterrada del reino, y al almirante se le encerró en una torre, donde murió, no se sabe si de enfermedad, ó secretamente ajusticiado: ello es el caso que la corte quedó tranquila con vuestro destierro, con la muerte del almirante y la prisión de algunos señores, y que el rey fué rey, y yo fui reina; pero como vos sois una vieja palaciega, guardasteis cierta prenda que ha hecho que volváis otra vez á la corte y que yo os haya nombrado mi camarera mayor, no porque os estimase, sino porque teniéndos cerca os veía mejor y podía defenderme de vuestros artificios. Pero vuelvo á mi historia.

Quedé en el punto en que el rey mi señor era príncipe, tenía veinte años, y criado por vos se encontraba bajo vuestra tutela, abandonado á vos por el rey don Manuel, que os lo abandonaba todo.

La juventud es violenta y loca: la raza del

señor rey don Juan III, es dada á las emociones fuertes; á las aventuras.

Vos, como que queríais ser estimada por el príncipe, para tener abierto el camino del favor, cuando fuese rey, no sólo me reprendíais sus locuras, sino las alentabais.

¿Qué importaba que el joven príncipe se pervertiese, si su perversión debía ser la más fuerte base de vuestro poder, el día en que el príncipe llegase á ser rey.

Don Juan tenía el corazón ardiente, el pensamiento aventurero.

De noche se salía como un hidalgo cualquiera y acompañado de uno de los vuestros, se iba de aventuras por la ciudad; lo que algunas veces le puso en grandes apuros, hasta en el caso de defender su vida con su espada.

Una noche el príncipe pasaba junto á la iglesia de San Dionisio.

En su atrio, una luz puesta en un nicho, en que había un Ecce-homo, iluminaba hasta una corta distancia los objetos.

Junto al nicho, de pie, apoyada de espaldas contra la pared, había una mujer humildemente envuelta en un manto, de tal modo, que no se la veía el rostro; pero teniendo fuera del manto una mano extendida, como esperando una limosna.

El príncipe se detuvo junto á aquella mujer. Aquella mujer sollozaba.

Don Juan no pudo juzgar de si aquella mujer era hermosa ó fea, joven ó vieja, pero sí de la admirable belleza de la mano que tenía descubierta; esto bastó para incitar al príncipe, que, como criado por vos, era dado de una manera terrible á los vicios.

El príncipe puso una moneda de oro en aquella mano.

La mujer, al notar lo cuantioso de la limosna, se arrojó gimiendo de agradecimiento á los pies del príncipe.

Este la levantó.

Al levantarla, el manto que cubría la faz de aquella desdichada, se abrió, y el príncipe se enamoró de la maravillosa hermosura que el manto había dejado descubierta.

Era una niña de quince años.

—¿Sabéis cómo aquella niña se llamaba, doña Estefanía?

—Lo ignoro—contestó con voz apenas perceptible, doña Estefanía.

—Observo—dijo la reina—, que si no habéis perdido la juventud y la hermosura, habéis perdido completamente la memoria; y debéis alegraros de ello, porque si vuestra memoria estuviese viva, los remordimientos os hubieran envejecido: no podríais ser la mujer maravillosa sobre cuya edad se hacen apuestas.

Pero continuó.

Aquella niña se llamaba Esperanza Coello; y era hija del corregidor Sancho López Coello, que murió en una prisión; no se sabe si de

tristeza ó de muerte natural, ó ajusticiado en secreto.

¿Sabéis quién mató á Sancho López Coello, y quién fué la causa de que se confiscasen por el rey todos sus bienes? Responded.

—Sancho López Coello fué traidor; conspiró contra su alteza el rey don Manuel en pro de los descendientes del duque de Braganza.

—Eso se dijo al rey don Manuel; pero todo el delito de Sancho López Coello, consistió en que, como corregidor de Lisboa, se opuso á que cierta persona ambiciosa, se apoderase de unas pingües tierras que pertenecian á los bienes de la ciudad. ¿Sabéis quién fué esa persona? Responded.

—Yo, señora, pleiteaba con la ciudad por unas tierras, y razón y derecho tendria, sin duda, cuando los jueces sentenciaron el pleito en mi favor.

—Aterrados por la muerte que habia cabido al buen Sancho López Coello, á quien vos asesinasteis envolviéndole en una calumnia, y usando del poder del rey don Manuel. Ya veis que os era muy conocida la pobre niña que el príncipe don Juan encontró en el atrio de la iglesia de San Dionisio, pidiendo limosna á la media noche.

Por vuestra causa se veía reducida á aquel estado, aquella desgraciada. Los bienes de su padre habian sido confiscados, y reducidos á la miseria, á la más terrible miseria, su madre y ella.

El dolor por la muerte de su marido, el hambre, la desnudez, el frío, habian postrado de tal modo á la desventurada doña Ana de Araujo, que aquella noche, en un momento de desesperación, viendo á su madre próxima á sucumbir, Esperanza abandonó su casa y fué á pedir limosna á la cercana iglesia.

La reina doña Catalina inclinó la cabeza por un momento, y después continuó:

—El príncipe don Juan oyó la breve, pero terrible relación de las desventuras de aquella familia, de boca de Esperanza, y consoló á la joven dándole oro, y declarándola que tomaba á ella y á su madre bajo su protección.

Esperanza no podía menos de amar al hombre que salvaba á su madre. El príncipe don Juan era hermoso y viejo ya, aunque joven en el arte de seducir á las mujeres.

¿Qué tenía, pues, de extraño que Esperanza le amase?

A la noche siguiente á la de su encuentro, el príncipe, fingiéndose rico y noble caballero, habló, por la rejá de su casa, con Esperanza.

Poco tiempo después, Esperanza le amaba con toda su alma, y el príncipe entraba á las altas horas de la noche, en la casa, á visitar

á Esperanza, á quien siempre acompañaba su madre.

En vano el príncipe procuró hablar á solas á Esperanza: por loca que estuviere la pobre joven, su locura no habia llegado á dominar su virtud ni su dignidad.

Don Juan era violento, enloqueció y siguiendo vuestros malvados consejos, se propuso valerse del engaño; de la infamia.

Esperanza oyó la proposición de un casamiento secreto. Para justificar lo secreto de este casamiento, existía la declaración de traidor de Sancho López Coello, y la confesión de sus bienes.

Doña Ana de Araujo no tuvo que oponer nada á esta proposición, que en otro tiempo hubiera rechazado con toda la fuerza de su dignidad. Por otra parte, veía á Esperanza enamorada y deseaba, además, asegurar su suerte, por medio de su casamiento con un caballero noble y rico.

Don Juan se llamaba entonces Pedro Dávalos nombre supuesto que habia tomado para aquella aventura.

El casamiento secreto y falso se hizo.

Esperanza fué del príncipe don Juan.

Por algún tiempo, la pobre niña no pudo ser más feliz. Don Juan estaba ciegamente enamorado de ella; pero un nuevo amor, una nueva aventura hizo que don Juan, pretextando, un viaje, se separase de Esperanza.

Pasó algún tiempo y ninguna carta vino á consolarla.

Escribió al lugar donde su supuesto esposo habia dicho iba á trasladarse y no recibió contestación. Pasó un mes: pasaron dos, y nada supo. Pasaron tres más; por último, y en medio de su abandono y su miseria, Esperanza López Coello, dió á luz una niña á quien puso por nombre Isabel Pérez.

¿Conocéis á Isabel, doña Estefanía?

—Yo no tengo en esta triste historia, otra parte que la de protectora de doña Isabel.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad! Vos, que habíais causado todo aquello, os alegrásteis mucho de que existiese una prenda que un día podía servir os ó para recobrar vuestra influencia, si la perdíais, ó para aumentarla; porque ¡qué hombre no ama á sus hijos, y luego la edad trae el arrepentimiento de las faltas de la juventud, y con el arrepentimiento, el ansia de la reparación! Vos hicisteis que una persona de vuestra confianza se presentase en casa de la desdichada madre, á la cual no habíais perdido de vista; la revelase el verdadero nombre del padre de su hija; la falsedad de su casamiento, y el deseo supuesto del príncipe, no de volver á ver á la madre, sino de hacerse cargo de la hija; pero á condición de que doña Esperanza López Coello, y su madre doña Ana de Araujo, entrasen en un convento. Las dos señoras rechazaron la proposición y se fueron á pedir justicia al rey. ¡Ellas ignoraban que en Portugal no habia otro rey que vos, y reci-

bieron por contestación, á su demanda de audiencia, que el rey no quería ver ni oír á la esposa y á la hija de un traidor!

Esperanza y su madre se volvieron desoladas á casa.

Vos, por medio de personas asalariadas, no perdisteis de vista á la abuela, á la hija y á la nieta.

Don Juan había sido muy poco generoso con aquellas infelices.

Llegó un día en que apuraron sus recursos, y se vieron reducidas, de nuevo, á la miseria, pero á una miseria más terrible, porque estaba aumentada por la existencia de una criatura sin padre, por Isabel.

Entonces se volvió á hacer á aquellas pobres víctimas la proposición que antes habían rechazado, y á la que sucumbieron desesperadas.

Se hizo una señal indudable en el cuerpo de Isabel, esto es, una cicatriz en el hombro izquierdo, en forma de estrella.

La madre y la hija firmaron una declaración.

Isabel fué entregada á la persona á quien vos habíais dado el encargo de hacer este negocio, y Esperanza y Ana entraron en el convento del Espíritu Santo.

Las dos han muerto asesinadas por la tristeza y la desesperación.

Isabel ha sido criada por vos en Lisboa, de una manera secreta, como una dama noble y rica; y cuando fuisteis desterrada por el rey mi señor, os la llevasteis á España, de donde habéis vuelto, por ella, y sólo por ella.

La reina calló y miró de una manera terriblemente sombría á su camarera mayor, que estaba inmóvil como una estatua.

—Cuatro años habéis estado desterrada, y durante este tiempo habéis procurado en vano, volver á la gracia del rey mi esposo.

Desesperada ya, recurristeis á vuestro secreto. El rey ignoraba de todo punto, que teníais una hija desdichada Esperanza López Coello.

Vos se lo revelásteis por medio de una carta y acompañásteis á aquella revelación con una prueba indudable.

Con el retrato de Isabel, que es exactamente parecida á su madre.

Teníais junto al rey un buen servidor: Gastón de Riveira, su secretario, que tuvo sagacidad bastante para no ser envuelto en la desgracia en que caísteis, respecto al rey y, continuar siendo su secretario.

El rey mi señor, se conmovió al saber que tenía una hija, y fué tan noble y tan leal, que me lo reveló todo: que me pidió le perdonase un extravío de su insensata juventud, y le permitiese repararle trayendo á su corte y á su lado, á su hija doña Isabel.

La sangre de mi raza, doña Estefanía, se sobrepone á todas las miserias.

—Yo comprendí que el rey, mi señor, debía amar á la hija, resultado de uno de sus extravíos.

Yo consentí en que viniese á mi lado, y juré al rey mi señor, que la serviría de madre.

Consentí también que viniésteis á Portugal y á la Corte, y conociéndoos para teneros más segura, os nombré mi camarera mayor, en lugar de la duquesa de Coimbra, que acababa de morir.

Hice esto, porque os conocía, y para teneros más segura.

Ahora bien, doña Estefanía, ¿queréis saber por qué os he revelado yo lo que nunca os hubiera revelado: mi conocimiento de este secreto? Porque os conozco; porque os temo, y no por mí, sino por Isabel, á quien amo casi tanto como á mi hijo el príncipe don Juan.

—¿Y qué tiene que temer de mí, señora, Isabel, á quien he criado, á quien amo como si la hubiera dado vida en mis entrañas?

—Amáis más, mucho más á don Juan Tenorio. ¿Y sabéis lo que acaba de revelarnos al rey mi señor y á mí, Isabel, anegada en lágrimas, casi delirante? Que ama á don Juan Tenorio; que don Juan Tenorio la ama á ella, y que si no es su esposa, morirá.

—¡Ah!—exclamó doña Estefanía, sin poder contenerse—: ¿qué don Juan Tenorio la ama? ¡No, eso no puede ser! Si eso fuera, yo me volvería loca.

—¡La Providencia de Dios, doña Estefanía! Vos asesinásteis á la madre y á los abuelos de Isabel; Isabel, sin saberlo, los vengó, rompiéndolos el corazón. Habéis usado, como un instrumento, de esa niña, y ese instrumento se vuelve contra vos, y os mata; no tenéis derecho á quejaros; no os atreváis á vengaros, porque si acontece la más leve desgracia á Isabel, tenedlo por seguro, moriré del mismo modo que murió Sancho López Coello, abuelo de Isabel. No tengo más que deciros; salid.

Doña Estefanía se inclinó por tres veces, con el mayor respeto, y salió.

La reina doña Catalina, grave y tranquila, como si nada hubiese dicho, tomó su libro de horas y siguió rezando.

XI

Gastón de Riveira entró receloso, pero encubriendo perfectamente su recelo, en la cámara del rey.

Don Juan III se paseaba á lo largo de ella.

—¿He tenido la honra de que vuestra alteza me llame?—dijo Gastón sin pasar de la puerta de la cámara.

—Sí—dijo el rey con acento distraído—: tengo que hacerte algunas preguntas.

—Responderé á vuestra alteza lealmente—contestó Gastón.

—Veamos. ¿A qué altura te hallas con doña Estefanía? Me parece que no estáis muy de acuerdo.

—Señor—dijo Gastón—: cuando vuestra alteza me favoreció, hace algunos años, con su confianza, cuando entré en la corte, y corré á doña Estefanía, me enamoré perdidamente de ella.

—Sí, sí, ya lo sé; y si no te has casado con doña Estefanía, es porque ella pica más alto: esto no obstante, doña Estefanía te estimaba mucho para amigo íntimo, y yo creía que esto sería más duradero.

—Las circunstancias han variado, señor: ya sabe vuestra alteza que en los cuatro años que ha durado el destierro de doña Estefanía, yo he suplicado continuamente á mi rey y señor, la volviese á su gracia; porque la amaba, porque mi vida, lejos de ella, era muy triste y hubiera sido desesperada, si para consolarme no hubiera tenido la estimación que vuestra alteza se digna otorgarme.

—La verdad es que tú y ella sois dos malvados, que os achicáis cuando estáis separados el uno del otro; la verdad es que yo cometo un gran delito en tener á mi lado, sin mandar que le ahorquen, á un bribón como tú: ¿y sabes por qué vives, Gastón? porque tu codicia, tu vanidad y tu ambición te aconsejan me sirvas bien: porque sin mí no puedes ser nada, y eres bastante astuto y lo ves demasiado bien todo para que yo quiera desprenderme de ti, sabiendo que los partidarios de los Braganzas, por una parte, y por otra los de los Viseos, andan descontentos y pretenden minarme el trono.

—Mientras yo viva, señor—dijo Gastón—, vuestra alteza no será sorprendido; lo sabrá todo. A propósito, tengo una grave advertencia que hacer á vuestra alteza.

—¿Cuál?

—Doña Leonor de Sese está en Lisboa.

Don Juan III se puso pálido como un cadáver: lo que demostraba que no había olvidado á doña Leonor.

—¿Qué decís! ¡que está doña Leonor de Sese en Lisboa! ¿Desde cuando?

—Desde hace tres meses.

—¿Y por qué lo he ignorado yo?—dijo el rey mirando de una manera amenazadora á Gastón.

—Yo no lo he sabido hasta hoy, señor.

—¿Y dónde está?

—En la hostería de la Corona.

—¿Sola?

—No, señor.

—¿Quién la acompaña?

—Su amante.

Los ojos del rey rodaron de una manera te-

rrible en sus órbitas, y adelantó con los puños crispados, hacia Gastón, que permaneció impasible.

—¡Mientes!—dijo el rey—; ¡mientes como un villano!

Y luego, asiendo un brazo de Gastón, y sacudiéndole, le dijo:

—Tienes miedo: sabes que estás á punto de perder mi confianza, y dar en un calabozo, y quieres volverme loco: no, lo que me has dicho no puede ser; es posible que Leonor esté en Lisboa, pero no que tenga un amante. La que despreció los amores del rey de Portugal, no puede haberse olvidado de sí misma, hasta el punto de ser amante de un vasallo mío.

—El hombre á quien ama doña Leonor, y de quien es amante no es vasallo de vuestra alteza.

—¿Que no es mi vasallo y vive en Lisboa?

—En Lisboa hay muchos extranjeros, señor.

—¿Y es extranjero el hombre que... acompaña á doña Leonor?

—Extranjero es.

—¿De qué tierra?

—De España.

—¿Su nombre!

—Don Juan Tenorio.

El rey soltó el brazo de Gastón; se pasó la mano por la frente, y se puso á pasear de nuevo vivamente agitado, por la cámara.

De repente se detuvo delante de Gastón, que cada vez aparecía más sereno, y le dijo:

—¿Doña Leonor está disfrazada de hombre? ¿hace el oficio de paje de don Juan Tenorio?

—Sí, señor—contestó Gastón—, pero ¿quién lo ha dicho á vuestra alteza?

—Nada te importa quien me lo haya dicho.

—Sé quien es quien ha revelado á vuestra alteza la situación en que doña Leonor de Sese se encuentra en Lisboa.

—¿Qué lo sabes?

—Sí, señor, sí. Esa persona es... vuestra hija.

—¿Isabel!

—¡Sí! ¡sí señor!

—¿Y cómo lo ha sabido doña Isabel?

—Se lo he revelado yo.

—¿Tú!

—Sí: hay algo que ignora vuestra alteza, y que voy á revelárselo; porque estoy desesperado; porque me importa poco morir, porque si no muero, mato.

—Habla.

—Me permitirá vuestra alteza que tome el cuento algo largo.

—¡Habla y acaba!—dijo el rey que estaba demudado.

Y volvió de nuevo á pasear á lo largo de la cámara.

—La primera vez que vi á don Juan Tenorio, fué cuando fui acompañando á vuestra alteza en su viaje de incógnito al pueblo de Somorinos, en la frontera de España. Le odié desde que le vi, y fué necesario que vuestra alteza me prohibiese provocarle, para que no le provocara á un duelo á todo trance. ¡El corazón me decía que había de tener razones para aborrecer á muerte á don Juan Tenorio!

—¿Y qué razones eran esas?

—Vuestra hija bastarda.

—¡Eres audaz hasta lo increíble, Gastón! ¡Sólo tú te atreverías á llamar delante de mí, mi hija bastarda á doña Isabel!

—Tengo la honra de ser secretario de vuestra alteza.

—A tanto puedes atreverte, que el rey para tener más guardados sus secretos, arroje á su secretario en la tumba.

—Vuestra alteza es dueño de mi vida, señor.

—Continúa. ¿Por qué razón doña Isabel, ha llegado á ser la causa de tu odio, contra don Juan?

—Porque desde que vi, de vuelta de su destierro á doña Isabel, y digo de su destierro porque ha partido el de doña Estefanía, perdonadme señor, si me atrevo á confesarlo á vuestra alteza, amo á doña Isabel; la amo de tal manera, que por ella esperaré tranquilo un rayo del cielo. Estoy loco, señor, y desesperado.

—Continúa—dijo el rey.

—Yo ignoraba que doña Isabel amase á don Juan; lo he ignorado hasta hoy: yo creía que don Juan Tenorio amaba á doña Estefanía. Doña Estefanía había sido terriblemente franca conmigo, y yo horrorosamente franco con ella. Ella me dijo que me había olvidado, porque amaba á don Juan. Yo la dije que me alegraba de ello, porque me había sucedido lo mismo; porque la había olvidado por doña Isabel. Quedamos, pues, doña Estefanía y yo en la mayor amistad. Cuando no veía en palacio á doña Isabel, me iba á verla á casa de doña Estefanía, con la cual vive; nada la dije; nada la he dicho; pero las mujeres, señor, conocen que son amadas, y hasta qué punto lo son. Doña Isabel me dijo un día, ha más de un mes:—Señor Gastón; sé que sois muy amigo mío, y espero que me haréis un favor: necesito una litera dorada, dos lacayos que no me conozcan, y dos hombres valientes que me acompañen. Tomad para la litera; buscad una casa donde estén esa silla de manos y esos hombres, para cuando yo los necesite.—Yo me presté á la voluntad de doña Isabel; primero, porque aunque doña Isabel me hubiera pedido un enorme sacrificio lo hubiera hecho; y segundo, porque necesitaba saber para qué quería doña Isabel aquella silla de manos.

—Y bien, bien; ¿para qué la quería mi hija?—preguntó el rey con impaciencia.

—Yo busqué una casa de confianza, en la

calle sin salida de los Abades, y seguí, sin ser notado, los pasos de doña Isabel. Al día siguiente de haberla dicho que tenía á su disposición en la última casa de la calle de los Abades, una silla de manos y dos hombres para escoltarla, doña Isabel salió muy de mañana con su dueña doña Guiomar. Esia, que está á mi devoción, vendida á mi, me avisó por un criado, de que doña Isabel había ido con ella á la iglesia; esta era una frase convenida, que quería decir, que había ido á la casa de la calle de los Abades. Fui sin perder tiempo; me puse en acecho en un soportal, cerca de la callejuela, y á poco vi que la silla de manos salía; la seguí á lo largo, vi que paraba en la calle del Oro, delante de la tienda del platero Lope Pereira, que salía de la silla de manos; que entraba en la tienda y desaparecía después por la trastienda con Lope Pereira.

—Desde hace un mes, doña Isabel me pide grandes cantidades, que yo no sé negarla—dijo don Juan—; la amo demasiado; he tenido la debilidad de decirle que es mi hija, por tener el placer de abrazarla, de gozar de sus caricias; y ¿cómo, cómo conoce doña Isabel á ese miserable Lope Pereira?—añadió el rey haciendo una brusca transición.

—Ya conoce vuestra alteza á ese hombre. Vuestra alteza sabe lo interesado que es; pero lo que vuestra alteza no sabe es, que cuando una dama hermosa va á comprar joyas á casa de Lope Pereira, por la fama que tiene de vender barato, si puede hablarla sin que nadie le oiga, la dice:—Será muy posible, hermosa señora, que tengáis algunos amores contrariados por vuestros parientes: disponed de mí.—Doña Isabel habrá ido alguna vez con alguna de sus doncellas á casa de Lope Pereira, y he aquí cómo ha podido saber que tenía en él un buen servidor.

—¿Ha entrado alguna vez en esa casa don Juan Tenorio?—dijo con acento terrible el rey.

—No, no señor; hasta hoy, don Juan no ha hablado con doña Isabel.

—¿Y cómo puedes tú tener seguridad de ello?

—Yo no dejo nunca de averiguar lo que se debe averiguar, señor; el mismo día en que doña Isabel entró por primera vez en casa de Lope Pereira, apenas se fué, me encerré yo con el platero. Le compré, y me ofreció tenerme al corriente de todo. Supe que doña Isabel le había encargado observase á don Juan; averiguase su vida; y cuando supo que don Juan iba disfrazado á las casas de juego para no ser conocido, dió á Lope Pereira dinero para que se fuese á jugar con don Juan y procurase perder.

—¡Oh! ¡las mujeres cuando aman!... Pero continúa, Gastón, continúa.

—Supe también, que vigilando Lope Pereira á don Juan, había descubierto que un paje, que con él vive, era una mujer. Pregunté á Lope

Pereira si sabía quién aquella mujer fuese, y me respondió que no; que sólo sabía que era muy hermosa; que se teñía el rostro y las manos, y que siendo admirablemente blanca aparecía morena. Lope Pereira pudo observar, á su placer, á la dama disfrazada de hombre que acompañaba á don Juan, tomando un aposento contiguo al que esta señora ocupa en la hostería, y abriendo con la punta de su daga un pequeño agujero en un tabique que da á la habitación donde doña Leonor se viste. Yo me puse en acecho y por aquel agujero vi que la dama era doña Leonor de Sese.

—¿Estás seguro? — dijo con voz trémula de ansiedad el rey.

—Conozco demasiado á doña Leonor y no puedo equivocarme. ¡Y se conserva hermosa, hermosísima! ¡Está mucho más hermosa que antes!

El rey volvió á su paseo, cabizbajo, silencioso, terrible.

Gastón no se atrevió á interrumpir el silencio del rey.

Detúvose éste de repente, y volviéndose bruscamente á Gastón, le dijo:

—¿Y doña Leonor, sale á la calle?

—Sí, señor—contestó Gastón—; y puede salir sin temor; acompaña muchas veces á don Juan; y con su traje de hombre, sus cabellos cortados y el color moreno que tiene su semblante y sus manos, es imposible reconocerla.

—Pero sus ojos, sus hermosos ojos, su tranquila y serena mirada no pueden olvidarse, no pueden confundirse...

—Señor, la expresión de la mirada y del semblante de doña Leonor, han cambiado; son una mirada y una expresión sombrías, terribles.

—¿Y qué causa, qué motivos puede tener doña Leonor para que su mirada aparezca terrible y sombría?

—En primer lugar, señor, doña Leonor debe estar celosa de don Juan; en segundo lugar, doña Leonor sabe que es nieta bastarda del duque de Visco.

—¿Qué me quieres decir con eso?—dijo el rey mirando de una manera fija y amenazadora á Gastón.

—Que es muy posible que don Juan y doña Leonor hayan venido á Lisboa con proyectos ambiciosos.

—¿Y quién ha revelado á doña Leonor que es nieta bastarda del duque de Visco?

—No ha podido ser otra persona que doña Estefanía; porque ella sola conoce ese secreto.

—No, puesto que tú conoces también tú.

—Yo he sido por mucho tiempo, señor, el alma de doña Estefanía.

—¿Y por qué no me has dicho que doña Leonor sabía ese secreto?

—¿Para qué, señor? ¿para disgustar á vuestra alteza? Don Luis de Sese y doña Leonor habían salido del reino; era de presumir que no volviesen á él.

—Estoy adivinando detrás de todo esto, algo horroroso, algo que puede ser un crimen. Don Luis de Sese y su hija salieron de Portugal y se perdieron como una gota de agua que cae en el mar. No puede concebirse que no se recibieran noticias de un caballero tal, como el buen alférez mayor; y sin embargo, yo que he escrito preguntando por él á mi hermano el rey de España, no he tenido otra contestación, sino la de que no se sabía la entrada de don Luis de Sese y su hija en España. Te advierto, que para todo seré indulgente, menos para un crimen. Háblame claro, Gastón, si quieres que yo sea menos severo contigo. ¿Sabes lo que ha sido de don Luis de Sese?

—Lo ignoro, señor—dijo con la seguridad y el aplomo de la inocencia, Gastón.

—¿Sabes si puede informarme de ello doña Estefanía?

—Doña Estefanía se encuentra en el mismo caso que yo.

El rey guardó de nuevo silencio.

—¿Por qué no me has dicho—dijo al fin el rey—que estaba doña Leonor en Lisboa?

—Porque hasta ayer no lo he sabido, señor; y quería averiguar algo más para dar noticias más importantes á vuestra alteza.

—Y qué, ¿no te parece una noticia terrible la de que doña Leonor es amante de don Juan Tenorio? ¿No conoces mis secretos? ¿No sabes que doña Leonor me volvió loco, que no la he olvidado, que he revuelto el mundo por medio de emisarios, por averiguar su paradero?

—Y bien, señor, ya lo sabéis, á causa de vuestra hija, que enamorada de don Juan, celosa, hizo que Lope Pereira le espiese.

—Doña Isabel está loca; me ha dicho llorando, que adora á don Juan; que tiene celos de él; que don Juan vive con una mujer vestida de hombre; que quere se la entregue esa mujer; ¡y esa mujer es doña Leonor de Sese!

El rey tornó á su paseo y á su cólera silenciosa y concentrada.

—Acaba, acaba de decirme todo lo que sepa—dijo el rey encarándose de nuevo con Gastón de Riveira.

—Lo que sé, señor, es que esta mañana don Juan Tenorio siguió la silla de manos de doña Isabel, que ahuyentó á los que la escoltaban; se apoderó de la silla y se la llevó, con doña Isabel dentro, al campo, donde ha estado solo algunas horas con doña Isabel.

—¡Vive Dios—exclamó don Juan III—, que ese don Juan Tenorio se atreve á mucho!

—En vuestras manos, señor, está el que deje de atreverse.

—Don Juan Tenorio está protegido por el emperador don Carlos, y yo me veo obligado por consideración y por respeto al rey de España, á respetar á don Juan mientras no haya causa ostensible para obrar contra él. Que dos mujeres le amen, por más que la una sea mi hija bastarda, y la otra el amor que más se ha apoderado de mi alma, no es razón bas-

—¿Y bien, qué?

—¿Se sabe por qué está ahí esa galera, cuando está en Lisboa disfrazada una nieta bastarda del duque de Viseo, con don Juan Tenorio, su amante, protegido del emperador Carlos V?

—De tu boca no pueden salir más que la calumnia y la infamia—dijo el rey completamente demudado—; la rabia de qué doña Isabel ame á don Juan Tenorio, te hace atreverte á todo; hasta á calumniar, de una manera insidiosa al noble rey de España, al hermano de la reina



—¡Mientes!—dijo el rey—; ¡mientes como un villano! (pág. 62)

tante para que yo haga probar el peso de mi poder á don Juan.

—Don Juan, señor, puede perderse, perderse, de tal modo, que por más que el emperador su amo, le busque, no le encuentre.

—¡Como se perdió, sin duda, mi desgraciado alférez mayor don Luis de Sese!—dijo el rey fijando en Gastón de Riveira una mirada de muerte que le aterró.

Sin embargo, se rehizo y dijo:

—Puede ser que hubiese motivo para ejercer contra don Juan Tenorio, un acto de justicia.

—¿Cuál? ¿qué motivo puede ser eso?

—Hace un mes está en las aguas de Lisboa, en la entrada de la bahía, una galera real española, de dos bandas,

mi esposa. ¡Ah! te has atrevido á aconsejarme un crimen; te has olvidado que el rey don Juan III es el rey más caballero del mundo, y te has sentenciado. ¡Hola, Balboa!

—Se abrió la mampara y apareció un camarero.

—Tomad—le dijo el rey—la espada y el puñal á este hombre; sacadle de aquí y llevadle, con buena guardia, sin que hable con nadie, al castillo viejo, donde de mi orden, mandaréis que se le encierre. ¡Id!

Balboa desarmó á Gastón de Riveira y le sacó de la cámara real.

El rey se quedó poseído por un furor sordo.

Temblaba todo, y estaba pálido como un cadáver.

—Y es posible—dijo—; Carlos V es ambicioso, y á pesar de estar casado con mi hermana Isabel; y de estar casado yo con su hermana doña Catalina, se alegraría mucho de apoderarse de Portugal. Don Juan Tenorio es valiente, lentado, ambicioso. Doña Leonor, nieta bastarda del duque de Viseo, es su amante. ¡Dios de Dios! todo se conjura contra mí; todo se une para irritarme, para volverme loco; y mi hija, mi Isabel ama también á ese hombre; y le ama ciega, la miserable doña Estefania, que conoce todos mis secretos. ¡Hola!... ¡Pedralva!—añadió el rey acercándose á la puerta de su cámara.

Aquella puerta se abrió y apareció un camarero joven y al parecer alentado.

—Toma tu capa y tu sombrero — dijo el rey — y vuelve.

Pedralva se retiró.

Entretanto el rey se puso un antifaz; se ciñó una espada y una daga; se envolvió en una capa y esperó á Pedralva.

Cuando éste volvió, le dijo:

—Ven acá; dame tu pañuelo; te voy á vendar los ojos.

Pedralva entregó su pañuelo y su cabeza al rey, que le puso sobre los ojos el pañuelo.

Luego, y cuando nada pudo ver Pedralva, llegó á un ángulo de la cámara, apartó un sillón, oprimió con la mano la tapicería, y se abrió en silencio una puerta secreta.

El rey asió por la mano á Pedralva y le sacó por aquella puerta, que instantáneamente se cerró.

En aquel momento se abrió una mampara de la cámara y entró un hombrecillo.

Era el bufón del rey.

—¡Ah, hermano Juan!—dijo éste—¡te has perdido! vas de aventuras, y estas aventuras pueden importar mucho á tu hija doña Isabel; pues bien, detrás de ti se va el ratón, y por el pasadizo por donde tú te escurras, se escurrirá él. Al bolsillo con los cacabeles; es necesario no armar ruido.

Y se guardó en uno de los bolsillos de sus grüescos, su caperuza, y en el otro su cinturón.

Tomó del mismo armario de donde el rey había tomado su capa y su sombrero, una gorra y un tabardo que le servía cumplidamente de capa, se fué á la puerta secreta, la abrió y desapareció por ella.

XII

El rey bajó unas estrechísimas escaleras de caracol, abiertas en el grueso del muro, y al fin de ellas abrió otra puerta secreta, y se encontró en un pasadizo lóbrego, después del cual llegó á un pequeño, alto y estrecho patio del alcázar; se perdió en un ángulo de él, por otro pasadizo, llegó á un centinela, le dió una seña, y el centinela abrió un postigo por el cual salió el rey llevando de la mano á Pedralva.

Una vez fuera, el rey se encontró en una callejuela estrecha; la recorrió, se apartó del alcázar, y sólo entonces quitó á Pedralva el pañuelo de sobre los ojos.

Entretanto el tío Peralvillo, el bufón del rey, había llegado al mismo patio; y una vez allí, había tomado otro pasadizo á la carrera y por el patio y la puerta principal del alcázar había salido, y tomando la vuelta á todo correr, había alcanzado al rey y á Pedralva, poniéndose recatadamente en su seguimiento.

—A casa del corregidor — dijo el rey á Pedralva.

—La casa del corregidor está lejos, señor—dijo el camarero.

—Pues de prisa y silencio.

Y rey y vasallo tomaron á paso largo las estrechas, oscuras y silenciosas calles.

El bufón iba detrás, á la larga.

Después de haber recorrido un gran trecho, Pedralva se detuvo á la puerta de una gran casa, cerrada ya, porque la noche estaba algo avanzada.

—Llama;—dijo el rey—, y cuando pregunten, responde que vienes con una orden de su alteza el rey.

Pedralva llamó á la puerta.

Poco tiempo después se abrió en ésta un ventanillo, y una voz grosera dijo:

—¿Qué se ofrece á estas horas?

—Decid al corregidor, que dos hidalgos de la casa del rey vienen á traerle una orden de su alteza.

La puerta se abrió inmediatamente.

El criado que la había abierto, al ver que uno de los que entraban llevaba un antifaz sobre el rostro, quiso volver á cerrar, dejándoles fuera.

—¡Imbécil—dijo el rey—, ¿crees que somos ladrones que nos atrevemos á venir á robar el corregidor de Lisboa? Cierra la puerta, guárdate la llave, y ve y avisa al corregidor, que de orden del rey, un caballero viene á hablarle.

Don Juan III de Portugal era un rey del género de don Pedro de Castilla. Su voz, su actitud, un no sé que misterioso que de él se desprendía, causaban temor á los más alentados.

El portero no se atrevió á contestar. Dejó la luz que tenía en las manos, en el suelo, y se fué á llevar al corregidor el mensaje que había recibido.

Algunos minutos después, un caballero anciano y de aspecto noble, volvió con el portero, que traía otra luz.

—Venid, acá, señor Núñez de Figueroa—dijo el rey; al escuchar cuya voz el corregidor, se puso densamente pálido.

Se acercó al rey.

El rey se volvió de manera que no le viese el portero y se quitó el antifaz por un momento.

—Callad—dijo el rey—; ya no podéis tener duda de quién soy yo. Oid; vos mismo, con algunos alguaciles, iréis al momento á la hostería de la Corona; preguntaréis por don Juan Tenorio, y os presentaréis en su aposento; allí encontraréis un paje de don Juan, y le prenderéis y le conduciréis al Castillo Viejo, donde os aguardaré yo.

El rey estaba junto á la puerta de la casa cuando pronunció estas palabras, y pegado al ventanillo de la puerta por la parte de fuera, el bufón, no había perdido una sola de ellas.

Apenas tuvo lugar de escucharlas, cuando se separó de la puerta y dió á correr á lo largo de la calle, diciendo para sí:

—Mientras el buen Núñez Figueroa manda llamar á su ronda y su ronda viene, ya habrá pasado bien media hora; en media hora se puede hacer mucho. Apretemos los talones.

Y siguió corriendo con más violencia.

Diez minutos después, se detenía, jadeando, en la plaza de San Antonio á la puerta de una hostería, á través de cuyas vidrieras se veía un salón lleno de gente que bebía y se divertía.

—¡Ah, diablo!—dijo el bufón—¿por qué hay tanta gente aquí? esto no es natural, ni los que aquí hay tienen las mejores caras. A estas horas sólo debía haber aquí algunos estudiantes trasnochadores, ó algunos perdidos de los que hacen de la noche día. Pero adelante; no podemos perder tiempo. Por si hay alguien ahí que me conozca, encubrámonos.

Y se rebozó en el tabardo, entró y dijo á uno de los mozos:

—Decid al caballero español don Juan Tenorio, que vive en esta hostería, que un hombre honrado le trae un mensaje de doña Leonor de Sese.

—Don Juan Tenorio—dijo el sirviente—aún no

ha vuelto; pero arriba está su paje á quien podéis ver si queréis.

—Perfectamente—dijo el bufón—; guiadme allá.

—Subid las escaleras; á la derecha encontraréis una puerta; aquel es el aposento de don Juan Tenorio.

El bufón no se detuvo. Trepó por las escaleras; llegó á la puerta indicada por el mozo y llamó con fuerza.

No respondieron.

—O no estás dentro, ó vas á abrirme al punto—dijo el bufón, y añadió—: **abrid, pronto**, ¡vive Dios, que traigo para don Juan Tenorio un billete de doña Isabel Dávalos

Aquella palabra produjo un efecto mágico.

Se abrió la puerta y apareció un paje con una bujía en la mano.

Aquel paje era doña Leonor.

Estaba hermosísima; pero completamente desconocida.

—Dadme ese billete—dijo con la voz trémula.

—Aquí no—dijo el bufón sin descubrirse—; un poco más adentro. Cerrad; es necesario que nadie nos sorprenda.

Doña Leonor cerró y entró en una habitación inmediata, seguida del bufón.

—¿Me conocéis?—dijo éste descubriéndose.

—No os conozco—dijo doña Leonor por prudencia, aunque conocía demasiado al tío Peralvillo.

—Pues yo sí os conozco—dijo el bufón—; vos sois doña Leonor de Sese.

La joven hizo un movimiento de sorpresa y de temor.

—No hay que perder un momento—dijo el tío Peralvillo—. El rey sabe que estáis en Lisboa, y yo sé que el rey lo sabe, porque he escuchado toda su conversación con el miserable Gastón de Riveira, escondido entre el tapiz y la mampara de la cámara. No perdamos ni un instante; el corregidor viene á prenderos de orden del rey.

Doña Leonor se estremeció.

—Escribiré á don Juan que salgo con vos—dijo.

—¡Ni un instante, ni un instanté! — dijo el bufón — el corregidor debe estar ya cerca.

—Yo podría defenderme—dijo doña Leonor.

—Sería inútil. Seguidme si queréis salvaros.

Inspiró tal terror á la joven la noticia de que el rey enviaba al corregidor á prenderla, que sin tomarse más tiempo que para coger su capa y su gorra, salió con el bufón.

Cinco minutos después atravesaban á largos pasos la plaza de San Antonio.

El corregidor aun no había llegado.

El bufón llevaba á doña Leonor por el lado opuesto á aquel por donde debía llegar á la hostería el corregidor.

La luna se había puesto, y la noche estaba densamente oscura.

En aquellos tiempos no había más alumbrado en las calles que algún farol agonizante que solía encontrarse alumbrando al nicho de un santo, y esto con poca frecuencia.

Al verse doña Leonor sola con el bufón, adelantando por un enmarañamiento de callejuelas lóbregas, se arrepintió y temió haber caído en un lazo que se la hubiese tendido.

—¿Por qué os habéis interesado por mí?— dijo al tío Peralvillo.

—¿Por qué, señora?— contestó el bufón—; por muchas razones: la primera, porque ya sabéis que os estimo desde que fuisteis menina de la reina. Pero no andéis tan de prisa, señora, que os fugáis, y ya no hay temor de que os encuentren.

Doña Leonor que, en efecto, se había fatigado, acortó el paso.

—La segunda razón que he tenido—dijo el tío Peralvillo, es que aborrezco de muerte á doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, vuestra enemiga: y la tercera, que sé quien sois, lo que pensáis hacer, y me pongo á vuestro lado. Yo puedo daros las pruebas de que sois nieta del duque de Visco.

—¡Callad!—dijo doña Leonor—; temo que nos escuchen las paredes.

—Y decidme, señora: ¿qué fué de vuestro noble padre? Yo sospecho que fué envenenado.

—¿Y por qué lo sospecháis?

—Porque por aquel tiempo supe yo, porque sé todo lo que pasa en el alcázar, como que soy su ratón y me escurro por todas partes, que doña Estefanía había recibido algunas veces, secretamente, al doctor Agnus Dei, médico de su alteza, bribón acartonado, que es capaz, por una mezquina recompensa, de envenenar á su padre si resucitase; si es que el padre del doctor Agnus Dei ha sido un hombre y no el diablo.

—¡Ah!—dijo doña Leonor—¿Pero dónde me lleváis, tío Peralvillo?

—A una casa completamente segura: á la del platero Lope Pereira, en la calle del Oro.

—¿Y ese hombre abrirá á estas horas?

—No son más que las diez de la noche, y fuesen las tres de la mañana, os aseguro que abriría.

—¿Falta mucho para llegar á esa casa?

—A la revuelta de esta calle, entraremos en la del Oro, y cincuenta pasos más allá está la casa del señor Lope Pereira.

—Pues andemos deprisa; me tarda estar en un lugar seguro.

Al poco tiempo llegaban á la puerta del platero.

El bufón dió en la puerta tres golpes fuertes con el pomo de su puñal; dejó pasar un inter-

valo; dió otros tres golpes, y otros tres después de un intervalo semejante.

Se abrió una ventana en el piso superior, y la voz de Lope Pereira, dijo recatadamente desde la ventana.

—No llaméis más Voy á abrir al momento. Y la ventana se cerró.

—La manera que habéis tenido de llamar—dijo doña Leonor—, es sin duda una cosa convenida. ¿Qué casa es esta?

—Nada temáis, señora. Si yo quisiera perderos no os hubiera avisado, bastante perdida estabais con que el rey se hubiera apoderado de vos.

—No importa—dijo doña Leonor—; yo no entro aquí.

Sonaron entonces los cerrojos que descorría por dentro Lope Pereira.

—¡Entraréis mal que os pese!—dijo el bufón trocando su voz, hasta entonces afable, en una voz terriblemente amenazadora, y asiendo al mismo tiempo á doña Leonor por un brazo con una fuerza incontrastable.

Entonces se abrió la puerta, y el bufón arrastró dentro á doña Leonor.

—¿Qué es esto?—dijo Lope Pereira.

—Lo primero que habéis de hacer es cerrar, ¿no veis que traigo conmigo al paje de don Juan Tenorio?

—¡Ah!—exclamó Lope Pereira cerrando la puerta y echando su cerrojo.

—¡Ved lo que hacéis!—dijo doña Leonor—; no sea que os pese.

—Lo que habéis de hacer—dijo el bufón—, es sujetarla mientras yo abro la puerta y salgo; y cuenta con lo que hacéis, porque voy á avisar á doña Isabel Dávalos, de que he traído á vuestra casa á la querida de don Juan Tenorio.

Y como Lope Pereira hubiese asido por el otro brazo á la asombrada joven, la soltó, descerró los cerrojos, abrió la puerta y salió.

Se detuvo un momento hasta que sintió que Lope Pereira cerraba.

Después, á la carrera, se encaminó al alcázar, le rodeó, llegó á la plaza Real y llamó á la puerta de la casa de doña Estefanía, donde habitaba doña Isabel.

Doña Estefanía estaba en palacio cumpliendo con su cargo de camarera mayor.

Hasta que se recogiese la reina, doña Estefanía no podía volver á su casa, y la reina se recogía tarde.

El bufón llamó y anunció que llevaba á doña Isabel un recado de doña Estefanía.

—Doña Isabel—dijo el criado que había abierto—, ha venido enferma á casa y se ha recogido.

—No importa; decid lo que os he dicho á

su dueña doña Guiomar; que la despierte y que la diga que el tío Peralvillo tiene que hablarla de un asunto muy importante, por encargo de la señora camarera mayor.

Esta artimaña del bufón, le produjo el resultado que se había propuesto.

Inmediatamente fué recibido por doña Isabel, á quien acompañaba doña Guiomar.

—Lo que tengo que deciros, señora, requiere que os hable á solas—dijo el tío Peralvillo.

En tal situación se encontraba doña Isabel, que creyó que en efecto, el bufón tendría que hablarla de algo muy grave de parte de doña Estefanía, y mandó á doña Guiomar que se retirase.

Luego cerró con llave la puerta por donde la dueña había salido, y llevó al bufón á una pequeña y lindísima recámara.

—Aquí no puede escucharnos nadie—dijo doña Isabel—. Podéis hablar sin temor. Sentaos.

—Yo me siento delante del rey, de la reina, del príncipe; les hablo de tú, les digo la primera sandez que se me ocurre para hacerles reír, porque yo he nacido para hacer reír; pero delante de vos, doña Isabel, ni puedo sentarme ni reirme. Sois para mí una muy alta persona; más alta que el rey don Juan III de Portugal, y más que todos los reyes de la tierra. Y no lo digo esto porque yo sepa que sois hija natural del rey.

—¡Yo! ¡qué decís!—exclamó doña Isabel, á quien iban alarmando las palabras, el acento, la mirada, la expresión, del tío Peralvillo.

—Yo sé todo lo que se hace y lo que se dice en palacio. Soy una oreja siempre abierta; veo hasta en medio de las tinieblas; y lo que no veo ú oigo, lo adivino por lo que he visto y oído. Vos, señora, nada habéis hecho; nada habéis dicho que yo pueda haber visto ú oído, acerca de lo que voy á deciros, y sin embargo, sé que estáis enamorada de cierto caballero español, con quien habéis pasado algunas horas, hoy mismo, en el campo.

—¡Acabad de una vez!

—No me envía la camarera mayor, que está sin saber lo que la pasa en palacio, porque la reina la ha amenazado con hacer con ella algo espantoso, si por celos de vos, á causa de su amor por don Juan Tenorio, se atreve á vos en lo más pequeño. No, yo vengo por mí mismo; yo vengo á deciros no tengáis celos del amor que don Juan finge á doña Estefanía, porque lo que quiere don Juan, es, arrancar á doña Estefanía ciertos papeles que prueban que una dama que se perdió hace cuatro años, doña Leonor de Sese, es nieta bastarda del duque de Viseo.

—¿Quién es esa doña Leonor de Sese? ¿qué

interés tiene don Juan en probar que esa doña Leonor es bastarda del duque de Viseo?

—Esa doña Leonor, señora, es la mujer que, disfrazada de paje, vive con don Juan.

—¡Ah!—exclamó con un acento profundamente doloroso doña Isabel—¡Ese era el secreto que no pertenecía á don Juan!

—¡Oh!—dijo el bufón—; este es un enmarañamiento de secretos, doña Isabel: ¿por qué creéis que don Juan tiene á su lado, bajo el disfraz de paje, á doña Leonor? Pues bien; á don Juan le ciega la ambición. Su alteza el rey, vuestro padre, es tan terrible, como el rey don Pedro IV y como el rey don Juan II, quemó por su misma mano á sus primos los duques de Braganza y de Viseo. La nobleza teme al rey porque el rey es aficionado en demasía á cabezas de magnates, y no hay señor portugués que tenga seguridad en encontrarse mañana por la mañana con la cabeza sobre los hombros. Por lo mismo, una descendiente del duque de Viseo, aunque sea bastarda, puede contar con partidarios que la ayudea para subir al trono. Como doña Leonor de Sese ama á don Juan Tenorio tan locamente como vos le amáis, es muy posible que don Juan Tenorio haya pensado en ser rey de Portugal, por medio de doña Leonor; y no sé que deciros, señora, pero cuando he ido esta noche á la hostería de la Corona, donde está hospedado don Juan Tenorio, he visto allí mucha gente de mala traza, mucho aventurero, mucho rufián, que estaban allí para algo.

—¿Y á qué habéis ido vos á la hostería de la Corona, donde vive don Juan Tenorio?

—A avisar á doña Leonor de que el rey enviaba gente de justicia á prenderla. El rey ama á doña Leonor, como no ha amado á mujer alguna, y doña Leonor podía ser una grande enemiga vuestra, si una vez en poder del rey, se veía obligada á acceder á las circunstancias; y en ese caso, los celos de doña Leonor hubieran sido terribles para vos.

—¿Y qué ha sucedido?—dijo con un vivísimo interés doña Isabel.

—Ha sucedido mejor de lo que yo esperaba. Don Juan Tenorio en aquel momento andaba fuera de la hostería. Su paje, esto es, doña Leonor, estaba sola.

Y el bufón contó á doña Isabel cómo había sacado de la hostería á doña Leonor y la había llevado á casa del platero Lope Pereira.

—¿Y por qué habéis llevado á esa casa á esa mujer?—dijo doña Isabel.

—Porque yo sé que os valéis del señor Lope Pereira que os sirve bien. Además, yo conozco mucho al señor Lope Pereira. El rey, mi amo, que es muy dado á los amores, suele ir algunas noches, muy tarde, á casa del platero. Como yo soy muy curioso, porque el saber me estorba y mucho menos cuando se sirve en palacio y se es una pequeña persona que ne-

tesita robustecerse con algo, he seguido algunas veces á su alteza, sin que su alteza me sienta, y he notado que para que instantáneamente abriese su puerta el tal Lope Pereira, bastaba con llamar á ella de cierto modo. De ese modo de llamar me he valido para que el platero me abra su puerta, y para dejar en su poder á doña Leonor de Sese.

—¡Y habréis creído que obrando de ese modo obrabais en favor mío!—dijo con una profunda y terrible calma doña Isabel.

—Sé—dijo el bufón—, que estáis enamorada de don Juan Tenorio y celosa de doña Leonor.

—Y como sois una pequeña persona, pobre y ansiosa sin duda de oro, os habéis dicho: sirvamos á doña Isabel y obtendremos algún oro.

—¡Sí, sí! ¡eso es!—dijo el bufón poniéndose pálido y temblando—¿qué otro interés puedo tener yo, sino el de que me paguéis bien?

Doña Isabel se levantó, fué á una taquilla-escritorio de ébano, incrustada de marfil, plata y oro, y puesta sobre una tijera, también de ébano; la abrió, sacó de uno de sus cajones dos puñados de oro, y los entregó con desprecio al bufón.

Este volvió á estremecerse, y pasó por sus ojos algo extraño.

—Venid y salid—dijo doña Isabel, con acento grave y despreciativo.

El bufón vaciló, pero al fin siguió á la joven. Esta llegó á la puerta que había cerrado con llave, la abrió y mandó al bufón que saliese.

Peralvillo salió en silencio, como una fiera dominada por una maga.

Doña Isabel volvió á cerrar la puerta.

Después permaneció con la cabeza inclinada, en silencio, meditabunda, en medio de la cámara.

—Si yo no tuviese grandeza en el alma—dijo—, no sería digna de que me amase don Juan. ¿Qué culpa comete esa desgraciada en amarle? Le ha conocido y le ha amado. ¿Puede acaso vérselo una sola vez sin amarle para toda la vida?

Doña Isabel guardó de nuevo silencio.

—¡Y tiene razón!—dijo—, el secreto de esa mujer no le pertenece; es ambicioso; es posible que haya soñado en ser rey de Portugal; pero yo desharé esta conspiración, si; estoy casi segura de encontrar esos papeles que prueban la descendencia, por línea de bastardía, de doña Leonor, del duque de Visco. Un día entré yo de repente en el oratorio de doña Estefanía. Me pareció ver que ocultaba algo en una imagen de marfil, de la Virgen Nuestra Señora. ¿Serían tal vez, aquellos papeles los que ocultaba?... Doña Estefanía no me vió porque yo retrocedí. No ha tenido motivo para poner en

otro lugar aquellos papeles, si en efecto, esos papeles están ocultos en la santa imagen de la Madre de Dios. Veamos.

Doña Isabel se dirigió á una puerta, atravesó una pequeña habitación y entró en un oratorio muy rico al par que bello y sencillo.

Sobre el reclinatorio, debajo de un dosel de terciopelo azul, bordado de plata, había una bella Concepción de marfil, como de media vara de altura.

Doña Isabel acercó la luz de la lámpara que tenía en la mano, á la imagen y la examinó cuidadosamente.

Notó que en uno de los repliegues de la túnica de la Virgen había un pequeñísimo botón de plata.

—Este debe ser un resorte—dijo con alegría doña Isabel.

E inmediatamente probó.

No se había engañado.

La imagen de la Virgen se abrió como pudiera haberse abierto una caja.

Cayeron al suelo algunos papeles.

Doña Isabel dió un grito de alegría; cerró la imagen y recogió aquellos papeles, que eran dos.

Doña Isabel los leyó.

Ya conocemos aquellos papeles. Eran, el uno la carta en que el duque de Visco reconocía, como hijo suyo natural, al padre de doña Leonor; y el otro, el legado secreto del rey don Juan II á su sobrino el rey don Manuel.

—¡Ah!—exclamó—: puedo evitar á mi padre una rebelión, salvarlos á ellos y dar á don Juan una prueba de grandeza y de amor. Esa mujer está en la casa de Lope Pereira; sí, debo ir; iré.

Y guardó aquellos papeles en su escarcela; salió, llegó á la puerta de la cámara, la abrió y llamó á doña Guiomar.

—Dadme mi manto; tomad el vuestro—la dijo.

—¿Y para qué, señora? — contestó doña Guiomar.

—Para salir.

—¡Para salir á estas horas!

—Nos acompañarán dos criados.

—Pero si doña Estefanía sabe...

—Me importa poco, porque no pienso volver á esta casa. Me iré al alcázar.

—Yo no me atrevo.

—¿Y qué me importa que os atreváis ó no? ¡Haced lo que os mando, ó saldré sola, con los lacayos!

Doña Guiomar se apresuró á obedecer.

Dió á su señora el manto, buscó á los cuatro criados más valientes, y poco después, doña Isabel, la dueña y los lacayos, se encaminaban á la calle del Oro.

XIII

Cuando Lope Pereira hubo cerrado la puerta, se encontró frente á frente con doña Leonor, que la miraba de una manera terrible.

No era doña Leonor de aquellas mujeres fuertes que se defienden como un hombre alentado. La fuerza de doña Leonor estaba en el alma.

Por lo demás, era completamente una dama delicada, muy poco á propósito para representar el papel de la monja alférez ó de doña María «la Brava»; pero su energía de espíritu no tardó en revelarse.

—El tío Peralvillo ha dicho—exclamó—, que va á traer aquí á doña Isabel Dávalos.

—¿Y bien, qué, hermosa señora?—dijo Lope Pereira.

—¿Quién es esa mujer?—exclamó con doble energía doña Leonor—¿la conoce don Juan?

—Creo que sí—dijo el platero—; pero seguidme, que no hemos de esperar en la tienda.

—Os sigo—dijo doña Leonor siguiéndole—. Mucho debéis confiar en vos mismo ó en las personas que os protejan, cuando os habéis atrevido á mí.

—Yo no me atrevo á nada—dijo Lope Pereira, que era muy prudente—recibiéndoos en mi casa.

—No me recibís; me retenéis con violencia—dijo doña Leonor subiendo las escaleras detrás de Lope Pereira—. Esto os puede costar muy caro; por lo visto ni sabéis quién soy yo, ni quién es don Juan Tenorio.

—Peor, mucho peor hubierais estado en poder del bufón del rey, que es muy mal sujeto. Creedme, no tengáis temor alguno, porque doña Isabel Dávalos es muy buena señora y muy buena cristiana. Indudablemente no se trata de otra cosa que de una explicación; os explicareis, y allá vosotras, señoras. Yo ni entro ni salgo; á mí tanto me da por lo uno como por lo otro. Hemos llegado ya adonde debéis esperar á doña Isabel.

Habían entrado en la misma habitación donde aquella mañana había estado doña Isabel, y desde una de cuyas ventanas había visto, en la lejana bahía, la misteriosa galera real española de dos bandos.

—Aquí os quedaréis—dijo Lope Pereira encendiendo unas bujías que estaban sobre una mesa—: es inútil que yo os acompañe, porque no os conozco y nada tenemos que hablar.

—Sí, tenemos que hablar mucho — dijo doña Leonor.

—Supongo que vos me preguntaréis muchas cosas; pero os advierto que es inútil que me

preguntéis, porque no os he de contestar á ninguna.

—¿Tan vendido estáis á esa doña Isabel?—

—Puede ser que en cuerpo y alma, señora. Conque hasta la vista.

Id con Dios—dijo doña Leonor, que comprendió que no recabaría nada de Lope Pereira.

Este salió cerrando por fuera la puerta con llave, y doña Leonor le sintió descender por las escaleras.

Había sido engañada; estaba presa á merced, no sabía de quién. Sabía únicamente que vendría á buscarla una doña Isabel Dávalos á quien oía nombrar por primera vez.

Pero cuando aquella doña Isabel disponía tan por completo de un hombre que tenía en su casa una habitación tan hermosa y tan rica como la en que doña Leonor se encontraba, debía ser una gran dama.

Sólo á una gran dama podía servirse como la había servido el bufón; gravísimo debía ser el motivo que llevase á aquella dama á entenderse con ella; debía amar á don Juan.

Lo primero que piensan las mujeres es aquello que las inspiran sus celos; y doña Leonor estaba enamorada, hasta la locura, de don Juan.

La situación en que doña Leonor se encontraba era gravísima.

Cualquier cosa podía hacer que la ley interviniese, y si doña Leonor se encontraba en poder de la ley, debía ser conocida.

Nada tenía que temer doña Leonor, sino que el rey supiese que estaba en Lisboa y se apoderase de ella; porque no dudaba de que el rey no había dejado de amarla; no la había olvidado, y sería capaz de todo si la encontraba al fin en su poder.

Doña Leonor estaba, pues, aturdida, aterrada y abrió las vidrieras de las ventanas, buscando una salida á la ventura; pero todas las ventanas estaban muy altas; desde ellas sólo se veía una sombra obscurísima que pertenecía á la parte de Lisboa, á que dominaba aquel retrete, y una extensión infinita, menos oscura, salpicada de estrellas: el cielo.

Doña Leonor se retiró abatida cerrando la última ventana; se sentó en un canapé, y esperó con una impaciencia dolorosa.

Esperó una hora sin poder apreciar la medida del tiempo; sin poder seguir un pensamiento coordinar dos ideas; tan aturdida estaba.

Don Juan; aquella mujer á quien había oído llamar doña Isabel: el bufón; el rey, su padre, su amor, sus celos, su venganza; todo se la representaba al par, embrollándose, haciendo un caos de su cabeza.

Al fin, doña Leonor se levantó de una manera

nerviosa y quedó de pie, con la mirada intensa, sombría y al mismo tiempo anhelante, fija en una puerta. Había oído: primero un leve rumor; después, aquel rumor representando el roce de un traje de seda; luego pasos. Aquel roce y aquellos pasos crecieron en ruido y sonaron al fin junto á la puerta.

Crujió la cerradura; la puerta se abrió; entró una mujer envuelta en un manto; y la puerta volvió á cerrarse y á crujir la cerradura.

Doña Leonor no tenía duda de que aquella mujer que al entrar, al verla, había quedado inmóvil y con el semblante cubierto por el manto, era la que había oído llamar doña Isabel.

Por su actitud y por un no sé qué singular que emanaba de ella, comprendió que era joven y hermosa, y se embraveció, excitada por los celos.

Dió un paso decidido hacia doña Isabel.

Doña Isabel se echó entonces atrás el manto y dejó ver su magnífica hermosura á doña Leonor.

Sin embargo, no podía decirse cuál de las dos damas era más hermosa.

—Esperad—dijo á doña Leonor—; no pronunciéis una sola palabra que me ofenda, hasta que nos conozcamos. Somos parientas.

—Yo no os conozco; yo no os he visto nunca—dijo de una manera agresiva doña Leonor.

—Yo tampoco os conozco; es la primera vez que os veo—contestó dominándose, doña Isabel—; y me pesa haberos conocido, porque sois demasiado hermosa.

—Aunque lo sea, vos no dejáis por eso de ser más hermosa de lo que yo quisiera.

—Es decir—exclamó doña Isabel—, que comprendéis que entre nosotras hay un hombre.

—Puede ser, si amáis á don Juan Tenorio.

—Sí; le amo, y él me ama—exclamó con excesiva energía doña Leonor.

—A mí me ama también.

—¡Imposible!—dijo con desdén doña Leonor—. Don Juan Tenorio, antes que todo, es caballero y leal.

—Para vos, no; miente cuando dice que os ama—exclamó doña Isabel.

Doña Leonor se puso mortalmente pálida.

—Tengo pruebas de que me ama—dijo doña Leonor—; pruebas indudables.

—Lo que ama en vos don Juan—repuso doña Isabel concentrando el acento con que pronunció estas palabras—, es su ambición.

—¡Su ambición! ¡Qué decís! ¿Quién os ha dicho eso?

—Pudiera deciros que don Juan me lo ha revelado, para haberos creer que don Juan era un miserable, un villano, que os vendía; pero

antes que desdorar á don Juan, me desdoraría á mí misma, porque le amo con toda mi alma, ¿me entendéis? Don Juan guarda vuestro secreto: don Juan se sacrifica á él, porque á qu'en ama es á mí, no lo dudéis; á mí que he nacido para él, como él ha nacido para mí...

—Estáis cometiendo la imprudencia de volverme loca—dijo doña Leonor, cuyos ojos se extrañaban, que estaba pálida como un cadáver y que temblaba toda.

—¡Y qué me importa!—dijo con una bravura casi salvaje doña Isabel—¡qué me importa que vos os volváis loca, si yo lo estoy ya! ¿No sabéis que hoy, al separarme irritada y celosa de don Juan, le he jurado apoderarme de vos?

—¡Es decir, que vos habláis con don Juan!

—No tan íntimamente como vos, señora—dijo con altivez doña Isabel—; yo soy para don Juan un imposible, y vos sois ya un cansancio para él.

—¡Oh! ¡ya el insulto cobardemente lanzado á la cara!—exclamó doña Leonor dando un paso hacia doña Isabel.

—No vengamos á las manos como mujeres comunes—dijo doña Isabel con una dignidad que era en gran parte soberbia—. Dos damas pueden ser terribles enemigas; enemigas á muerte, sin reñir como dos hombres. Pueden herirse el corazón, no con el puñal, sino con la rabia y los celos. Pueden despedazarse sin que brote la sangre, aunque, como nosotras, sean parientas.

—¡Parientas! ¿Consiste acaso nuestro parentesco en que amamos las dos á don Juan?

—No; es un parentesco de sangre, aunque algo lejano. Veámos, veámos en qué grado sois vos parienta del rey de Portugal.

—¡Ah! ¡habéis mentido, cuando habéis dicho que don Juan no es un villano! ¡Don Juan me ha hecho traición!

—¡No, por la salvación de mi pobre madre!—dijo doña Isabel—; don Juan ha guardado vuestro secreto, sacrificándole mi amor; mi amor que es su alma, dejándome, al separarse de mí, irritada, cortado nuestro trato. Mucho ama don Juan, no á vos, sino á su honor, á su lealtad, cuando les ha hecho tal sacrificio.

Doña Leonor se pasó la mano por la frente en un movimiento desesperado, y volvió á sentarse en el canapé.

Doña Isabel se sentó en el mismo canapé, al otro extremo.

Hubo un momento de silencio hostil, que al fin rompió doña Leonor.

—Si don Juan no os ha dicho que yo soy descendiente, aunque por línea bastarda, de la casa real de Portugal, ¿quién ha podido decirlo?

—¿No habéis oído que yo amo á don Juan más que á mí misma?—dijo doña Isabel—; ¿que le amo desde el momento en que hace tres me-

ses le conocí en medio de un camino? ¿No os lo había dicho? Pues sabedlo.

—¡Hace tres meses! debisteis conocerle dentro aún de España; antes de llegar á la aldea de Somorinos—dijo doña Leonor.

—Sí, algunas leguas antes; y doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, mi tutora, que me acompañaba, y yo, le debimos el no caer en manos de bandidos, de los cuales mató tres, ahuyentando á los otros.

—¡Ah!—dijo doña Leonor—¿conque es vuestra tutora doña Estefanía de Silva?

—Sí.

—¿Sois huérfana?

—No; pero dejadme continuar; dejadme que os diga de qué manera he podido saber yo quién erais, sin que me lo haya revelado don Juan.

—Continuad, pues.

—En Somorinos nos separamos. Don Juan no podía continuar viajando á nuestro lado; pero en Lisboa apareció en nuestra casa, como galán enamorado de doña Estefanía, con quien vivo. Yo no tenía celos; comprendía demasiado que don Juan no amaba á doña Estefanía, porque veía con los ojos del amor; pero no podía comprender por qué don Juan galanteaba á doña Estefanía.

—Don Juan galantea á todas las mujeres hermosas—dijo con una intención acerada doña Leonor.

—No, no—dijo Isabel parando la estocada que la había tirado doña Leonor—; vos no sabéis como yo, por qué don Juan galanteaba á esa mujer: buscaba algo que necesitabais vos y él para vuestros proyectos.

—¡Ah!—exclamó doña Leonor mirando con ansia á doña Isabel—¿y qué era lo que don Juan y yo necesitábamos para nuestros proyectos?

—Dejadme seguir y no me extraviéis; llegaremos á todo. Yo no tenía celos del galanteo de don Juan á doña Estefanía. Yo nunca me presenté cuando don Juan iba á visitarla. Don Juan, que me había visto una sola vez en Somorinos, no había pretendido volver á verme, y no era yo la que debía buscarle; pero le amaba y quise saber si en Lisboa, donde hay tantas mujeres hermosas, había encontrado don Juan unos amores de los cuales debiese tener yo con fundamento celos. Le hice espiar; supe que le acompañaba un hermoso paje; que aquel paje era... una noble dama que se había perdido hace cinco años con su padre; en una palabra, vos, doña Leonor de Sese.

—¡Ah! ¡me han conocido!—exclamó de una manera indefinible doña Leonor.

—No, no os han conocido en la calle; estáis admirablemente disfrazada; os han conocido en el mismo aposento en donde os encerráis para renovar ese color obscuro que más que todo os disfraza.

—¡En mi aposento!..

—En vuestro aposento de la hostería de la

Corona, se ha abierto un agujero en un tabique; un agujero imperceptible; pero á través del cual os ha visto hoy una persona que os conoció mucho; que os trató; que os veía todos los días en palacio cuando erais menina de la reina; porque esa persona os ha conocido estáis ahora aquí, y yo estoy también. ¿No os he dicho que yo había jurado á don Juan, haceros una guerra á muerte?

—¿Y quién es la persona que me ha conocido? ¿Tendréis reparo en decírmelo?

—Ninguno: esa persona es el secretario del rey, Gastón de Riveira, antiguo amante de doña Estefanía, y preso á estas horas en el Castillo Viejo por el rey, y en gran peligro.

—Seguid, seguid.

—¡Qué más! Ya sabéis de qué modo he sabido quién sois. Pasemos á otro asunto; á nuestro parentesco. Vuestro padre, hijo natural del duque de Visco, era primo segundo del rey don Manuel, y tío segundo, por lo tanto, del rey don Juan III. Vos sois, pues, prima mía en tercer grado, porque yo soy hija del rey don Juan.

—¡Vos!

—Sí; yo. Consta, pues, que somos primas; pero vos no podéis probarlo, porque las pruebas de que sois nieta del duque de Visco, esto es: lo que obligaba á don Juan á galantear á doña Estefanía, están en mi poder y van á ser destruidas. Tomadlas, doña Leonor; acercaos á esas bujías y leed bien esos papeles.

Doña Leonor tomó con la mano trémula los papeles que la daba Isabel.

Se levantó; se acercó á la mesa y los leyó.

—¿Estáis segura—dijo doña Isabel á doña Leonor—de que esas son las pruebas indudables de vuestro origen?

—¡Sí!—dijo con voz apacada doña Leonor.

—Pues cumplid con vuestro deber.

—¡Con mi deber!

—Sí, con vuestro deber; quemadlas.

—¡Que queme yo mi nombre!

—No digáis vuestro nombre, sino vuestra ambición.

—Estos papeles no saldrán ya de mi poder—dijo doña Leonor.

—No, no seré yo quien os los arranque; estad segura de ello; será otro: un hombre á quien obligaréis á poner las manos sobre vos: habéis olvidado que estáis completamente en mi poder, y ¿sabéis cuál es la única razón que yo he tenido para venir á veros? El arrancaros toda la esperanza que pudierais tener de provocar una guerra civil. Vuestro padre, me diréis, es violento y terrible; hay muchos descontentos que harán de mí una bandera; que me proclamarán evocando mi descendencia del duque de Visco: yo tengo el deber de buscar el trono que costó la vida á mi abuelo; el destino de

mi raza es la traición; pero yo os responderé: sea lo que quiera, el rey don Juan III, es mi padre; puedo ahorrarle, y ahorrar á Portugal una guerra civil, y se las ahorraré. Podría, si mis celos fueran bastantes á hacerme caer en la infamia, entregaros al rey; pero no, por esa parte, nada tenéis que temer de mí. Destruid esos papeles, quemadlos; es lo mejor que podéis hacer; después yo os juro que seréis protegida por mí, por vuestra enemiga.

—Mi padre murió envenenado en Somorinos—dijo doña Leonor—, cuando acababa de entrar en tierra de España. El rey mató á mi padre...

—¡Mentís villanamente!—exclamó, levantándose irritada, doña Isabel—; quien mató á vuestro padre, fué doña Estefanía de Silva.

—¡La prueba!

—La tendremos, tal vez, á esta hora, porque tal vez el tormento haya hecho declarar á Gastón de Riveira.

—¡Vengad á mi padre! ¡Vengadle! y reanuncio á todo lo que pueda obtener por medio de una guerra contra el rey.

—Os lo pido, por la vida de don Juan—dijo doña Isabel.

Doña Leonor extendió uno de aquellos papeles hacia una bujía y le prendió fuego.

Cuando se hubo consumido, quemó el otro.

—Yo no buscaba un trono combatiendo al rey de Portugal por cuantos medios me fueran posibles, no; pero le creía el asesino de mi padre y buscaba la venganza de aquel crimen. Por lo demás, y puesto que el rey, porque os creo, no fué el matador de mi padre, quiero mejor que mi padre aparezca hijo legítimo del noble caballero, del bravo condestable don Gabriel de Sese, que hijo bastardo del duque de Viseo. Mi bastardía ha muerto abrasada; vos misma no podéis probar ya que no soy descendiente legítima del condestable don Gabriel de Sese.

—Al abrasar esas pruebas, habéis abrasado vuestro amor—dijo doña Isabel con toda la crueldad de una mujer celosa.

Don Juan tiene contraída conmigo una obligación sagrada; si falta á ella me vengaré.

—¡Que os vengaréis! Pues mirad; si podéis vengaros haréis bien. Pero es el caso que yo no os dejaré que os venguéis, que no permitiré yo tampoco que seáis conocida; por lo mismo, doña Leonor, vos permaneceréis aquí. Os protejo; evito que el rey, que os ama, sepa dónde estáis. Cuando haya pasado mucho tiempo, cuando don Juan sea mi esposo, elegiréis el convento que mejor os parezca; porque vos, doña Leonor, habéis muerto ya para el mundo. Había pensado ser generosa con vos, pero me es imposible serlo; os tengo miedo, y tanto miedo podéis darme que lo olvide todo y os entregue al rey.

—¡Ah! ¡no por piedad! ¡primero un claustro!

—Sed, pues, muy prudente; reanunciad á don Juan como habéis reanunciado á declararos des-

cendiente del duque de Viseo; y en todo lo demás, contad con mi protección.

Doña Isabel llegó á la puerta y llamó á ella con fuerza.

Doña Leonor se había sentado en el canapé, y abatida, dominada, lloraba en silencio.

—Vuestro desconsuelo me desgarrá el alma—dijo doña Isabel—; pero os habéis puesto entre don Juan y yo, y sigo mi camino, aunque me duela pasar por cima de vos.

Doña Leonor no contestó.

En aquel momento se abrió la puerta.

—¡Adiós!—dijo doña Isabel.

Y salió.

La puerta volvió á cerrarse.

Doña Leonor sintió los pasos de doña Isabel que se alejaban, hasta que se extinguió su ruido.

Entonces se alzó terrible.

—¡Has creído hoy en mis lágrimas, y creerás mañana! me abrirás al fin las puertas de esta casa, ó me las abriré yo, ¿qué me importa ya nada? ¡Ay de ti, si don Juan te hace su esposa! ¡ay de ti y ay de él! Aunque me cueste el sacrificio de aceptar los amores del rey. No importa; ¡me vengaré!

Y doña Leonor se puso á pasear á lo largo del retrete, como una fiera enjaulada.

XIV

El rey, después de haber enviado al corredor á prender al paje de don Juan Tenorio, se fué con su camarero Pedralva al castillo viejo situado sobre el mar, en la parte antigua de la ciudad.

Para entrar en el castillo, el rey se dió á conocer.

—Lleva á mi secretario, que deben haber traído esta noche aquí, á la cámara del tormento y que el verdugo prepare el potro. Cuando esto esté hecho avisa.

El alcaide salió temblando, porque el rey don Juan III ponía pavor á todos sus vasallos allegados, cuando le veían con el tremendo semblante que llevaba aquella noche. El rey se puso á pasear por la habitación en que se encontraba, y Pedralva permaneció en la puerta, de pie, inmóvil como una estatua, y con el sombrero en la mano.

En todo el tiempo que transcurrió, que no fué corto, desde que el alcaide Diego Dávila salió, hasta que volvió á decir al rey que ya estaban en la cámara del tormento Gastón de Riveira y el verdugo con dos de sus satélites, ni el rey dijo una palabra, ni Pedralva se movió de la puerta.

—Tú, Pedralva, quédate aquí—dijo el rey cuando supo que todo estaba dispuesto—; y tú, Dávila, alumbrá.

El alcaide llevó al rey por pasadizos sombríos, por estrechas escaleras, por galerías góticas, á una sala pavorosa, sustentada por cuatro enormes pilares.

En aquella sala, de bóveda deprimida y robusta, y de pavimento de mármol, había, al frente de la puerta un dosel rojo, y bajo el dosel, sobre dos gradas, una mesa con tapete rojo también, y sobre la mesa, escribanía, papel y dos candelabros con cinco velas de cera en cada uno. Detrás de la mesa había un sillón también rojo. En el paño del dosel y en el tapete de la mesa, estaban bordadas las armas de Portugal. Aquel era el sitio donde hacía sus grandes justicias, solo con Dios, con su conciencia, y con un vasallo traidor, ó que tal lo parecía, el señor rey don Juan III.

Además, en los muros se veían colgados hierros de formas extrañas, que no eran otra cosa que útiles del tormento.

Entre los pilares, aparatos espantosos, tales como la rueda, el potro, con su lecho de cuero y su terrible borcegüí.

Gastón de Riveira, con esposas en las manos, y grillos en los pies, á cuya barra estaba sujeta una gruesa cadena con una enorme bala en su extremo, estaba de pie cerca de la mesa.

Nadie más que Gastón de Riveira había allí cuando entró el rey.

El verdugo y sus ayudantes estaban en una habitación inmediata.

En medio de la cámara y delante de la mesa, estaba preparado el potro.

—Dávila—dijo el rey sentándose de una manera nerviosa en el sillón detrás de la mesa—; véte, cierra la puerta, espera donde puedas oír mi voz cuando te llamé; pero procura no oír lo que aquí se habla, porque puede matarte lo que oigas.

Dávila se inclinó y salió.

—¿De qué muerte murió mi buen alférez mayor don Luis de Sese?—dijo el rey con acento breve y terrible.

—¡Señor, señor!—exclamó Gastón de Riveira cayendo de rodillas y extendiendo las manos hacia el rey—; vuestra alteza está enojado contra mí; vuestra alteza ha entendido como un hecho una suposición mía. Yo no sé cómo murió don Luis de Sese.

—Basta; no necesito preguntarte más. Si tú no supieras que don Luis de Sese fué asesinado, no temblarías; si no hubieses tomado parte en el asesinato, revelarías el nombre del asesino; te conozco bien.

—Señor, no es esta la causa de vuestro enojo. ¡Señor lo que os irrita es que yo ame

á doña Isabel! Quien me pierde es doña Isabel que teme que yo sacrifique á mis celos á don Juan Tenorio. Pues bien señor, yo olvidaré á doña Isabel; encerradme en un convento; me haré monje. Si no os basta esto, encerradme por toda mi vida en una torre, pero no me matéis.

—¡El nombre del asesino de don Luis de Sese!—dijo el rey.

—No, no señor; yo no miento, yo no sé si don Luis de Sese ha sido asesinado ó no.

—¡Dávila!—dijo el rey con voz fuerte.

Se abrió la puerta.

—Que entren el verdugo y sus criados.

—¡Por piedad, señor, por piedad!—exclamó Gastón de Riveira—; yo no sé nada; yo no he oído nada; yo estoy inocente del crimen de que vuestra alteza me hace cargo.

Entraron en aquel momento tres hombres vestidos de rojo; greñudos, záfios, de mirada sagada y de semblante brutal, que se inclinaron al entrar y adelantaron y se arrodillaron delante del rey.

Gastón de Riveira que estaba de rodillas, cuando aquellos hombres entraron, al adelantar éstos y antes de que se arrodillasen, se levantó de una manera instintiva, impulsado por el terror, haciendo crujir de una manera horrible sus cadenas.

—Apoderaos de ese hombre—dijo el rey á aquellos sayones—; quitadle los grillos y con él al potro.

Aquellos tres hombres se levantaron y asieron brutalmente á Gastón de Riveira. Se oyó poco después el ruido del martillo que desarmaba los grillos.

Inmediatamente Gastón de Riveira fué levantado en peso, á pesar de sus esfuerzos; tendido en el lecho de cuero del potro; sujeto por las correas, y metidos los dos pies entre los dos maderos móviles que se llamaban «los bosqueguies», y que se cerraban oprimiendo los pies del atormentado, á medida que se metían cuñas á mazo en aquel horrible aparato.

El rey hizo una señal al verdugo, y la primera cuña empezó á apretarse á golpe de mazo.

Gastón de Riveira dió un grito. A pesar de aquel grito el verdugo dió otro golpe en la cuña. Entonces fueron ya alaridos, y alaridos espantosos los que exhaló Gastón de Riveira.

—¡Yo lo diré todo, yo lo diré todo!—dijo entre sus alaridos—; ¡pero que me quiten de aquí! ¡Por Dios, señor, que me están matando!

El rey hizo otra señal al verdugo y éste alojó la cuña, abrió los borceguies, y se retiró con sus criados.

Los pies desnudos de Gastón de Riveira estaban lívidos, á punto de saltar la sangre.

—Habla—le dijo el rey.

—Pero vuestra alteza, señor, si hablo, va á mandar que me corten la cabeza.

—Habla—repitió con impaciencia el rey.

—Hace cinco años—dijo Gastón de Riveira—, doña Estefanía, que era entonces mi amante, temió que á causa del empeño que vuestra alteza tenía por doña Leonor de Sese, el almirante que estaba pronto á casarse con doña Leonor, poseyese toda la confianza de vuestra alteza.

Doña Estefanía reveló á doña Leonor el origen de su padre, y don Luis de Sese, habiendo salido con su hija que había estado á punto de ser manceba de vuestra alteza, por una violencia, se retiró de la corte y salió del reino pero doña Estefanía no se satisfizo con esto; quería que no volviese á Portugal doña Leonor y envenenó á su padre, haciendo de manera que doña Leonor creyese que su padre había sido asesinado de orden de vuestra alteza.

—¿Y quién le proporcionó el veneno?

—Yo... señor...

—Habla, ó mando que te hagan pedazos.

—El médico de vuestra alteza, el doctor Agnus Dei.

—¿Y quién dió el veneno á don Luis de Sese?

—Su cocinero.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Juan Queipo.

—¿Dónde vive?

—Con el dinero que le produjo el asesinato, puso una hostería y en ella vive.

—¿Qué hostería?

—La de la Corona.

—Bien. ¡Hola, Diego Dávila!

Entró inmediatamente el alcaide.

—Que se lleven á ese hombre á su encierro—dijo el rey.

Entraron el verdugo y sus criados, cargaron con Gastón de Riveira y se lo llevaron.

XV

—¿No ha venido nadie á buscarme?—dijo el rey, dejando su sillón y adelantando.

—Sí señor.

—¿Quién?

—El corregidor.

—¿No trae el corregidor ningún preso?

—Sí señor, un hidalgo que parece extranjero.

—¿Y no ha traído también preso á un paje?

—No señor.

—Alumbra y llévame donde está el corregidor.

—No he podido cumplirla, señor; he registrado la hostería de la Corona, y no he encontrado el paje de don Juan Tenorio. Me dijeron que había salido.

—¿Y no habéis podido saber adónde había ido ese paje?

—No, señor; pero me he traído preso á su amo que llegó mientras se le buscaba, y que comió desacato contra mí.

—¿Es decir, que tenemos aquí preso á don Juan Tenorio?

—Sí señor.

—¿Y dónde está ese caballero?

—Esperando en el patio entre mis alguaciles.

—¿Esperando en el patio?—dijo el rey—; bah, don Juan Tenorio es una persona demasiado principal para que se le trate de ese modo: si os ha dicho algo que pueda ser tomado á desacato, será porque vos habréis cometido alguna impertinencia. Id, id vos mismo y traédmelo, si le habéis tomado la espada, devolvédsela. Vos le habéis preso, y yo le declaro libre. Id.

El corregidor salió, y el rey se puso á escribir.

Apenas había acabado, cuando el corregidor volvió trayendo consigo á don Juan Tenorio.

El rey, le miró con muestras de afecto y le dijo:

—Perdonad una equivocación al corregidor: de mi ciudad de Lisboa, don Juan; yo le había mandado que prendiese á vuestro paje, no á vos.

—Este señor—dijo don Juan—, me ha preso sin duda porque habiendo dudado de la respuesta que yo di á una impertinente pregunta suya, le envié enhoramala.

—Ya sabía yo—dijo el rey—, que debía ser una cosa así. Venid acá, corregidor mío: tomad esta orden y cumplidla al momento.

Aquella orden era la de prender á doña Estefanía; al doctor Agnus Dei y á Juan Queipo, dueño de la hostería de la Corona.

El corregidor salió todo sofocado por lo que el rey le había dicho, y el don Juan coronado y el don Juan sin corona, quedaron solos.

—Sentaos, don Juan—dijo el rey.

—De pie debo estar y de pie estaré—contestó don Juan.

—Estaré yo también de pie—dijo el rey.

—Vuestra alteza hará lo que quiera.

—Os encuentro demasiado humilde, don Juan. ¿No comprendéis que quiero trataros de igual á igual?

—Ya os he dicho en otra ocasión, señor, que yo sé bien la distancia que existe entre un rey y un caballero.

—Podiera tomarse como ofensa vuestra contestación.

—Pues bien: pondré otras palabras á esa contestación. Yo sé bien la distancia que media entre

Poco después el corregidor se inclinaba profundamente ante el rey.

—¿Habéis cumplido la orden que os di?—preguntó el rey.

un caballero coronado y un caballero sin corona.

—Yo creo, don Juan, que habéis nacido para no morir nunca.

—¿Por qué, señor?

—Porque por más que hacéis, yo no puedo irritarme contra vos: no sé lo que hay en vos, que os tengo por un igual mío y aun creo que valéis mucho más que muchos de mis iguales. En fin don Juan, yo os creo un rey sin corona.

—El primer rey, señor, sin duda alguna, que nació sin corona; y cuando le hicieron rey fué sin duda porque él supo hacer que le hiciesen rey.

—¿De modo que vos esperáis ser rey algún día?

—Puede ser: reyes hubo entre mis abuelos, y aunque no los hubiera habido, si á mi se me antojase ser rey, sería el primer rey de mi familia: ¿acaso los reyes no se han hecho de los caballeros, y los caballeros de los hombres?

—Y para ser rey empezáis por elegir vuestros pajes ¿no es verdad?

Ciertamente que hay pajes que lo son todo, menos lo que parecen.

—Por eso, sin duda, he mandado yo que prendan á vuestro paje... doña Leonor de Sese.

—Señor rey don Juan—dijo Tenorio—, hay cuestiones dentro de las cuales yo no reconozco más distancia que la que media desde la punta de una espada á su empuñadura. Doña Leonor de Sese me ha sido arrebatada: ¿por qué, y con qué derecho?

—Con el derecho que tiene todo rey de prender á sus vasallos rebeldes y de castigarlos á muerte. Pero no decís la verdad; yo no os he arrebatado á doña Leonor; puesto que cuando han ido á prenderla, no la han encontrado.

—¿Ni cómo la habían de encontrar—dijo don Juan—, si uno de los de vuestra servidumbre la ha sacado engañada sin duda, de la hostería? Con todo ese aparato de prisión, señor rey, no habéis pretendido otra cosa que hacer creer que no os habéis apoderado de doña Leonor de Sese.

—Decidme, don Juan, ¿quién ha sido el de mi servidumbre que se ha llevado de la hostería de la Corona á doña Leonor?

—El bufón de vuestra alteza: iba muy encubierto, pero no ha faltado quién le ha conocido y me lo ha dicho: de modo que, cuando el corregidor me dijo que iba á traerme preso ante vuestra alteza, dije para mí: mejor mucho mejor, así no tendré que esperar á mañana para pedir una audiencia al rey.

—¡Ah! una audiencia para pedirme cuentas de esa señora, ¿no es esto?

—Indudablemente.

—¿Veis como al cabo don Juan, estamos hablando de igual á igual?

—Sí, es cierto—dijo don Juan—; pero es porque en mi habla la razón, y en vos debe escucharme la justicia.

—Ignoro absolutamente lo que haya sido de doña Leonor, y os juro, bajo mi palabra de rey, que ninguna parte tengo en su desaparición. Os engañáis, don Juan, cuando creéis que yo he mandado prender á doña Leonor, á la mujer hermosa. Yo no empleo en tales asuntos á mis gentes de justicia; yo las he enviado á prender á la rebelde, á la que ha soñado arrojar me del trono, amparándose de vos.

—Don Juan de Portugal, oid lo que os declara don Juan Tenorio. Sobre vuestra conciencia está la mano del alférez mayor don Luis de Sese; su hija podrá haber buscado una venganza justa: para cumplir esa venganza era necesario heriros en la cabeza, arrojaros del trono; y una vez vacante del trono, doña Leonor, descendiente del duque de Viseo, asesinado por un rey de Portugal, tendría derecho para recoger del suelo la corona y ceñírsela.

—Pesa sobre mi una acusación de alevosía. ¿Creéis que yo sea capaz de ella? ¡Responded!

—Sois hombre, y sois violento: vuestros nobles se quejan de tiranía.

—Porque no pueden hollar el trono á su antojo; porque al poner el pie sobre su primera grada, resbalan y caen bajo el hacha del verdugo. Bien: otra pregunta, don Juan. ¿Por qué amparáis vos á doña Leonor?

—¿Por qué? Porque soy caballero y debo amparar al débil y al necesitado de Justicia, sea quien quiera su enemigo, rey ó caballero.

—¿Y por qué no habéis venido á mí?

—Porque no teníamos armas iguales; porque yo me estaba armando: por lo demás, yo no os hubiera acometido por la espalda; yo os hubiera dicho: ejército contra ejército, cabeza contra cabeza, venid al juicio de Dios á que yo os emplazo; que Dios da la victoria á quien tenga razón y derecho.

—Si ese reto no envolviera una injuria contra mi honra, yo le aceptaría, don Juan: yo os dejaría levantar la bandera, llamar contra mi soldados; yo saldría contra vos, porque antes que rey soy caballero; porque quisiera, vive Dios, veros en batalla, por ver si erais tan buen general como hombre bravo. Pero decidme, ¿si estuviérais convencido de que yo estoy libre de la culpa de asesinato, levantaríais bandera contra mí?

—Si doña Leonor os dijese: defiende mi derecho á la corona de Portugal, ¿lo haríais?

—No.

—Pues bien, don Juan; no podemos ser enemigos.

—¿Tenéis la prueba de vuestra inocencia?

—Sí.

—¿Y dónde está esa prueba?

—En una de las torres de ese castillo. ¡Hola,

Diego Dávila! Alumbra y guía al encierro de mi secretario Gastón de Riveira.

derse sus palabras: tan gruesa era la puerta del calabozo.

Diego Dávila alumbrando, y tras él el rey y don Juan, recorrieron un laberinto de callejones y escaleras y llegaron á una fuerte puerta de hierro cuyos tres cerrojos abrió el alcaide.

Entraron en un calabozo pequeño y húmedo, en el cual, tendido sobre un montón de paja, y encadenado, lanzando profundos gemidos, estaba Gastón de Riveira.

—Deja aquí esa luz y vete á lo alto de las escaleras, dijo el rey al alcaide.

Este dejó el farol en el suelo y salió.

—Ved aquí, don Juan, lo que son los hombres—dijo el rey señalando con desprecio á Gastón de Riveira—: duros, insensibles para practicar la maldad, y débiles y cobardes como ratones cuando la mano del león cae sobre ellos. Yo creía á éste fuerte como Hércules, y apenas se le han oprimido un poco los pies, mirad, está gimiendo como una mujer.

—Es señor—dijo Gastón de Riveira—, que el dolor ha sido terrible, que no me deja; que me estoy muriendo.

—Y dime tú, miserable, ¿no has pensado nunca en que el tósigo pudo causar unos horribles dolores al buen don Luis de Sese?

—¡No es mía la culpa señor; yo estaba entonces loco por doña Estefanía!

—¡Ah, fué ella!—dijo don Juan.

Al oír su voz, Gastón de Riveira, que no le había visto, porque tenía inclinada la cabeza, la alzó y fijó una mirada hambrienta en don Juan.

—¡Ah! ¡tú estás también aquí!—Tú, traidor, conspirabas con doña Leonor de Sese contra el rey. ¡Ah! hacéd señor que le pongan los borregües para que declare el nombre de sus cómplices; veréis, veréis cómo don Juan Tenorio llora también como una mujer.

—Salgamos de aquí, señor rey—dijo don Juan porque el hedor de bajeza y de infamia que sale de ese miserable me está sofocando.

—¡Dávila! ¡aquí!—dijo el rey.

—¡Ah! no estáis preso—dijo Gastón, viendo que Tenorio tenía ceñida la espada—¡Ah! habéis engañado sin duda al rey; no le creáis, señor; mirad que conspira contra vuestra alteza: mirad que os hace traición...

—Toma ese farol, y en saliendo nosotros, cierra—dijo el rey á Dávila que había aparecido.

—¡Señor! ¡Señor! ¡matadle!—gritó Gastón desesperado—; mirad que os hace traición y que va á perder á vuestra hija que le adora...

El rey y don Juan salieron, y el alcaide cerró la puerta.

Aún se oía dentro el eco de la voz desesperada de Gastón de Riveira; pero no podían enten-

El alcaide alumbró al rey y á don Juan hasta que llegaron á la misma habitación de donde habían salido.

El rey entonces le mandó retirarse.

Quedaron de nuevo solos el rey y don Juan.

—¿Recordáis las últimas palabras que nos ha dejado oír ese miserable?—dijo el rey.

—Sí, y á fe á fe que no las comprendo—Mirad, señor, dijo, refiriéndose á mí, que vuestra hija le adora y va á perderse.

—¿Es cierto don Juan, que no comprendéis esas palabras?—dijo profundamente el rey.

—Os lo juro por mi honor: no las comprendo.

—Advierto don Juan que vos, antes que decir una mentira, lo arrostráis todo.

—Sí, señor; lo arrostro todo antes que cometer la bajeza ó la cobardía de la mentira.

—¡Vive Dios que me enamoro más y más á cada momento de vos!

—Pues hacéis muy mal en enamoraros, señor, porque podría suceder muy bien que yo no os correspondiese.

—¿Cómo así, don Juan?

—Vos lo habéis dicho. Yo soy incapaz de una mentira.

—¿Queréis responderme á una pregunta que voy á haceros?

—Sí.

—Vos no podéis vivir sin amor?

—A mi pesar.

—Sea como quiera, vos amáis siempre: dicen de vos que el amor es vuestro destino.

—Sí, sí, señor; porque mi destino me empuja siempre hacia lo imposible.

—¿Amáis á doña Leonor de Sese?

—No; porque doña Leonor ya no es un imposible para mí.

—¿La habéis amado?

—Sí, durante algunas horas.

—¡Continuáis, sin embargo, á su lado!

—He contraído con ella un compromiso de honor, como caballero.

—Debe sufrir mucho, porque debe amaros mucho—dijo el rey con la voz trémula.

—No sufre, porque mi honor me obliga á engañarla: yo soy el que sufro, porque me causa una gran violencia el mentir, fingir; y muchas veces, la mentira y el fingimiento son un deber.

—Una palabra, don Juan. ¿Sois esposo ó amante de doña Leonor?—dijo el rey con la voz más trémula aún.

—No soy su esposo—dijo don Juan.

—Puesto que no amáis á doña Leonor; y necesitáis amar un imposible, es muy posible que améis.

—Amo, sí, y de una manera que me vuelve loco.

—¿Puedo saber á quién amáis?
 —Perdonad, señor; pero no sé si puedo nombrar á la mujer á quien amo.
 —Yo os voy á decir su nombre. Se llama doña Isabel Dávalos.

—¿Estáis seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Ella.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¿A qué hora?

—Esta noche.

—¿Esta noche os ha dicho doña Isabel que me ama?

—Sí.

—Nos separamos, enojada ella, reducido al silencio yo.

—Está celosa de dos mujeres; de doña Leonor de Sese y de doña Estefanía de Silva Carvalho y Meneses. De esta la libraré yo, porque la voy á encerrar por toda su vida en un calabozo, como envenenadora de don Luis de Sese; de doña Leonor de Sese, es decir, de los celos que esta señora le inspira, sólo podréis librarla vos.

—Yo no, ¡Dios!

—No os comprendo.

—Mientras doña Leonor viva ó me ame; mientras me sea leal, yo no puedo romper mi empeño de honor con ella.

—¿Decís que mientras os sea leal? si esa dama amase á otro hombre, ó aunque sin amarle, fuese de otro hombre...

—Mi empeño de honor con ella estaría roto.

—Creo que se romperá, don Juan.

—No useis de la violencia, porque doña Leonor sería inocente y me obligaríais á todo.

—No, don Juan, no; como os he probado que soy inocente de la muerte de don Luis de Sese, os probaré que ninguna parte tengo en la desaparición de doña Leonor; os probaré que si doña Leonor es mía, será por su voluntad.

—Y yo os lo agradeceré, sin conmovirme por ello; porque la mujer que se pierde, ha nacido para perderse.

—Y entonces, don Juan, ¿qué podrá esperar mi hija?

—Vuelvo á no comprenderos, señor.

—Yo, como vos, don Juan, he sentido y siento la pasión por la mujer. Cuando yo tenía veinte años, conocí á una mujer muy desgraciada. Aquella mujer es, tal vez, el único remordimiento de mi vida. ¿No tenéis vos remordimiento por la horrible desgracia de alguna mujer?

—Dolor, sí; remordimiento, no. Yo he traído la desgracia sobre la cabeza de muchas víctimas; pero yo no he sido quien las ha sacrificado, no; ha sido la maldición de mi raza, que ha hecho sobre mí un ser terrible, que lleva consigo el dolor, las lágrimas, la desesperación, la muerte. No, yo no he pensado jamás el crimen, yo

no he cometido el crimen, y quien no comete crímenes no puede sentir el remordimiento; pero he apurado el dolor; lo he apurado más amargo que nadie. El judío errante no ha sido tan desgraciado como yo; no ha sentido su planta ensangrentada, tan dolorida, tan cansada como yo siento la mía; la copa de oro del placer tiene hiel para mí; y la muerte, aunque no la busco, no me espanta: la muerte será para mí el reposo de mi larga jornada. Dios quiera que más allá de la tumba no encuentre otro terrible camino que seguir. Dios quiera que la misericordia de Dios se satisfaga con el dolor de que siempre estoy rodeado.

—Vos no sois un hombre—dijo el rey.

—Todos los que me conocen dicen lo mismo; y cuando me lo dicen, yo respondo:—Es verdad, yo no soy un hombre; yo soy una maldición.

—¿Y si mi hija fuese el ángel de perdón que Dios os hubiera enviado?

—¿Pero quién es vuestra hija, señor?

—¡Ah! es verdad; yo había empezado á contaros una historia y nos hemos extraviado. Os decía que yo había causado la desgracia de una mujer, que es mi único remordimiento; pues bien: aquella desdichada fué la madre de doña Isabel Dávalos, ó mejor dicho, de doña Isabel de Portugal, porque, esto no lo sabe nadie más que mi canciller, yo aun no me había casado, cuando tuve en aquella infeliz á doña Isabel, y la he reconocido.

—Es decir que doña Isabel no es una hija bastarda, sino una hija natural.

—Eso es; más aún: será infanta de Portugal. ¿Queréis vos ser también infante?

—¿Y qué había yo de hacer con mi infantazgo?—dijo don Juan—: habría alguien que creyese que yo no había tenido bastante con ser don Juan Tenorio.

—Altivo, como castellano.

—Pues ved ahí, señor: yo soy morisco por mi madre.

—Habéis reunido la altivez de las dos razas.

—Tengo solo la altivez de mi corazón.

—Mi hija os ama.

—Yo la amo también.

—Yo conozco á mi hija; se obstinará como vos, si en vos ve un imposible.

—Se cumplirá su destino, señor.

—¿Pero qué hombre sois?

—Dios lo sabe.

—Permanecéis unido á una mujer á quien no amáis, y os alejáis de una mujer que os ama.

—Yo no puedo ser miserable, señor; yo nada la he prometido: la tentación era más fuerte en su boca que en la vuestra y he resistido á la tentación.

—Podéis seguir libremente vuestro camino, don Juan; yo no os detendré en él; podéis salir de aquí cuando queráis.

—Sí; voy á salir en el momento en que

mandéis que me abran las puertas, porque necesito buscar á doña Leonor.

El rey llamó al alcaide y le mandó condujese fuera del castillo á don Juan. Luego, como le avisase de que el corregidor había vuelto trayendo presos á doña Estefanía, al doctor Agnus Dei y al hostelero Juan Queipo, se fué á encerrarse con ellos en la cámara del tormento.

Al día siguiente salió de los muros del Castillo Viejo un rumor siniestro.

Se decía que durante la noche, sin más testigos que tres frailes, un alcalde y un escribano, habían sido engarrotados el secretario Gastón de Riveira, el doctor Agnus Dei y el hostelero Juan Queipo, y que sus cadáveres, con balas de cañón atadas á los pies, habían sido arrojados al mar.

De doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, nada se decía; pero se había perdido y no se sabía qué había sido de ella.

XVI

El rey se volvió al alcázar.

Antes de llegar al postigo por donde había salido, vendó los ojos á Pedralva.

En seguida llamó al postigo; llamó; rindió una seña y el postigo se abrió.

Por el mismo lugar por donde había salido de su cámara el rey volvió á ella, y solo después de haber cerrado la puerta secreta y de haber colocado el sillón delante de ella, desvendó los ojos á Pedralva.

—Ve á ver—le dijo—, si Peralvillo está en su zaquizamí, y envíamele.

Pedralva salió.

El rey quedó solo, excitado, nervioso, pálido, calenturiento. Lo que más amaba en el mundo, esto es, su hija doña Isabel Dávalos, y su imposible doña Leonor de Sese, eran desgraciadas.

Sufrían por don Juan Tenorio.

El rey tenía celos, de una parte, contra don Juan Tenorio, y de la otra, cólera, empeño; y sin embargo, no aborrecía á don Juan. Un poder misterioso que el rey no podía explicarse le impulsaba hacia él. Solo para don Juan no era terrible el rey don Juan III, y esto le irritaba.

Porque esto no era por su voluntad, sino por la influencia de un poder superior,

Le asombraba aquella grandeza extraña de don Juan; aquel no temer nada suyo; aquel dominarlo todo.

Don Juan Tenorio no se entendía.

Peralvillo asomó la cabeza á la puerta.

—¿Qué gran desgracia irá á suceder hermano, que todavía velas y no dejas dormir á los demás?—dijo de una manera insolente el bufón.

—Necesito un tonto que me haga dormir con un cuento insulso—dijo el rey.

—Pues cuéntatelo tú á ti mismo, hermano—dijo Peralvillo—, y te duermes á los dos minutos.

—Vas perdiendo la gracia, Peralvillo, á medida que te vas haciendo viejo. Va á ser necesario quitarte de en medio y traer á otro que no esté tan cansado como tú.

—¿A que te se ha ocurrido tener envidia de mis cascabeles, y quieres quitármelos, mi amo?

—Entra, entra; siéntate á mis pies y cuéntame un cuento.

—¿Y para qué, si mis cuentos son cansados y solo pueden tomarse como un remedio para dormir?

—Pues creo difícil que me duermas esta noche aunque me des un brebaje hecho para producir un sueño más profundo que el de los siete durmientes.

—¿Te sucede algo gordo, rey mío?

—Sí, algo que me trae muy desvelado.

—¿Y qué es ello?

—Una mujer que ha andado esta noche por esas calles con un hombrecillo.

—Lo de hombrecillo, ¿lo dirás por mí?

—Caerpe pequeño y lastimado de Dios, perversidad grande.

—¿Cómo, cómo es eso? ¿te se ha puesto en la cabeza que yo soy malo?

—No, lo que nunca se me ha puesto en la cabeza ni en ninguna parte, es que tú seas bueno.

—No, rey mío; eso consiste en que cuando tu te miras al espejo me ves á mí; ó lo que es lo mismo, que tú crees que yo soy tan malo como tú.

—¡Bufón!—exclamó el rey arrojándole de un puntapié en medio de la cámara, porque Peralvillo había pronunciado de un modo agresivo é insolentemente intencionado sus últimas palabras.

Peralvillo se levantó como una víbora pisada, pero instantáneamente se achicó y dijo.

—Vamos, hermano Juan, á ti te ha mordido algún perro rabioso y muerdes; me voy.

—Ven acá. El bufón ha desaparecido; debajo del bufón está el miserable, el malvado. De rodillas, tú no eres mi loco, eres un infame que voy á despedazar.

—¡Señor!—exclamó Peralvillo arrodillándose—¿en qué he tenido la desgracia de ofender á vuestra alteza?

—Tú, confiado en esa estúpida licencia que se da á los bufones, te has atrevido á todo. Tú has sido el espía del rey; tú has escuchado cuanto han dicho al rey; cuanto el rey ha dicho; sólo de ese modo has podido anticiparte á las gentes de justicia que iban á la hostería de la Corona á prender á una dama de orden del rey. Tú, engañando á esa dama, la has sacado de la hostería. ¿A dónde has llevado esa dama?

—¡Bah, bah!—dijo el bufón levantándose y haciendo una cabriola—¿has creído que yo he tomado esto por lo serio, no es verdad? pues te engañas; loco me ha hecho Dios; loco me has declarado tú y loco he de ser mal que te pese; pero siempre menos loco que tú. ¡Miren, qué te importará á ti que doña Leonor de Sese se haya perdido ó nó, ni qué sé yo de eso!

El rey se levantó y Peralvillo tembló como un ratón á la vista del gato.

Prendió escapar, pero el rey le cortó la salida. Se fué á él, le cogió por el cuello, llegando hasta la pared, á donde había retrocedido, y le dijo con la voz sorda y amenazadora:

—¿A dónde has llevado á doña Leonor de Sese?

El bufón no pudo contestar, porque el rey, en su cólera, le ahogaba.

Aflojó su mano don Juan.

—La he llevado—dijo pudiendo respirar apenas Peralvillo—, á casa del platero Lope Pereira.

—He ahí el cuento que yo quería que me contases. ¡Ea! échala á andar delante—añadió el rey poniéndose de nuevo el antifaz—; y ten en cuenta que si doña Leonor no está en casa de Lope Pereira, te quedas muerto en la calle del Oro.

El bufón se fué á la puerta secreta por donde había salido muchas veces con el rey, y salió seguido de él.

Media hora después, el bufón daba los nueve golpes convenidos, á la puerta del platero Lope Pereira.

Tardaron en responder, lo que nada tenía de extraño, porque la hora era avanzada, y fué preciso llamar con más fuerza.

Al fin Pereira asomó á una ventana. Preguntó, y al oír la voz del rey que le contestaba, se apresuró á bajar.

—¡Señor!—dijo inclinándose profundamente.

—Cierra y óyeme—dijo el rey.

Pereira cerró.

—En primer lugar, llévate á ese—dijo el rey señalando al bufón—y enciérralo en tu sótano. Dale de comer lo que os sobre y tenle ahí hasta que yo te avise.

—Pues ponedme también cama, con buen abri-

go porque el sótano debe estar muy frío, y dormiremos por largo—dijo Peralvillo.

—¿Cuándo quiere vuestra alteza que le encierre?—preguntó el platero.

—Ahora mismo.

—¿Y entretanto vuestra alteza?...

—Esperaré aquí.

—Vamos adentro — dijo Lope Pereira al bufón.

—Hasta la vista, señor rey—dijo el bufón siguiendo á Pereira, desapareciendo con él por la trastienda.

Cinco minutos después volvió el platero.

—Cuida de no mentirme—dijo el rey—, porque podrá pesarte mucho.

—Jamás he engañado á vuestra alteza.

—Llévame adonde está doña Leonor de Sese.

—Doña Leonor de Sese, señor, es posible que no duerma, pero está acostada. ¿Quiere vuestra alteza que la avise?

—Sí; que baje á la cámara. Espera, ¿ha venido alguien á buscarla?

—Sí, señor.

—¿Quién?

—Una dama.

—¿Su nombre?

—Doña Isabel Dávalos.

—¡Ah! ¿y con quién ha venido doña Isabel?

—Con el bufón.

—¡Ah! ¿y por qué ha traído aquí el bufón á doña Isabel?

—Lo ignoro, señor.

—Subamos, subamos y avisa al momento á doña Leonor.

—¿Qué la diré?

—Que el rey viene á visitarla.

El rey y Lope Pereira subieron el primer tramo de las escaleras, y en el primer piso el platero abrió una puerta y el rey entró en una hermosa cámara.

El platero encendió luces y salió.

El rey quedó esperando con una gran impaciencia, y esperó durante un cuarto de hora.

Al fin se abrió la puerta y apareció doña Leonor.

El rey se puso pálido y tembló. Nunca había visto á doña Leonor tan hermosa.

Doña Leonor no pudo ponerse pálida porque cuando entró lo estaba como un cadáver.

No tenía ya por qué conservar su disfraz, y en el aposento en que la había acomodado Lope Pereira se había lavado, y había desaparecido el color moreno que tenía su semblante.

Por algún tiempo, don Juan III y doña Leonor

de Sese se estuvieron mirando frente á frente.

En la mirada de ambos había toda una historia.

—¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos, señora—dijo el rey con la voz insegura—, y cómo volvemos á encontrarnos!

—Es verdad, señor—dijo doña Leonor—; cuando salí de vuestro reino tenía padre; cuando me volvéis á ver soy huérfana.

—Yo he deplorado la muerte del buen don Luis de Sese cuando la he sabido.

—Debe hacer mucho tiempo, señor, que tenéis noticia de esa muerte.

—Os engañáis, doña Leonor; yo sabía que vos y vuestro padre os habíais perdido; pero que vuestro padre hubiese muerto, no lo he sabido hasta esta noche, y apenas lo he sabido, señora, he hecho justicia.

—Sí, es verdad—dijo doña Leonor—; habéis hecho justicia, ahuyentando á la huérfana de don Luis de Sese; poniéndola bajo vuestro dominio; entregándola á una parienta suya, á una buena hermana, á vuestra hija; viniendo después á repetirme lo que vuestra hija me ha dicho, esto es: que puedo contar con una gran protección.

—Tan libre de culpa estoy yo de que vos os encontréis aquí, como lo estoy de la muerte de vuestro padre. En cuanto á mi inocencia del crimen que os dejó huérfana, puedo probaroslo ahora mismo.

—¡Cómo!

—Llevándoos delante de los asesinos de vuestro padre.

—¿Quiénes son?

—Doña Estefanía de Silva Carvalho y Meneses y Gastón de Riveira.

—¡Ah!—exclamó doña Leonor—probadme que eso es verdad; porque deseo ardientemente no tener que acusaros de la muerte de mi padre.

—¿Queréis seguirme, señora? ¿queréis salir de esta casa conmigo?

—¡Y qué más me da! más en vuestro poder que estoy en esta casa, no he de estarlo en ninguna parte.

—Los asesinos están en el Castillo Viejo.

—Pues bien; vamos al Castillo Viejo, señor.

—¡Pereira!—dijo el rey—la gorra y la capa de doña Leonor, y tú, coje tu espada y ven con nosotros.

Lope Pereira que había aparecido á la voz del rey, desapareció, y volvió á poco con una gorra y una capa de seda; las mismas que había llevado allí doña Leonor.

El venía ya armado y dispuesto á acompañar al rey.

Salieron de la casa, y Pereira cerró la puerta con llave; no sin gran disgusto, porque dejaba sola en la casa á Gabriela.

El rey, doña Leonor y Lope Pereira se alegraron.

Aun no habían pasado diez minutos cuando apareció en la calle del Oro un bulto negro, que adelantó decididamente y llamó á la puerta del platero.

Aquel bulto era don Juan Tenorio.

—¡Iba allí en busca de doña Leonor.

Por lo que había hablado con el rey, por lo que le había amenazado aquella tarde doña Isabel, don Juan comprendió que no había sido el rey el que había hecho sacar engañada de la hostería á doña Leonor; si no doña Isabel.

Don Juan sabía que doña Isabel tenía á su disposición á Lope Pereira, y supuso, que sólo en casa del platero podía haber ocultado doña Isabel á doña Leonor.

Así es, que, cuando se vió fuera del Castillo Viejo, se vino en busca de doña Leonor, á casa de Lope Pereira.

Pero había encontrado estorbos en el camino.

Unos estudiantes que rondaban dando música, ebrios ya y dispuestos á todo, le habían buscado camorra, eran muchos, don Juan se había visto obligado á acuchillarlos, había sobrevenido la justicia, los estudiantes habían escapado, don Juan que no escapaba nunca se había visto obligado á hacer escapar á la ronda, para verse libre, y en todo esto había perdido tiempo suficiente para que el rey hubiese podido llegar antes que él á casa de Lope Pereira.

Se abrió la ventana, y apareció en ella un bulto que dijo:

—¿Quién es? ¿qué se os ofrece?

Don Juan reconoció la voz de Gabriela.

—Baja y ábreme—la dijo.

—¡Ah! que sois vos!—dijo demostrando en su acento una gran alegría y una gran turbación Gabriela.

—¿Pues quién había de ser más que yo, paloma?—contestó don Juan.

—Vamos que tenéis unas cosas...

—¿Y qué cosas tengo yo?

—Queréis que os abra.

—¿Y por qué no?

—¿Por qué no? porque no; además de eso, don Juan, yo no tengo la llave; el señor Lope Pereira ha salido y me ha dejado encerrada.

—Pues cabalmente porque ha salido el señor Lope Pereira he llamado yo á la puerta—dijo sin detenerse don Juan—; porque con quietud yo quiero verme á solas es contigo, no con el señor Lope Pereira.

—Pero eso no puede ser—dijo toda furbada la muchacha—; no tengo llave.

—Pero tendrás sábanas; atá una de ellas á la ventana y échala fuera, que yo subiré.

—¡Ah! ¡eso no, don Juan!

—Bien, como quieras, pero si no haces lo

que lo digo, no vuelves á verme en toda tu vida.

Gabriela no contestó.

Se quitó de la ventana, y poco después volvió á aparecer en ella.

Un objeto blanco y largo se destacó sobre la pared, quedando su extremo inferior á unas tres varas de altura del suelo.

Don Juan saltó, asió el extremo de la sábana, y vió que estaba firme.

Luego, con una fuerza prodigiosa, subió por la sábana, apoyando los pies en la pared.

Poco después, entró, se recogió la sábana y se cerró la ventana.

XVII

El rey entretanto, llevando á doña Leonor asida de su brazo, y seguido de Lope Pereira que estaba muy lejos de figurarse que don Juan Tenorio se había intrusado en su propiedad, se detenía delante de la portería del Castillo Viejo.

—¿Quién va?—preguntó una voz robusta desde el adarve.

—¡El rey!—contestó don Juan III desde la barbacana.

—¡Su alteza el rey!—gritó el soldado.

Poco después, el puente cayó con estruendo sobre la barbacana, y apareció sobre él Diego Dávila con un farol en la mano.

—¿Se ha concluido eso?—dijo el rey.

—Los presos están confesando, señor.

Doña Leonor al oír esta respuesta, se estremeció.

—Adelante, adelante—dijo el rey—, lleva á los que confiesan y á doña Estefanía á la cámara de justicia.

Y continuó marchando por el interior del castillo, llevando á doña Leonor del brazo, y seguido de Lope Pereira.

Llegaron al fin á la cámara de justicia ó del tormento, y entraron solos en ella el rey, doña Leonor y Diego Dávila que encendió las luces y salió.

—Dentro de un momento vais á saber que yo no he tenido parte alguna en la muerte de vuestro padre.

—Yo me alegraré mucho de ello, señor; porque podré obrar en consecuencia — dijo doña Leonor.

—¿Y cómo obraréis, señora?

—Esperad, esperad; siento que se acerca gente.

En efecto, se abrió la puerta, y el alcaide introdujo á Gastón de Riveira, que de resultados del tormento, aunque había sido ligero, apenas podía tenerse de pie; al señor Agnus Dei y á Juan Queipo.

En cuanto el doctor vió al rey, corrió á él y se arrojó á sus plantas.

—¡Señor! ¡señor!—dijo—¡sacadme de aquí! ¡Vuestra alteza no sabe lo que quieren hacer conmigo estos satélites! ¡han ido á mi casa, me han sacado de mi cama, me han traído aquí y me han dicho que me confiese á un fraile capuchino, porque me van á dar garrote! ¡esto no puede ser, señor! ¡yo no he cometido ningún delito! y luego, si me engarrotan, señor, ¿quién va á cuidar de la salud de vuestra alteza? mirad que tenéis agarrada á los bronquios una tos muy maligna que puede tener funestos resultados, y que yo solo puedo curaros! ¡no dejéis que me maten, señor, porque si me matan, os quedáis en gran peligro de muerte!

—¡Yo no he hecho nada! ¿Por qué me van á dar garrote á mí?—decía llorando Juan Queipo hincado de rodillas detrás del doctor Agnus Dei.

—Vamos, doctor, dime, háblame en verdad—dijo el rey—, ¿á quién vendiste tú un veneno hace cinco años? ¿No fué á mi secretario Gastón de Riveira?

—¡Señor! ¡señor!—dijo el doctor Agnus Dei—yo os diré la verdad; pero tened misericordia de mí: hace cinco años que el señor Gastón de Riveira me dijo:—Doña Estefanía de Silva está sufriendo en su casa una plaga de ratas que la roen los chapines y los briales, y cuantas ropas encuentran, y la causan daños considerables; dadme, pues, un veneno apetitoso para que esas malditas ratas le devoren y revienten.—Yo, señor, di una gran cantidad de arsénico al señor Gastón de Riveira, y éste me pagó lo que la medicina contra las ratas valía: muy poca cosa, señor: si yo hubiera sabido que aquel arsénico iba á servir para otra cosa que para las ratas, de ningún modo se lo hubiera vendido: ¡yo no tengo culpa! ahora dicen que con aquel arsénico se envenenó á una ilustre persona; cargad toda la culpa sobre él, y sacadme á mí de aquí.

—Dime tú, hostelero—dijo el rey—, ¿cuánto te pagaron por envenenar la comida del alférez mayor, tu amo?

—Nada; yo no sé lo que vuestra alteza me pregunta; yo no he dado tósigo á nadie.

—Decid que sí, señor—dijo Gastón que estaba de pie y sombrío—, recibió quinientos cruzados que me entregó para él doña Estefanía de Silva.

—Es decir, que mi padre fué envenenado por esa infame—dijo doña Leonor.

—Sí, ella fué, ella, yo no sé por qué causa no viene á morir con nosotros—dijo Gastón de Riveira.

—¡Morir con vosotros! — dijo doña Estefanía que entraba á la sazón — ¡eso no puede ser! ¡El rey no puede permitirlo!

—Pues bien—dijo el rey—: si no queréis morir, doña Estefanía, revelad la verdad.

—Si digo la verdad, ¿no moriré?

—Os lo prometo por mi palabra de rey.

—Pues bien, sí; yo temía que doña Leonor fuese encontrada por vuestra alteza, que al fin se rindiese á vuestra alteza, que se casase con el almirante, y yo perdiese todo mi poder en la corte: maté á don Luis de Sese para que su hija, suponiéndose autor de aquella muerte se horrorizase de vos y no volviese jamás á Lisboa.

—¡Basta!—dijo el rey—no queremos oír más infamias: llevaos de aquí á estos miserables.

Las súplicas de todos se confundieron con el ruido de sus cadenas al empujarlos dos de aquellos á quienes Agnus Dei llamaba satélites, para que saliesen.

—¿Estáis convencida—dijo el rey á doña Leonor—de que don Juan de Portugal no es un infame?

—Sí—dijo doña Leonor bajando los ojos.

—¿Veis como la traición que habíais empezado á tramar contra mí no tenía razón alguna?

—Sí—respondió doña Leonor.

—¿Podré ya atreverme á deciros que os amo con más ansia, con más desesperación que el día funesto en que vuestro padre os sacó de mi alcázar?

—No hablemos aquí de amores, señor, bajo estas bóvedas sombrías, rodeados de la muerte—dijo doña Leonor poniéndose vivamente encendida—; salgamos de aquí, porque me ahogo.

—Esperad, esperad un momento; yo también deseo que salgamos cuanto antes de aquí: eso no puede tardar mucho, porque Diego Dávila, que me conoce muy bien, ha entendido perfectamente una seña mía.

—¿Qué seña es esa, señor?—dijo temblando la joven.

Sonó entonces una campanada lúgubre, vibrante, seca, á la que siguieron algunas otras campanadas.

—Esa campana os responde con su toque de agonía—dijo don Juan III, que al parecer gozaba con el sonido de aquella campana—, venid, venid; vamos á salir de aquí.

Y asió de una mano á doña Leonor y la sacó fuera de la cámara.

—¡Guía!—dijo el rey á un soldado que estaba fuera con una linterna en la mano—guía al sitio donde está tu alcaide.

El soldado echó á andar.

El toque de agonía seguía retumbando.

De tiempo en tiempo paraba para dar tres campanadas, después de lo cual seguía.

Esto decía á los habitantes de Lisboa que por su proximidad al Castillo Viejo podían oír su campanada, que eran tres los ajusticiados.

De improviso, doña Leonor se encontró marchando, llevada siempre de la mano por el rey, entre dos filas de soldados armados hasta los dientes, algunos de los cuales tenían antorchas en las manos.

—Entrad, entrad y alumbrad—dijo el rey á los soldados de las antorchas.

Y precedido por ellos, arrastró á doña Leonor por una puerta inmediata.

Al entrar en la cámara á que aquella puerta pertenecía, doña Leonor dió un grito.

En tres banquillos había tres hombres enarrotados.

—¡He ahí los asesinos de vuestro padre!—dijo el rey.

Doña Leonor vaciló y cayó desmayada en los brazos de don Juan de Portugal.

XVIII

Una hora después, y ya cerca del amanecer, salió del Castillo Viejo una silla de manos condecida por dos soldados.

Detrás de la silla iban dos bultos embozados. La silla y los dos bultos atravesaron gran parte de Lisboa, hasta llegar á la calle del Oro, delante de la casa de Lope Pereira.

Uno de los dos bultos se acercó á la puerta de la casa y la abrió con llave, mientras el otro bulto abrió la portezuela de la silla y sacó á una tercera persona.

Los dos bultos y la persona que había salido de la silla de manos, entraron en la obscura tienda de Lope Pereira, que se cerró.

La silla de manos, vacía, se puso en marcha y desapareció.

—Espere aquí vuestra alteza—dijo dentro de la tienda la voz de Lope Pereira—, voy por luz.

Y se oyeron los pasos del platero que se alejaba.

—¡Ah!—dijo la voz dolorida de doña Leonor—. Habéis sido muy poco generoso conmigo, rey don Juan; la desgracia y la desesperación me han puesto en vuestras manos y mi suerte se ha decidido.

—Culpad á lo frenético de mi pasión, á vuestro desmayo, á mi desesperación, señora: pero ¡tanto amáis á don Juan, sea para vos una desgracia ser mía!

—No, no señor; don Juan ama á otra, pero... perdonad; mi situación es terrible. Vos no podéis apreciarla; vos recordaréis siempre que he sido amante de don Juan.

—¡Oh, don Juan, don Juan!—exclamó con un furor reconcentrado el rey.

—Silencio—dijo doña Leonor—, veo el reflejo de una luz.

Lope Pereira había subido al primer piso á tientas, y había llamado á una puerta; tardaron en contestarle y llamó con más fuerza. Se oyó dentro la voz de Gabriela.

—¿Qué queréis?—dijo—, ¿por qué no me dejáis dormir? tenía un sueño tan hermoso...

—Dame pronto una luz.

—Esperad, esperad un poco.

Poco después se entreabrió la puerta y asomó la rubia cabeza, y un brazo desnudo de Gabriela.

—Muchacha, tú estás pálida, ojerosa, ¿has llorado?

—No, no señor; es que he sentido que sa-

rey! ¡Las mujeres!... ¡ah, yo sabré lo que es esto!

Y esperó.

Lope Pereira alumbrando, y detrás de él el rey y Leonor subieron por unas escaleras situadas al frente de la puerta del aposento de Gabriela.

Don Juan, que era el que observaba tras de aquella puerta, la abrió.

—¿Qué vais á hacer, señor mío?—dijo amorosamente Gabriela.

—Voy á esperar á ese miserable Lope Pereira.

—¡Qué vais á esperar á mi padre!



Lope Pereira se llevó la mano al pecho, vaciló y cayó de espaldas (pág. 86.)

lais, y como siempre que me he quedado sola de noche he pasado mucho miedo...

—Vaya, pues recójete y duerme.

La puerta se cerró.

Lope Pereira bajó á la tienda.

Doña Leonor estaba pálida como un cadáver. En sus ojos brillaba una expresión terrible: el rey estaba serio y profundamente pensativo.

Subieron á la misma cámara donde antes de salir de la casa había hablado el rey con doña Leonor.

La puerta del cuarto de Gabriela estaba entreabierta; por dentro observaba una persona, puesto que se oyó una voz ronca que exclamó con acento bajo y reconcentrado.

—¡Vive Dios! ¡Leonor apoyada en el brazo del

—Sí.

—¡Si mi padre os ve aquí soy perdida! ¡No me perdáis! ¿Qué tenéis vos que decir á mi padre?

—Tengo que preguntarle por qué viene aquí el rey con doña Leonor de Sese.

—¿Y qué os importa á vos doña Leonor de Sese?—dijo con el acento de los celos Gabriela—. ¿No me habéis dicho que estáis enamorado de mí; que me amáis; que no amáis á otra?

—¡Imbécil!—dijo don Juan—; tú me has servido de instrumento para entrar aquí; eres niña y hermosa, y se dicen bien mentiras á unos ojos como los tuyos. Déjame en paz.

Don Juan, herido en su orgullo, se había hecho cruel.

Había desgarrado el corazón de aquella pobre niña y le había creído suyo.

Gabriela exhaló un grito ahogado, y cayó al suelo sin sentido, dentro de su cuarto.

Don Juan, ni aun acudió á socorrerla.

En aquel momento había aparecido el reflejo de una luz en las escaleras situadas frente á él.

Un momento después apareció Lope Pereira.

Don Juan le salió al encuentro.

Lope Pereira se detuvo á dos pasos de él, y le miró de una manera sombría.

—¿Que hacéis aquí?—le dijo—; ¿por dónde habéis entrado?

—Por la ventana del cuarto de tu hija.

—¿Quién os ha dicho que Gabriela es mi hija?

—Ella.

—¡La habéis seducido!

—Se ha seducido ella.

—¡La habéis deshonrado!

—No; esto no ha pasado de ser su primera aventura.

—Pues porque ha sido su primera aventura, os vais á casar con ella, don Juan.

—¡Tú estás loco!

—¡Si no os casáis, os mato!

—¿De veras?—déjate de simplezas, pobre demonio. Dame la llave de esa escalera por donde se sube al aposento en que están el rey y doña Leonor.

—Cuando me hayáis matado, si podéis, tendréis esta llave.

—¡Y para qué he de matarte yo, insensato!

—Yo os creía valiente, porque una noche os librásteis de diez hombres, dejando uno muerto; pero veo que sois un cobarde. Aquello debió ser una casualidad. Voy á trataros como á un villano; y en cuanto á mi hija, la trataré como á una miserable.

—¡Sí! pues bien: nadie hay en la calle: este asunto puede concluirse pronto, salgamos.

—Salgamos—dijo Lope Pereira, que aun no se había quitado la gorra ni la capa.

Bajaron á la tienda; abrió el platero; salieron, cerró el platero de nuevo, y adelantó con don Juan hasta un callejón obscuro que cruzaba la calle del Oro.

—Aquí podemos terminar nuestro asunto—dijo Lope Pereira tirando de la espada y empuñando en broquel.

—¿Sabes tú quién soy yo?—dijo don Juan.

—Tenéis mucha fama—respondió con desprecio Lope Pereira—; pero como la fama casi siempre miente, ha mentido acerca de vos. Necesito mataros, ¿no lo oís? Habéis hecho desgraciada á mi hija; defendeos ú os mato como á un perro.

—¡Eh! ¿qué necesidad tengo yo de defen-

derme de ti?—dijo don Juan Tenorio, y desnudó la espada.

Lope Pereira se le vino encima: don Juan paró dos veces, y á la tercera le hizo saltar la espada de la mano.

—¡Ah!—gritó éste ebrio de cólera—; ¿conque es verdad que eres diestro y valiente? Pues bien, ¡no importa, muere!

Y desciñéndose rápidamente del cinto un pistolete, apuntó y disparó pero dió fogonazo.

A don Juan le cegó aquella acción villana; le irritó, y fuera de sí de cólera, tiró una estocada á Lope Pereira.

Este se llevó la mano al pecho, vaciló y cayó de espaldas.

—¡Ah! ¡mi destino! ¡siempre mi terrible destino!—exclamó don Juan, volviendo á la razón, en el momento que vió caer á Lope Pereira—: ¡Siempre delante de mi la sangre y las lágrimas!

—¡Don Juan!—dijo con voz casi sepulcral Lope Pereira.

—Venid, venid por caridad; tengo que confiaros un secreto, un secreto terrible.

Don Juan se inclinó por el moribundo.

—Don Juan, la mujer que habéis deshonrado, Gabriela, no es mi hija. No puedo hablar mucho. En un armario que hay en mi aposento, encontraréis, levantando la tapa del fondo, unos papeles; esos papeles prueban que Gabriela es hija del difunto rey don Manuel y de su amante doña Estefanía de Silva...

—¡Calla!—dijo don Juan desesperado—, ¿qué necesidad tenía yo de saber ese secreto?

—Se queda sola en el mundo; su madre la abandonó: protegedla, don Juan. Todo lo que yo poseo es suyo: ¡ah! yo muero; haced que la iglesia ore por mí... he sido muy malo. ¡Ah, Dios mío!...

Lope Pereira no habló más.

Había muerto.

Don Juan vió con repugnancia que tenía que registrar el cadáver para sacarle las llaves, sin las cuales no podía entrar en la casa.

Si alguien, por acaso, le encontraba durante aquel registro, podía tomarle por un ladrón.

Sin embargo, la necesidad le obligó á violentarse. Registró á Lope Pereira; encontró sobre él dos llaves grandes de puerta, y en un aro de acero llaves de armarios.

Cuando las tuvo se retiró vivamente del muerto; tomó la vuelta de la calle del Oro, y se detuvo en la puerta de la casa del platero.

Su cabeza ardía.

Le desvanecía un no sé qué terrible que se revolvió en su pensamiento, y tuvo que apoyarse en la pared.

—¡Ah!—dijo—, ¡mi corazón de Isabel; mi orgullo, mi rabia, de Leonor; mi deber, de esa

pobre niña! ¡Ah! ¿por qué no supe yo, cuando penetré en su aposento por la ventana, que era hija del rey don Manuel? ¡Misericordia, miseria! ¡qué más da que sea hija de un rey ó que fuera hija de ese platero! ¿No tenía siempre corazón y honra? ¡Oh! ¿por qué el vértigo se apodera de mí cuando veo fija en mis ojos la mirada de una mujer hermosa y pura? ¡Pues bien, sí; acepto esta situación como he aceptado otras! ¡Adelante!

Y después de este pensamiento dominó el estado de su espíritu, y volvió á ser terrible el incontrastable don Juan.

Abrió la puerta, entró y cerró.

La luz con que había llegado hasta allí Lope Pereira, estaba sobre el mostrador. Don Juan la tomó, subió y entró en el aposento de Gabriela.

Está acababa de volver en sí de su desmayo.

—¡Ah, don Juan!—exclamó la niña—; ¿es verdad que he soñado, que vos me habéis dicho que no me amáis? He creído escucharlo, y he sentido la agonía de la muerte. ¿No es verdad que me amáis, don Juan, como yo os amo, con toda vuestra alma?

Y se levantó asiéndose al cuello de don Juan, que se había inclinado sobre ella.

—Tranquilízate—la dijo don Juan—; yo estaré á tu lado; yo no te abandonaré: llévame al aposento de Lope Pereira.

—¿Y para qué?—exclamó la joven mirando con espanto á don Juan.

—Tú no eres hija de Lope Pereira—dijo don Juan.

—¿Pues de quien soy yo hija?—exclamó Gabriela.

—Del rey don Manuel de Portugal.

—¡Yo! ¡yo hija de un rey!—exclamó Gabriela.

—Sí: las pruebas están en un armario en el aposento de Lope Pereira.

—¡Por aquí!—dijo Gabriela, lanzándose al corredor y llegando á una puerta.

—Está cerrada—dijo.

—Yo debo tener aquí la llave—contestó don Juan.

Y abrió con una de las dos llaves grandes que había quitado al cadáver.

Entraron en un aposento mezquinamente amueblado. En él había un armario.

Don Juan abrió con una de las llaves que había en el aro de acero.

Al abrirle, del fondo del armario, herido por la luz que tenía en la mano don Juan, salieron vivísimos destellos.

Las tablas inclinadas y cubiertas de cristales estaban cuajadas de pedrería.

—¡Ah!—exclamó Gabriela.

—Todo eso es tuyo—dijo don Juan.

—¡Mío!

—Sí, tuyo. Espera, espera, voy á levantar la última tabla.

Don Juan la levantó, no sin trabajo, valiéndose de su puñal.

Debajo de aquella tabla, en un rincón, había una cartera de seda.

Don Juan tomó aquella cartera y la abrió. Sacó un papel, le desdobló y le leyó.

En aquel papel se leía:

«En el nombre de Dios Uno y Trino; Declaro como si estuviera en el trance de muerte, que todas las alhajas y el dinero que poseo, que están en el armario en que se encontrará este mi testamento, pertenecen á Gabriela de Portugal, que ha vivido desconocida conmigo, por encargo de su padre el rey don Manuel, desde 1521 en que el señor rey don Manuel murió; y quiero y dispongo que esta mi voluntad sea cumplida el día que yo falleciera.»

—Pero esto no es mío, hasta que muera Lope Pereira—dijo alentando, apenas Gabriela, que había leído el testamento por cima del hombro de don Juan.

—Lope Pereira ha muerto—dijo don Juan con la voz cavernosa.

—¡Muerto!—exclamó Gabriela.

—Sí, le he matado yo, porque por ti quería matarme él.

—¡Oh, Dios mío!—dijo Gabriela.

—Recoge, recoge esas joyas y el dinero que aquí haya, y sígueme. No podemos permanecer aquí mucho tiempo; puede venir la justicia; puede prenderme.

—¡Ah! ¡prenderte á ti!—dijo Gabriela—; Y ese hombre no era mi padre, y me trataba como á una esclava!

Gabriela abrió los cristales de los aparadores que estaban dentro del armario; empezó á sacar joyas y á echarlas en su falda.

En diez minutos, todas las joyas estuvieron recogidas.

Después, en la parte inferior del armario, encontraron un talego como de mil cruzados de oro.

Don Juan se puso aquel talego debajo del brazo, cogió la cartera, y Gabriela y él se volvieron al aposento de la joven.

Esta puso en un paño las alhajas, y anudó sus puntas. Después se puso un manto.

—Salgamos—dijo—; evitemos que vengan y te prendan.

Bajaron: al llegar á la tienda don Juan dijo:

—Aquí, en estos armarios debe haber muchas alhajas.

—No, no hay más que cadenas de plata y oro, relicarios, brujerías; no nos detengamos por esto ni un momento más, tengo miedo, abre y salgamos.

Don Juan abrió la puerta; salió á la calle y volvió á cerrar con un placer infinito.

Dentro quedaban encerrados el rey y doña Leonor.

Don Juan ignoraba que el bufón se encontraba encerrado también allí, en la cueva.

Empezaba á alborear.

—¿Dónde vamos?—dijo Gabriela que temblaba desde los pies á la cabeza.

—Al puerto—contestó don Juan—; cuando lleguemos á la Puerta de la Mar, ya habrá amanecido.

—¿Y á qué vamos al puerto?

—A buscar una galera española del rey, que está á la entrada de la bahía.

—¡Ah! yo he visto esa galera desde lo alto de la casa de Lope Pereira.

—Pues bien, Gabriela: ese barco con sus veinticuatro cañones está á mis órdenes; en ese barco estarás segura; nadie se atreverá á penetrar por la fuerza en una galera de su majestad el emperador Carlos V. De prisa; más de prisa, Gabriela, y silencio.

Cuando amaneció llegaban á la Puerta de la Mar en el momento que ésta se abría.

Don Juan adelantó con Gabriela, y dijo á unos pescadores.

—Una lancha al agua, y con esta dama y conmigo, á aquella galera española que está en bahía.

La lancha fué lanzada inmediatamente al mar, llevando ya dentro de sí á don Juan y á Gabriela.

Dos remeros saltaron y bogaron.

La mar estaba magnífica; la lancha adelantaba con rapidez.

En menos de media hora estuvieron cerca de la galera.

—¡Ah, de la lancha!—dijo el atalaya de guardia—¿qué dirá?

—Decid al señor Esteban de Barbadillo, que don Juan Tenorio viene á bordo con una dama—dijo don Juan.

—Avante—dijo el atalaya.

Poco después, don Juan y Gabriela estaban en el alcázar de popa de la galera.

FIN

